

PUNTO DE PARTIDA

Número 83

Dirección: Marco Antonio Campos
Jefe de redacción: Mariela Cuervo
Secretaría de redacción: Cecilia Martínez
Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 25.00 M.N. Número doble \$ 50.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 150.00 M.N. Números atrasados \$ 50.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 100.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Dirección General de Difusión Cultural, Centro Cultural Universitario, Insurgentes Sur 3000, de lunes a viernes de 10.00 a 14.00 horas.

SUMARIO

POESIA

Tres poemas	4	Oscar Wong
120 Haikús	5	Miguel Angel Alvarez
Poemas	6	Alfonso Basurto
Poemas	7	Arturo Aparicio
Poemas	8	Miguel Manríquez
Donde el Olivo	9	Alfonso Sánchez Múgica
Veinte	13	David Balderrama
Poemas	16	Guillermo Aguilar
Poemas	17	Mar
Poemas	18	Francisco Alcántara

CUENTO

ESA NO PORQUE
ME HIERE

Concurso de Textos
Intimos del Museo

Universitario del Chopo 21

Primer lugar

Deuda de honor 22 Orlando Ortiz

Segundo lugar

La esperanza cuelga
del perchero 25 Agustín Sánchez

Tercer lugar

De Seda y Mezclilla 27 Gustavo Armenta

**Taller de narrativa del
C.C.U. coordinado por
Magaly Martínez Gamba**

El gesto recobrado	30	Rosario Lara
Colores sobre la cara	32	Carlos González Covarrubias
Principio del sueño y ensueño en el espíritu dialéctico	33	César Cristiá

**Taller de narrativa del
C.C.U. coordinado por
María Luisa Puga**

El paraíso	37	Leticia Hülz
Un llanto largo	40	Gloria Cruz
La culpa la tiene Rosita	41	Jesús Falconi
¿Vas para Insurgentes?	42	Isabel Quiñones

**Taller de narrativa del
C.C.U. coordinado por
Silvia Molina**

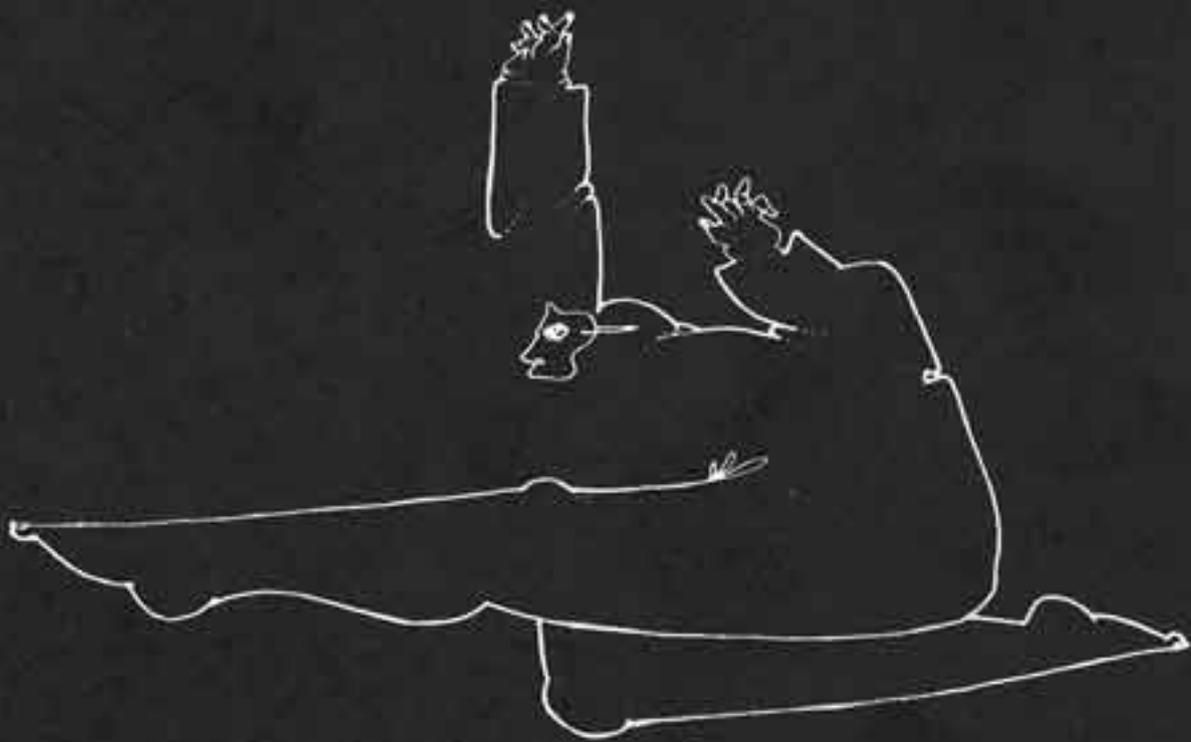
El mayordomo	47	Lucio Rivera T.
La vida en rosa	49	Patricia Daumas
La Noy	51	Maricruz Espinoza

La noche en que murió Chicago	53	Rodolfo Bucio
Relaciones misceláneas de una banana	58	Lorenzo González Ulloa

ENTREVISTA

Una entrevista inédita con Cortazar	62	Carlos Ramírez
--	----	----------------

POESIA



TRES POEMAS

por Oscar Wong.

ESTE FAUNO que soy, que busca ahora
la esperanza de abril en la semana,
observa que en la vida nadie gana
y bufa y se encabrita y se acalora.

¿Y quién oprime el corazón, quién llora
cuando nace la lluvia en la mañana
trasegando el dolor, no la campana,
y surge la alegría con la aurora?

Ni rosa ni alcatraz, sólo es un nombre
incierto, tembloroso, sollozante,
sustituto del verbo y del pronombre.

Qué bella y complaciente, palpitante,
es la señora que desea el hombre
pudiente y sensitivo: bienamante

•
LA MEDIDA del hombre es el dolor,
el enconado orgullo cuando tropieza con la piedra,
el llanto ahora para saldar
el amplio corazón, la sal de la tristeza.

Dicen que la historia es una golondrina
surcando las esferas de los años,
Y no descansa.

La medida del hambre es el tamaño del salario.
Nada tiene importancia.
Sólo el sudor en las axilas
y el dolor de los callos/ en nuestras manos.

•
VUELVO A CREER en Dios
a exorcisar la historia
a pernoctar -trashumante- en las arenas

Y gesticulo dormido
despierto inconcluso sobre el mundo

: no veo que las rosas tarden.

120 HAIKUS

por Miguel Angel Alvarez

*
Mi voz buscando
música a tu llegada
tu canto tarda.

*
Mi otoño seco
pisa tu historia de ayer . . .
de sueños vivo.

*
Profunda cama,
atado en el silencio
me dejo morir.

*
Así vivimos,
corremos y subimos,
al final caemos.

*
Trigo maduro
al astro rey brillando,
pienso en tu pelo.

*
Dos blancas alas
sobre viento salvaje,
el mar despierta.

*
Pincelada azul,
espacio abierto al tiempo,
el sol te mira.

*
Agua salada
camina sobre mi piel,
el sol te seca.

*
Salta en el bosque
sobre la alfombra verde,
el sol calienta.

*
De negra capa,
estrellas en su tela,
del sol se esconde.

*
Aneño bosque,
mágico sueño verde
protege mi andar.

*
Plumaje verde,
escondido en el bosque
mudas de lugar.

*
Casa de nidos,
mi espalda recostada
sobre tu sombra.

*
Brillante flama
con tus abrazos, presto,
al leño atrapas.

*
Severa guía
tus rayos vigilantes
ardientes bajan.

*
Dura semilla
sientas sobre la tierra,
tu cuerpo nace.

*
Nubes que lloran
sus perlas invernales;
el charco crece.

*
Es fiel amante
pintada al firmamento
al mar la roca.

*
Tierra: créeme,
estoy solo de paso,
no para siempre.

*
Ardiente lava,
enmarcada pureza
tu cara forma.

*
Marchando alegre,
lanzando piedras, digo:
¡el campo es mío!

*
La luciérnaga
cambiaría la vida
por ser estrella.

*
Brotó apremiado
el pájaro poeta
de mi verano.

POEMAS

por Alfonso Basurto

entretejidas de sombra y luz
—caen—

personas sin hablar

Insoportable
(resultas)

Tú,

Triste

mancha en la pared

esas películas francesas
sórdidas amargas
pálidas de blanco y negro
que

nos

dan

el eterno estado gris

el viento y sus raros elementos
mañana y pasando al mañana
brumoso

nada claro
nada

... la miseria hilos de viento
el hambre,
burbuja impregnada al viento

hipnosis del sueño

un tigre eres

(seré)

para siempre, mientras duermo.

La luna par

sale blanquísima

Tendido horizonte

sobre tu espalda

La luna

con su sombra

hace otra luna

Tu espalda

separa en dos
mi mirada una

ILUMINADA CARA DE ROSA BLANCA

A María Luisa

I

Sus ojos desde lo profundo
inundan

Mirada llena

—Mar de luna—

nueva luna.

II

Señora ! ! es
la luna; y
sus pezones,
la huella de
vida
en usted.

III

Recordar y verter
a la jarra de tu cuerpo
toda la idea de mujer

Sol

11.45

P.M.

parco molusco

A Rocío

femenino masculino

¡ Carajo ! cantarle a dos cuerpos
(?)

volubles

líquidos

envueltos

masculinos/ femeninos

Protesta:

son falsos esos pechos
desnudos,
viste brasier
color de piel.

JORGE GUILLEN

Subterráneas herencias
se precipitaron
sobre la tierra
cuando abrió los ojos

del cielo
se arrojaron
transparentes humaredas
que en tumulto pasaron
sobre su morbidez

giraba en vértigo

callaba cierto

y en plena embriaguez
sustentando cuerpo
y más cuerpo
preguntaba: "¿Hubo un caos?"

INICIACION.

Se asomó al espejo
se miró con fruición

no sabía quién era
la imagen que veía

se descubrió magnífico

y brincando se alejó

y de un sólo tajo
las calles tomó

DONDE EL OLIVO.

por Alfonso Sánchez Mugica

A Ana María.

I

Presente de un presente aún presente,
Pronto iremos al olivo a olvidar.
Cuando aún no olvides del todo,
todo esto:

Recuerda la carrera que corrimos,
camina a los cipreses de las
agrestes rocas que miran al mar
y rememora la fruta fresca
del verano que caminó dos pasos adelante;
porque fuiste el testigo quieto
de ver crecer al ciprés con leño atravesado
que ahora me precede,
porque viste de lejos
la primera gota degustada
del vino de la vida,
porque tú escuchaste todas las canciones
que iremos al olivo a olvidar.

Siempre de lejos viste esa esquizofrenia
de bien y de mal,

Estaba ahí aún antes de que
sacáramos la puerta del nogal
y la tocara alguien,
que no tú,
con las saladas manchas
de la muerte mar.

Porque no te acercaste
cuando se acercaba
el incógnito instante de letargo.

II

Como golpes de campana al aire,
como reventar de nueces y castañas
de empalagoso corte,
tus cuerdas de guitarra resonaron
acompañando otras guitarras
que en nosotros hicieron más eco que
las tuyas,
porque ocupó más arena su sonar
y porque sabía que pronto
en la colina donde emerge solo
el viejo olivo de la primera conquista,
con mandolinas y panderos,
¡ay, sí! con mandolinas y panderos
y con silencio y tiempo sin espera
encontraríamos juntos al olvido:
tú para quedarte con la sombra,
yo para reír con el olvido.

De las valiosas volutas que despides,
la que más aprecié, no nos la niegues
y si algo queda que nos debas,
dáselo en vida al eucalipto erecto
que se seca
mientras pasamos sin verlo ni besarlo;
dáselo antes de olvidar
porque en el segundo antes del olvido,
sólo entonces,
lloraré ¡ay! si está muerto.

Recordaré el infierno con tu nombre
y sólo serán recuerdos agradables,
por eso dolerán cuando el olvido
nos arrebató los últimos recuerdos:

Este aroma, sabor de este tiempo;
el aire que luz jocunda lo ilumina y lo colora;
la agónica mecánica andante
que quiere estrangular nuestro horizonte,
que arrancó, pero no de raíz,
el semen fértil de nuestra alma.

III

Baile eficaz y feliz baile
que pareciera que no bailo,
que sólo la pareja desvirtúa
la rigidez hierática de muerte.

¿Sigo bailando por mí
o por la rosa que sólo me brinda sus espinas?

O ¿bailo este baile sin saber
que siembro al bailar crudas espinas?

¡Cuánta felicidad que derramada
manchó con insistente olor y color
el blanquísimo tul de mi tristeza,
el más blanco mantel de mi agonía!

¡Pues que bien servido estaba entonces
aún por aquellos que pasaban!

Y como en el poema de la muerte
se sucedía una y otra suerte
se sucedieron entoces,
-hoy presente o presente de entonces-
espinas, licor; hastío, frescor;
amarga . . . , dulce calor del corazón de leche;
futilidad e inutilidad,
fertilidad pródiga de amores.

¡Cuánto aprendí de nuevo!
¡Cuánto conocí de nuestra tierra!
¡Cuánto me confundí!
¡Cuánto aún confundo!

Confundo aún el incógnito instante
que seguía, la duda que no recuerdo,
la duda que procedía.

IV

No cortes del campo los azahares
ni huelas los inoloros pompos,
no vistas de azul y gris tus lozanías,
no omnubiles tu vista de dolores,
no oigas la risa, -delirio breve-
de los que no saben ser felices,
tampoco calles para oír los ruidos
que de la flauta, el caracol y el piano
huyen a dormir la oreja.

Ya no acaricies las pieles de los gatos,
ni permitas que recorran tus dedos
la piedra gris que nos separa,
o palpen la roca que divide.

Que tu boca no pruebe
los negros licores que ofrecieron
los árabes del norte
a peregrinos que pasaron.

Que tu lengua no sepa
de los raros manjares que engañan a la boca
con sus dos sabores.

Que no repitas los versos que leímos,
las frases que escribimos,
las risas que grabamos,
no camines las calles que pasamos,
los jardines por donde corrimos,
las casas a donde llegamos.

No, que nuestros pasos no se sigan,
no te sientes donde ya antes estuvimos.

No busques aquellas miradas
que cruzamos como se cruzan
las líneas paralelas,
los días que perdimos,
las noches que ganamos,
el aire que exhalamos,
los tóxicos sudados en el cuerpo frío.

No, tú no te embriagues
igual que nosotros
con fermentados cantos y perfumadas flores;
no, tú no pierdas la razón del tiempo
y del espacio;
no guardes la ceniza de la muerte
con morbosos delirios de ternura

No, tú no te enamores
del dolor, del mal y de la espina,
-es como enamorarse de locura:
la felicidad es mucha,
la tristeza abundante,
pero el alma se cansa y sólo descansa
allá donde se yerguen los cipreses
de las agrestes rocas que miran al mar.

V

Olvida, olvida sentada
en el olivo que espera
que llegues a olvidar.

Vive a la sombra que
brinda el olivo.

Vive en el aire que
brinda el olvido.

Antes sólo canta una canción,
una canción de amor desesperada,
que hable de nosotros
y nuestro amor desesperado.

Si la yema del mundo ya se apaga
hundiéndose en las aguas,
y se doran árboles y rocas,
no mires más allá,
mira hacia donde el olivo
de helénica factura mira;
a los templos paganos de la Grecia;
perdida en el olvido.

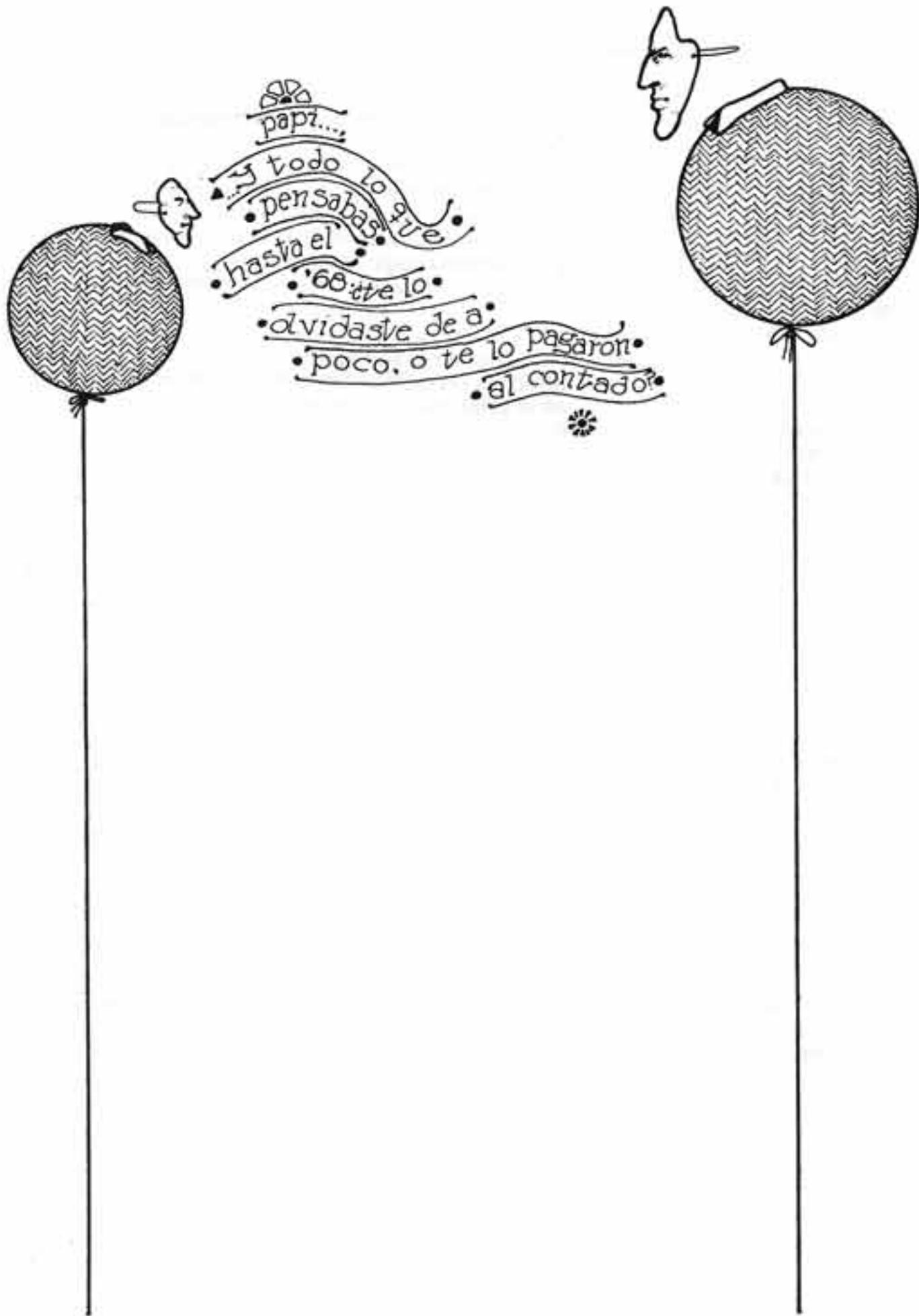
Recuerda: ya no más.
Vive en el aire que
brinda el olvido,
en el solaz que da el no pensar,
el no recordar más a este tu amigo.

VI

Como en las veces anteriores
que olvidamos queriendo no olvidar,
se escapan
los días, las horas y los nombres,
los juegos que inventamos,
el rostro que apartamos . . .
como las risas se escapan de las bocas,
la hojas de la rama,
los destellos del Sol . . .

No será difícil olvidar:
es el mandato
implacable,
inexorable
del mar.

Olvidar, olvidar,
presiento que vamos a olvidar.



VEINTE

por David Balderrama

Al llegar a este punto
despertaron.

Se fueron todos a la plaza.

Uno de los más jóvenes,
sacó de su bolsillo
un papel, arrugado
que desplegó sin ceremonias,
investido
con la potencia
de su fervor humano.

Los rasgos limpios
de negro púber
desafiaron
el relucir cortante de los dientes metálicos
que ostentaban los cínicos,
diseminados estratégicamente,
cuando leyó;

¡Hay un traidor entre nosotros!

En el Norte no mienten estas manos.

En el sur ni en el Este
nuestras manos no mienten
y ya no mienten las manos del Ocaso.

Y si el morir del sol
mentir ha sido,
todo fue pesadilla!!

Mirando lo rojizo de las tardes . . .

La noche no existía. La tierra es transparente,
el sol es negro, la vida no es misterio
y la felicidad
tan solo el medio de obtener
el poder
para cruzar los muros del espacio.
(y nosotros creímos lo contrario)

De nuestros pies brotaron las raíces.

Nuestros cuerpos chocaron insensibles.

Nuestra mente dejó de funcionar,
creyó que funcionaba.

Al opacarse los brillos de los ojos
nació el engaño de la no -mirada-

Sentimos fracasar nuestro sentido
y trajimos las máquinas
para con ruidos matar nuestras palabras,
solemnizar el alma.

Con eso,
todas las noches el valle se llenaba de temores.

En la punta del monte,
entre más alto el monte, para que fuera penosa
la llegada,
pusimos unas piedras.

Una forma inferior
a la que dimos los frutos del sudor
por adorarla.

Organizamos todo (estupideces).

Levantando ciudades y bajamos en hombros
y entre cantos ridículos
nuestra mierda sagrada.

Y les hicimos templos
templos
templos
y les hicimos templos . . .

Después creímos todos la mentira
y les pusimos nombres
que al escucharlos
o pasar junto a ellos
bajábamos la cara.

Detrás de todo.

Desde que comenzó nuestra locura,
alguien, sobre nosotros,
entre nosotros
pasando por nosotros, observaba.

Cuando subimos a los montes por las piedras
él venía como de la familia.

Nos ayudó a cargar nuestras estatuas.

Escarbó los canales para el cimiento de los templos
a nuestra vera, codo con codo, observaba
observaba.

Al ver que los estúpidos
no estaban en la pose.

Se lanzó a la más bella y emocionante aventura de
su vida.

Cuidó todo detalle. Preparó el escenario.

Le llevó tiempo sembrar esta semilla.

Pensando en la cosecha, paciente la cuidaba.

Por lo que un día,
cuando el sol se ocultó
nos gritó de la playa
de la cumbre, del monte
de la lluvia, del río, de todos
los fulgores del bosque,
de las lágrimas de la luna,
del fuego de la sangre,
del frío, de todo lo que tiene
forma y lodo . . . , lo que no puede
verse ni se palpa
lo que se torna inasequible
pero existe.

Entornando los ojos fijamente
detrás de la penumbra de su máscara,
por mi boca
pronunció en exorcismo solememente:
el Dios habla!

Después todos hincamos la rodilla.

Espantados creímos

Este reptil inmundo
continuó con la farsa

Nos contó de la muerte de los días,
de las auroras, de los arcos boreales,
del simún del desierto.

Del pozo negro, abyecto, que nos dió
escalofríos.

De la flor, de los vientos del centro
y de la orilla.

De toda superficie.

Cuando el final llegó de sus historias
nos habló de la carne.

Como todos estábamos desnudos,
con aquella fijeza de sus ojos.

Sin mover un centímetro
de sus labios delgados
encajados
perfectos en su cara pintada,
caminó entre nosotros, con su decir
silvante, de lengua bifurcada:
¡Esto es pecado!
¡Es pecado sentir!

Clavar entre una piernas
el pedazo de carne para clavarlo dado,
afirmaba; ¡Es pecado!

Y como nuestro error tuvo principio
en haber aceptado como dioses
únicamente piedras.

Comenzamos entonces las erecciones pétreas.

Hicimos un sinónimo de nuestros organismos
con la tierra,
pretendiendo violar el infinito
fecundando la luz
que no creíamos eterna.

La inercia por la práctica de aquello
triunfó sobre nosotros
desplazando la vida verdadera.

Nuestros poderes fueron substituidos
por algo inexistente.

Todo nos fue negado.

Mirar el corte de la esfera. Lo rojo de la sangre.

Escuchar el sonido de los pájaros, lo profundo
y maduro de los lagos.

Pues aquel despreciable. Aquél de voz silvante.

El inventor de mitos y ceremonias. Aquel cara pintada
y de labios delgados,
nos hizo que tomáramos en serio
algo que como un juego
había empezado.

Luego inventó

con pompa una palabra
guirnalda que se puso
en la cabeza con astucia,
cuando el rayo esmeralda
llegó por el Oriente.
— ¡Sacerdote me llamo!
¡De las eternas voces que no mueren,
de la mirada

penetrante,

de la creación, de la virtud, de la
felicidad y la justicia, del amor,
el principio y el principio final
soy el único intérprete ¡

Entonces fuimos arrojados al infierno del miedo
y la ignorancia . . .

Entonces fuimos arrojados al pandemonium circular
de las repeticiones.

Entonces todos los alientos
fueron la plataforma
donde se sienta
y desde la que puede
sin preocuparse
vivir desde nosotros.

Es por eso
que aquella
charlatana casta de -sacerdotes-
origen de las otras,
nos toca con su mano simbolista.

Se nutre de nosotros.

Engorda, engorda.

Y se muere de miedo

cuando sabe,
que no puede llegar otra mañana
sin que nos despertemos.

Morirá sepultado con su templo.

POEMAS

por Guillermo Aguilar

VUELVO A LA VACUIDAD

Vuelvo a la vacuidad
profunda de las horas
que se cuelgan del tiempo
hasta caerse en otra
 minuto a minuto
 muerte a muerte
parto incesante de segundos,
minutos, horas, días
 estoy solo
la vida parturienta
sigue dando a luz
momentos que se pierden
desviven o divierten

nato un instante, muerto otro
la muerte visita a la vida
límites se dan la mano
 ninguna pierde.

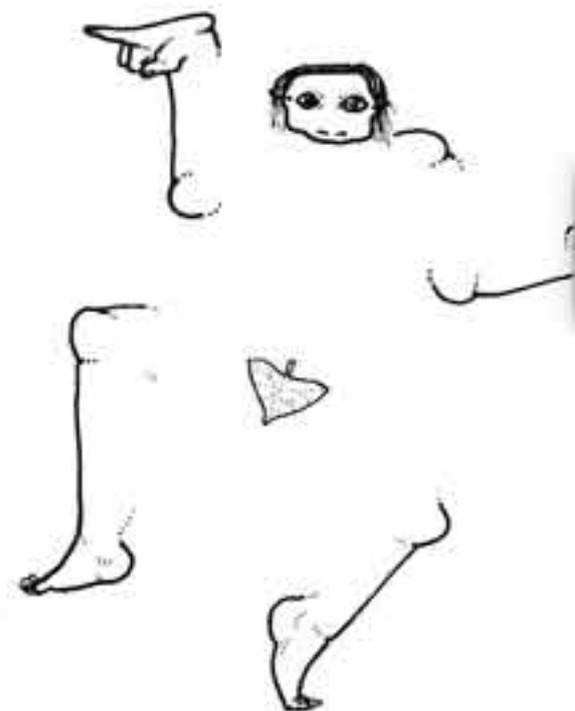


HAS ABIERTO UNA PUERTA

Has abierto una puerta
que mantuve cerrada a muchos ojos
te has colado
y pareces tocarme la mirada y la voz
con esas manos de agua
que se estremecen como lirios
lánguidos al viento

Y ya quisiera amarte
poco a poco amargamente
llenarte de mis sombras
y miradas de muerte
de desvelos de aire
y amaneceres agrios

Amarte tiernamente
nada más por amarte
perderme en el silencio
de tu delgada figura
imaginarte amante
saberte compañera
y odiarte sin fin
para encontrarte.



DESAFIO

Si sé bien que tú vives con tristeza
alejado del mundo y de la vida,
removiéndose así la gris partida
que desterrara en ti toda viveza,

Si sabiendo que en ti ya no hay cabeza
por el dolor sufrido de tu herida,
yo . . . yo también te doy la despedida
pues no acato a entenderte con certeza

Si te ofrezco mi amor por el partido,
conociéndolo bien como tu suerte,
desprecias mi calor, adolorido.

Si a mi arsenal le pones tú postigo,
desprecias mi sabor que no es de muerte,
¿qué quieres, que me quede yo contigo? !

CAMBIAR EL RESQUICIO POR LA ESTANCIA AZUL . . .

Cambiar el resquicio por la estancia azul
y alumbrando un cuarto de luna menguante
con la marca que desciende hasta la arena mojada
y oír un tintinear de magníficos luceros
en un punto vertical, vertiginoso:
bailando, bailando, dando vueltas y vueltas
en un vals interminable
y allá en el muro que forma el horizonte
con letras rojas de brocha mal pintadas
la esclavizada palabra "libertad";
ver asomar el crepúsculo
apenas llameante, apenas blanco
en el que juegan las sombras
de la balanza y del olivo revoloteando
hasta formar una corona en nuestras cabezas
mientras que los húmedos pies
escriben el amor sobre la arena.

A ROOSEVELT ALONSO SANDOVAL R.

Quiero ser ave
para pasearme
en el ramaje
de tu destino,
y en el celaje
de tu camino,
quiero ser canto,
quiero ser trino.

Pero las aves
para su vuelo,
buscan lugares
donde hay consuelo;
donde hay ramajes,
donde hay celajes,
hacen un nido,
hacen un cielo.
Ni tu destino
viste ropajes
donde se anide
mi pobre empeño,
ni tu camino
forma celajes
donde entre nubes
duerma mi sueño.

NO QUIERO QUE ESTE ADIOS . . .

No quiero que este adiós
se convierta con el tiempo, en "hasta luego".
¿Qué nos veremos? Si, así lo entiendo,
pero nunca más con miradas de deseo,
de deseo platicarte un libro nuevo
que compré, si quieres te lo presto.

Deseo que me cuentes cómo van esos proyectos,
deseo que no digas que me quieres,
deseo decirte que te quiero.

Deseo, en fin, que este adiós
no se convierta con el tiempo, en "hasta luego".

**AQUI ESTUVE Y YA ME VOY . . .
PERO NO QUIERO IRME . . .**

Aquí estoy. Muchacho busca empleos;
busca lugar en nómina
y en tibia vagina.

Vengo del vuelo;
acabo de rondar por las pirámides
y de hacer el amor con Quetzalcóatl
mientras recorría con él el cielo
encima de mi gente
y con su miseria . . .
fue un vuelo de esperanza,
de fe en terminar de ser mierda
para pasar a ser tierra fértil
y cultivo, almácigo tibio y húmedo,
lugar de millones de reacciones vitales,
de glucosas y pirúvicos
de ribonucleicos ácidos y multivalentes enlaces.

Vengo de las "reempes"
y de las estrellas,
y de dormir en el medio de un frío lago
en donde me puse semillas en el pecho,
en donde los pájaros se posaron sobre mí
a comer plácidamente
y lucir sus plumas de pronto dormidas
en mi vientre.
Crecieron algas en mi espalda
y los peces comieron
bajo mi cuerpo
mientras mantenía estrecha conversación
con cientos de miles de coníferas
y ese pasto y tierra noble
que siempre las acompaña cuando viven libres.

Créanme o no;
de allí vengo en este preciso momento,
pleno de sorpresas, ¿o no?
Y voy a ir a la banca,
a esa sucursal como se llame,
donde se alojan las tasas de interés
y el marcado de dinero cobra sentido.
Voy a sacar culebras al canasto de allá afuera;
donde no habrá algas a mis espaldas,
ni aves en mi pecho,
donde no podré hablar con ningún cedro
como lo hacía el amigo Vincent;
donde el dios viento yace triste,
atravesado de muerte por un erizo de saetas,
malas imitadoras de las aves que venía diciendo
(que tenía
en mi pecho.

Muero, muero de veras;
pero quiero vivir; me retuercen los pulsos
y las venas de hormonas y glucosa
por crecer; por danzar de fornicación y de pupilas
(llorosas
y de saliva perfumada . . . por desaparecer
como mi amante águila emplumada;
cuando me lo pidan: el viento; las estrellas;
las algas, las aves y los peces.

XVI

UNA HORA Y ME VERÉ CONTIGO

Me sobra tiempo para esperarte
y me faltará tiempo para mascar tu veneno,
viendo venir tras costras de ceniza
la muerte de nuestra hoguera de leña verde
y papel periódico:

leña que te compró tu padre
y papel periódico que ya se me acabó,
que no leí por ponerle pronto fuego;
porque no me gustaron los títulos negros
que se me venían a los ojos como sellos . . . en fin,
le entré al fuego,
para no marcarme con tan fríos encabezados.

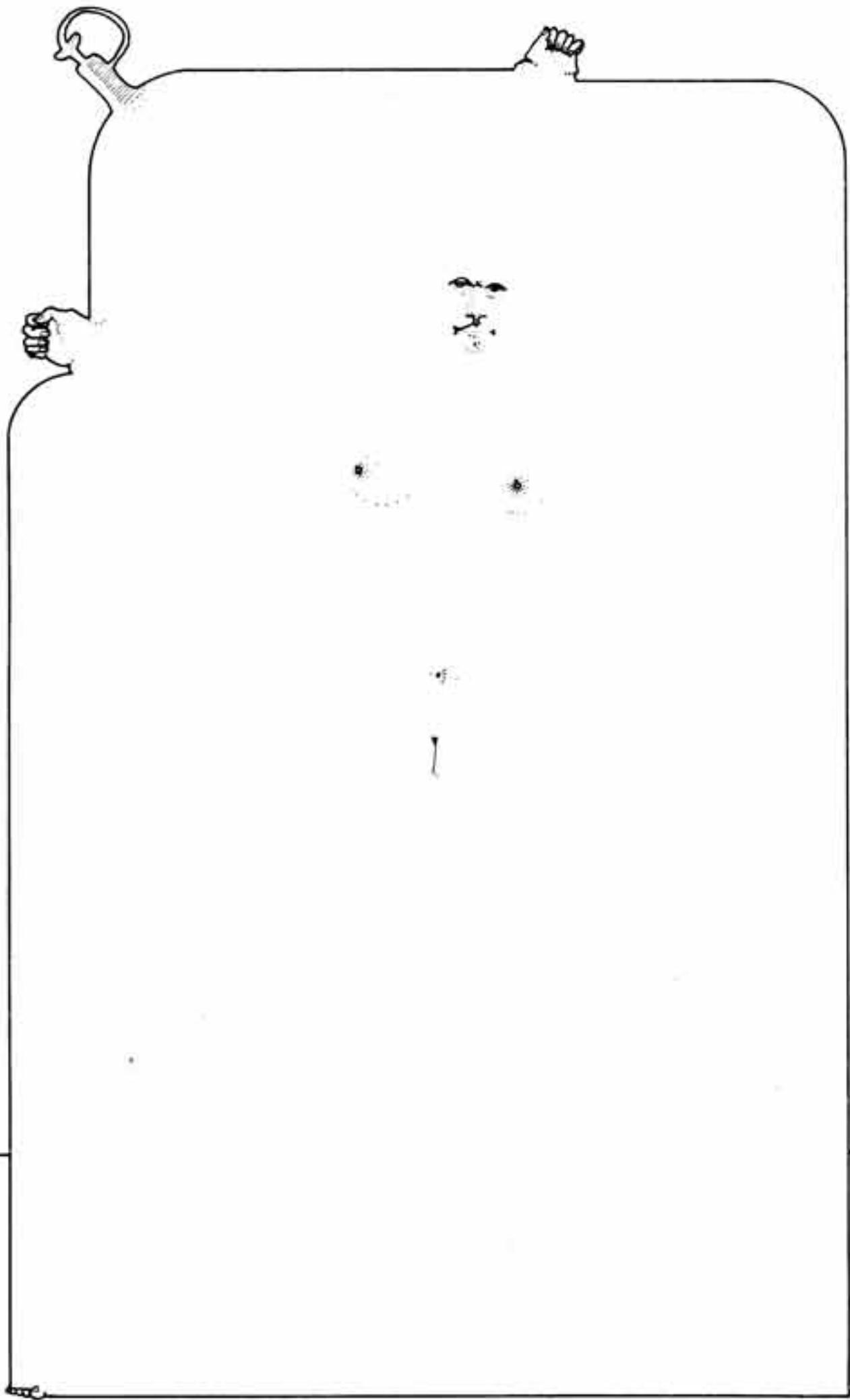
Se me acaba el tiempo
que me separa de ver tus ojos de niebla
y aún no sé para que voy a verte,
desnutrido de aliento,
y de risas para intercambiar
por muecas y por asco.

Pero, voy a verte,
a ver si te sientes bien para atenderme
detrás del mostrador de tu suerte,
en donde veo tus golosinas caras,
dentro de mi ropa maloliente
y mi ruido de garganta;
mi chillar de cachorrillo hambriento
tras el hueso del perro vecino,
nadando en caldo de chilaquiles
y sobras de una comida que no conozco,
que imagino deliciosa,
que siento injusta
mientras me grita: ¡miserable!

Sé que has decidido
no tener tema de conversación,
ni citas biliográficas,
ni asteriscos,
ni notas muy al margen.
¡Sólo me mostrarán la portada!
me resta imaginar, al menos,
el índice,
sí, sería "hacerme más daño",
decirme "cruelas verdades",
reiterarme al dantesco pronóstico
que me has reservado,
que te quieras callar,
que ya me untaste en el rostro
la noche aquella
en que dormía y hablabas al cabo de unos tragos
en la mansión del que tuvo dos amantes mexicanas
que mandó a abortar a los States.

Yo en cambio
no tengo pronóstico para esta noche;
sólo tengo miedo;
y sé
que esto quizás ya es para mí
un mal agüero,
justo el del perro que envidia el hueso,
el del periódico encendido
de llama muerta ya
tal vez dentro de la hora que me falta
para no estar siendo lo que soy,
menos aún tu amigo escupitaje;
beso del pasado,
gargajeado al fin en la letrina,
en la modorra,
en el crimen de no haber leído
la nota del diario,
de haberlo quemado,
de vivir a través de simple y llama leña verde
comprada
por un bonachón de barba;
que anteayer me invitó a cenar
para hablarme de las cosas
"que suceden en la vida";
absurdas, según dijo;
a veces, yo diría:
fatales, propias de su propia carne,
propias de su mirada;
de su risa
y del teléfono que dijo haber usado para buscarme;
¡quién sabe ! . . .

Aghhhyy, te voy a ver
porque ya no hay tiempo de hacerlo,
porque me quiero embeber en tu silencio,
incinerado
haciendo incienso de tu celo.
y mi arrastrar los ojos
para poder mirarte
sin que tú te des más cuenta;
para seguir mirándote
en tus cuentas,
y luego hallar tus pasos
en mis venas,
tras el filo cortante de tus suelas.



CUENTO

Concurso de textos íntimos de El Museo Universitario del Chopo.

ESA NO PORQUE ME HIERE

*"Tóquenme mariachis otra vez
la misma, esa que me llega
hasta el corazón".*
José Alfredo Jiménez

Todos tenemos nuestra canción. Letras que hasta se puede afirmar fueron escritas por o para nosotros. Canciones que nos recuerdan algo o alguien. Letras que nos modifican el carácter. Nos ponen felices, tristes o nostálgicos. José Alfredo Jiménez decía, como retando, "quién no llega a la cantina/exigiendo su tequila / exigiendo *su* canción".

Todos tenemos nuestra canción. Por este hecho El Museo Universitario del Chopo, ideó un concurso de creación literaria que tuvo como base fundamental el *recuerdo* que nos produce una canción. Así nació el concurso de textos íntimos llamado, muy sugestivamente, "Esa no porque me hiera".

En ese mismo año se llevó a cabo el primer concurso. Hoy presentamos a los ganadores del segundo, realizado en 1983: 1er. lugar, para el texto *Deuda de honor o El tahúr*, basado en la canción "El Tahúr" de Adolfo Salas, y cuyo autor es Orlando Ortiz; 2do. lugar, para el texto *La esperanza cuelga del perchero*, basado en la canción "Cruz de olvido" de Juan Zaizar, y cuyo autor es Agustín Sánchez; y, 3er. lugar, para el texto *De seda y mezcilla*, basado en la canción "Yo pisaré las calles nuevamente" de Pablo Milanés, cuyo autor es Gustavo Armenta.

Para este segundo concurso fungieron como jurados Luis Miguel Aguilar, Hermann Bellinghauzen, Sergio González Rodríguez, Rafael Pérez Gay, Alberto Román y Antonio Saborit.

Primer Lugar

Orlando Ortiz

DEUDA DE HONOR

Pué que ustedes ni me lo crean, pero cuando vi entrar a Urbano Canales me latió que la cosa se iba a poner buena. Saludó llevándose la mano al sombrero y avanzó despacito hacia la mesa donde estaba echándome un pókar con el Chueco Treviño y el Bato Cantú. Desde atrás de la barra Dante siguió con la mirada a Urbano, y apenas lo vió sentarse con nosotros vino a traerle su cerveza, cacahuates y hartos limones. Todo fue como muy en silencio, nomás se oía a los Jilguerillos Barranqueños darle al acordeón, la redova y el bajo sexto con esa de *La malsentada*, que se habían aventado el buti de veces porque se las pedía Primitivo Cisneros, que andaba herido desde que una sanababicha le dio calabazas allá por Mc-Allen.

—Le entro a la jugada— dijo Urbano de buenas a primeras, sin preguntar siquiera si se podía.

Todos voltearon a vernos, esperando lo peor, y yo sin mirarle siquiera le dí cartas. Me llevé la partida y cuando estaba jalando el dinero:

—Afortunado en el juego, desafortunado en amores— comentó él.

—Ese es el consuelo de los perdedores— respondí.

El Chueco y el Bato se alzaron de la mesa, “que ya es muy tarde”, dijeron, pero nomás se arrojaron a la barra y pidieron otra cerveza, dejándonos solos a Urbano y a mí, que empezamos a jugar fuerte y casi sin hablar. La cantina se fue silenciando poco a poco y la gente se acercó; hasta Primitivo, con todo y su borrachera, se sentó a la mesa nomás a ver, y le brillaban los ojos cada que se me malograba el juego. Los muy arrastrados se olían hacia dónde iba la cosa. En media hora, poco más o menos, Urbano me desplumó por completo.

—Va la buena, Martín.

—Ya no traigo con qué.

— Pero cómo no. Tu tienes algo que yo quiero, y si vine desde tan lejos fue para llevármelo. No me gustó nadita eso de que cuando fui a buscarla me dijeran que tú te me habías adelantado.

—¿Y qué me reclamas? La hice mía a lo derecho.

—Pero tú sabías que me gustaba, Martín, que la quería para mí y que por eso me fui a Járlinchen a juntar dinero.

—Andas errado, Urbano. También a mí me gustaba, y cuando te pelaste p’al otro lado me afiguré que por allá te olvidarías de ella y te conseguirías otra, por eso . . .

—No seas afrentoso, si yo había dicho que volvería por ella, lo iba a cumplir.

—Entra en razón, carnal. Ultimadamente, si ahorita no fuera mía otro se la habría llevado.

—Pero da la casualidad que no es de otro, sino tuya, y que te la juego contra lo que está aquí: casi sesenta mil varos.

—Eso no es nada, para mí vale mucho más, descontando que la quiero como no te imaginas.

—Me late que son habladas, pero . . . —de la bolsa de la chaqueta sacó un fajo de dólares y los aventó sobre la mesa— le agrego esto. Todo lo que tengo, tú dices.

Una sonrisota muy caraja se pintó en la jeta de Primitivo, que parecía estar pensando que ya me iba a ir igual que a él. En la cantina no se oía más que el runrruneo del aire acondicionado.

— ¡A ver, jilgueríos, échense *El tahúr* —gritó Urbano—, p’a alegrar esto un poco.

Quería ponerme en ridículo, así que le dije a Dante que sirviera las otras, trajera más botanas y de paso se jalara una baraja nueva. A pesar de la música, que ya iba en eso de “el la convirtió en su esposa ante el altar del señor, era para él una rosa de su jardín bella flor”, se oyó uno como resuello de la coyotada presente. Dante regresó con lo pedido y limpió muy bien la mesa. A mí de pronto me entró una confianza muy grande.

—Barájala, Urbano y que Primitivo dé el juego. Abierto, si te parece.

—Vale, carnal. Pero que de una buena vez él baraje, corte y reparta.

Comenzó a dar las cartas y de entrada le tocó un cinco al otro y a mí un rey, que se convirtió en par cuando me dieron la carta cerrada. Luego Urbano abrió un joto y le dieron carta. Yo pedí abierta la tercera y me salió un ocho.

En eso entró un bato—loco a la cantina y Dante ni lo fumó cuantimeno porque en ese momento el otro descubría un cinco. Ya tenía su par, todos pensaron que me estaba embrocando, así que abrí el rey y me dieron cerrado el cuarto naipe. Nomás le levanté una esquinita y vi que era un móndrigo tres, pero sonreí como si me hubiera tocado algo bueno. Urbano, como si nada, volteó su tercer cinco antes de que le dieran la última carta. Dejé tapado el tres y me dieron abierto ¡un rey! La gente cuchicheó y se puso más tirante la cosa, mientras los jilguerillos iban en esa parte de “se oyeron dos fogonazos de dos balas expansivas, primero mató a su amada, después se quitó la vida”.

Se acabó la música, estaban pendientes de lo que iba a suceder. Mi tercia era mayor que la suya y además ignoraban que no había más. A Urbano podía haberle tocado otro joto, eso ni él lo sabía, porque no había mirado su carta, y completar el pókar estaba jijo, más cuando tenía atravesado ese joto que le salió casi de entrada, lo que es salación. Como quien dice yo tenía ganado el juego, pero por aquello de no—te—entumas me convenía meterle miedo para obligarlo a retirarse. Porque si perdía no me iba a quedar más que entregársela, pues p’a mí las deudas de juego son deudas de honor, así que no lo pensé más y me llevé la mano al cuadril. Se ciscaron toditos y asustados se echaron p’atrás, cuando me vieron sacar la 45 de pavón oscuro y con cachas de plata labrada.

—Lo convenido, más ésto, si quieres ver mi juego.

Urbano le dió un trago a la cerveza, se echó un puño de cacahuates al hocico y sacó su 38 especial.

—Pago, pues.

Me había fallado la maniobra. Se veía que de a deveras quería quitármela. Destapé de un jalón mi tres y la gente ni se movió, todos estaban viendo a Urbano que se empujó la cerveza hasta el fondo antes de empezar a voltear, muy despacito, su última carta:

—Pókar de cincos, Martín. Es mía, te la gané.

—Unos gritaron entusiasmados, otros nomás se rieron burlones los músicos empezaron a tocar *El barrilito* y Dante se fue a servirles a los que ya estaban pidiendo tragos y chachalakeando de la Partida. Me metí las manos a las bolsas de la chaqueta y en la derécha, junto a las llaves de mi chante sentí la navaja de muelle y la apreté con fuerzas. Se me ocurrieron algunas locuras, pero. Mientras Urbano alzaba de la mesa el dinero y las pistolas, le aventé con la izquierda las llaves:

—Ahí tienes, es tuya. Ya sabes donde está.

—Me convino que fuera tuya primero. Ahora recién pintadita, con sus llantas gordas y las franjas que le pusiste me gusta más que antes, carnal. Esa troquita quedó de pocas.

—No le buygas, Urbano; llévatela de una vez y déjame en paz.

Le dió unos billetes a Dante y dijo que les invitaba el trago a todos. Luego salió de la cantina. Primitivo andaba baile y baile solo, haciendo que los jilguerillos le tocaran una vez tras otra la de *El Tahúr*. Yo estaba que se me podían tostar chiles en el lomo, pero me decía que nada habría ganado entregándole mi troquita con las llantas pochadas. Primitivo seguía bailando burlón. Entonces saqué la navaja de muelle, hice saltar la hoja y . . . comencé a limpiarme la mugre de las uñas, para que vieran que no me importaba nada lo que había pasado. Nomás a ustedes les digo la verdad, que sí me dolió perderla, y mucho.

EL TAHUR (Adolfo Salas)

Martín Estrada Contreras
un tahúr profesional
lo respetaba la gente
porque jugaba legal
era pa' todos derecho
sabía perder o ganar.

Pero una joven hermosa
le llegó hasta el corazón
él la convirtió en su esposa
ante el altar del señor
era para él una rosa
de su jardín bella flor.

Al pueblo llegó un fulano
con Martín vino a jugar
pero Martín perdió todo
ya no tenía qué apostar.

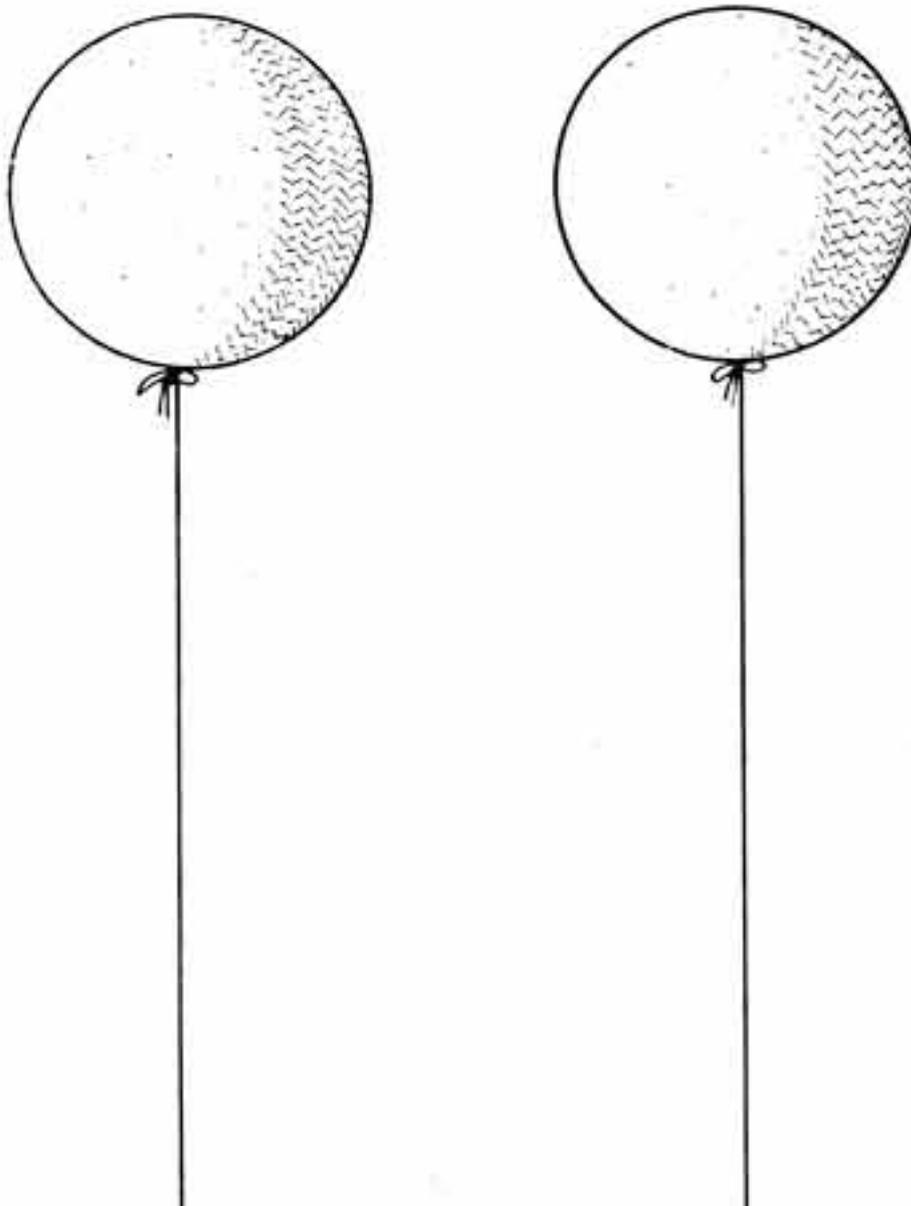
"Si quieres mirar mis cartas
tienes que pagar por ver"
Martín contestó sereno
"te apostaré a mi mujer"
tenía una mano segura
sabía que no iba a perder.

Se destaparon cuatro ases
se sintió Martín morir
del juego así son las leyes
hay que aprender a sufrir
tenía un pókar de reyes
no había ni qué discutir.

Martín salió como un rayo
en dos horas regresó
su esposa iba a su lado
todo en silencio quedó . . .

Pa' mí las deudas del juego
son siempre deudas de honor
Te entrego lo que más quiero
pero te la entrego muerta
aunque me destroe el alma
de sentimiento y dolor.

Se oyeron los fogonazos
de dos balas expansivas
primero mató a su amada
después se quitó la vida.



Segundo Lugar

por Agustín Sánchez

LA ESPERANZA CUELGA DEL PERCHERO

El perchero en un rincón, apenas visto por el haz de luz que entra por una rendija de la entreabierta puerta. Pedro mira con temor la sombra —que semeja una cruz— y llora. El saco azul, viejo y deshilachado, está aún ahí.

La barra de la cantina no es grande, ello obliga a los parroquianos pedir una copa y retirarse a caminar por el breve espacio de la tienda adaptada a cantina.

A los once años Pedro se desvela noche a noche oyendo la música de la sinfonía, le gusta oír *Cruz de olvido*. Se levanta temprano para ir a la escuela; ha repetido tres años el segundo grado pues nunca entiende nada, siempre está distraído.

Florencia con mala cara y el ceño fruncido es guapa a los veintiséis años. Algunas veces, cuando el cliente es bueno, se acuesta con él y del perchero cuelga otra prenda. Pedro no duerme entonces, acude a la barra; sirve, cobra y espera a que el perchero quede vacío para volver a colgar el saco azul.

Pedro es un muchacho solitario a quien menosprecian en la escuela por su carácter bastardo; pasa las tardes sentado en la puerta de la tienda, ayuda a las prostitutas a limpiar sus cuartos o acude al pueblo a comprar cosas. Otras veces acomoda las cervezas o licores; en las noches se desvela y así llega a la escuela, en donde no soporta los reclamos de los maestros asumiendo una actitud de indiferencia; nunca realiza sus tareas escolares, ni lleva el uniforme limpio, ni habla nada.

De Florencia sólo salen mentadas de madre a los clientes, golpes y desprecios a Pedro quien se tira al suelo a llorar, poniéndose a observar el saco colgado en el perchero. En una ocasión Florencia abrazó a Pedro, él quiso besarle la mano y ella reaccionó violentamente dándole de cachetada; el niño quedó llorando, abrazó el perchero y limpió sus lágrimas con el saco, cobrando éste un sentido diferente pues hasta entonces se dió cuenta de que era real. Al otro día lo bajó del perchero, se puso a examinarlo minuciosamente, encontró en la bolsa

derecha un pañuelo pulverizado, en la izquierda una cartera vieja y desgastada con la foto de su madre y un calendario de doce años atrás; el saco estaba húmedo, en la bolsa interior había una carta que no pudo leer pues estaba semidestruida por los dobles; al oír los gritos de su madre dejó todo en su lugar y corrió a ayudarle con el vino.

Pedro acude al pueblo a hacer mandados a las prostitutas pero tan sólo llega a la tienda; él desea recorrerlo, conocer sus calles e ir a otros lugares que oye mencionar a los clientes de su madre y sabe que ello será posible cuando el saco azul le quede a la medida. Mientras tanto, camina por las calles sabiendo que el mundo es algo más que la zona en que vive.

La neurosis de Florencia ha disminuido. En la escuela han amenazado expulsar a Pedro si continúa con su negligencia y ante ello, Florencia decide que el niño ya no estudiará. Todas las noches —con sus trece años— atenderá la cantina nueva. La vida está cambiando, rentan la vieja tienda pues han adquirido una cantina con mesas, sillas y una mejor sinfonía en la que Pedro escuchará diariamente “la barca en que me iré lleva una cruz de olvido”; dormirá en la bodega, en un pequeño catre. El perchero se encuentra en la habitación adjunta que ocupa su madre. Algunas mañanas acude ahí a recibir instrucciones, a entregar dinero y se queda embelesado al mirar el saco, como si temiera que desapareciera. Florencia ya no es tan dura con él, pero la relación gira sólo en torno a la cantina.

La mujer cada vez se arregla más y los encuentros con los clientes son más asiduos; tiene cama nueva y el tocador está lleno de perfumes, cremas y pinturas. El negocio sigue prosperando, Pedro se ha comprado una grabadora para oír todo el día *Cruz de olvido*. Dos o tres días a la semana —cuando no hay clientela— encarga la cantina y acude con sus vecinas a quienes suele pagar muy bien; algunas le temen, pues piensan que está loco; nunca sonríe ni habla con nadie; se dedica a observar a su alrededor a recordar el pueblo al que no ha regresado y al que no volverá, pues su meta es recorrer —en una gran barca— el mundo. Se entusiasma cuando los parroquianos hablan de lugares lejanos o del mar y se sueña caminando, sólo caminando, solo. Mientras tanto abre la cantina a las siete de la noche y la cierra a las cuatro de la mañana. Siente girar lenta-

mente el mundo, observa a los hombres caer por el alcohol o alejarse con alguna prostituta. Ambos —borrachos y putas— le agradan pues ha recibido afecto y sonrisas de ellos. En varias ocasiones, entusiasmado por las pláticas, ha invitado copas gratis a clientes que cuentan de sus pueblos o mujeres que hablan nostálgicamente de su tierra natal y en esos días —sin ser visto por su madre— acude a mirar el viejo perchero.

Los bienes han seguido aumentando: dos cantinas, habitación y bodega además de la nueva casa a las afueras del pueblo. Florencia sale a la Capital con uno de los hombres que más la frecuentan. Nadie sabe de dónde salió. Llegó una noche y se metió con ella durante tres días a su habitación. Pedro cuidará la casa en ausencia de su madre, está feliz, no conoce la casa pero sabe que el perchero se encuentra ahí. Florencia se despide dándole un beso en la mejilla; el muchacho queda estupefacto pues es la primera vez que recibe una muestra de afecto; entiende que será la última, pues a sus dieciséis años tiene la estatura suficiente para poder recorrer el mundo. Cuando ella regrese, en tres meses, él ya no estará en la cantina. Su preocupación es encontrar el saco azul con el que podrá recorrer el mundo y olvidarse de borrachos y prostitutas, de cervezas y licores para comenzar, entonces, a decir todo lo que ha caído.

Han pasado dos semanas y Pedro casi no duerme pues no aparecen ni el saco azul ni el perchero. Recibe noticias de Florencia pidiendo dinero, ello empieza a sucederse con frecuencia y Pedro lo envía de inmediato. Todas las noches acude con las prostitutas, sigue sin hablar y come ávidamente. Luego de un mes de ausencia, Florencia escribe solicitando venda la casa de las afueras de la ciudad y guarde los muebles en la bodega. Al hacer la mudanza Pedro encuentra el viejo perchero; tiene rotos los ganchos y se lo lleva a reparar amorosamente; la tristeza continúa pues el saco azul no aparece. El perchero es reparado y está de nuevo en circulación en espera de su acompañante.

Florencia regresa, está embarazada y sola. No tiene un centavo. Pedro no pregunta nada. La cantina grande tiene que ser vendida y han regresado a la tienda adaptada en cantina, la que tiene la pequeña barra sin sillas ni mesas.

Con sus treinta y dos años, Florencia recibe un bebé. El perchero es ocupado por una chamarra de cuero café. Ella llora en el regazo de Pedro y éste aprovecha para preguntar por el saco azul. Florencia reacciona violentamente diciendo que lo tiró a la basura cuando se fue; Pedro sale corriendo y se esconde en un rincón a llorar mientras ella lo mira azorada. El mundo ha muerto ha quedado atrás. El universo ya no será para Pedro quien seguirá sin hablar todo aquello que tenía que decir, la barca se ha ido sin él. Ahora tendrá que cuidar a su hermano mientras que Florencia, con mala cara y el ceño

fruncido, atiende a los clientes; ya no es tan guapa ni se preocupa por serlo. Pedro se encuentra ocupado cuidando a su hermano, le cuenta acerca del mundo que le contaron y le promete vigilar la chamarra de cuero café, ayudarlo a crecer mucho y muy pronto para que al volver la barca pueda irse a recorrer el mundo mientras que Pedro mire el perchero por el haz de luz que entra por una rendija de la entreabierta puerta y se vaya quedando mudo pues nada tiene ya que decir . . .

CRUZ DE OLVIDO (Juan Zaizar)

Con el atardecer, me iré de ti
me iré sin ti;
me alejaré de aquí
con un dolor dentro de mí.

Te juro corazón
que no es falta de amor
pero es mejor así
un día comprenderás
que lo hice por tú bien
que todo fue por ti.

La barca en que me iré
lleva una cruz de olvido
lleva una cruz de amor
y en esa cruz sin fin
me moriré de hastío.

Culpable no he de ser
de que por mí puedas llorar
mejor será partir
prefiero así que hacerte mal
yo se que sufriré
mi nave cruzará un mar de soledad
adiós, adiós mi bien
recuerda que te amé
que siempre te he de amar.

La barca en que me iré
lleva una cruz de olvido
lleva una cruz de amor
y en esa cruz sin ti
me moriré de hastío

Tercer Lugar

DE SEDA Y MEZCLILLA.

Gustavo Armenta

Tengo catorce años escapándome para venir a darte tu regalo de cumpleaños. Siempre, desde entonces, la misma fecha, el mismo obsequio, el mismo lugar. Acudo a la cita como un delincuente, en la madrugada, cuando la plaza está oscura y vacía. Sólo tres o cuatro veces algún policía me ha visto de lejos, pero nunca me han dicho nada, al contrario, se dedican a contemplar mi rito.

Siempre voy como a ti te gusta, con el mismo traje negro y la corbata gris que me regalaste una navidad. Como la primera vez que cenamos juntos, me baño a la medianoche, me rasuro, desempolvo el traje y tu corbata, hasta los mismo zapatos, la camisa y los calcetines; me pongo la rosa en la solapa y salgo a la calle a tomar un taxi. Como un estribillo bien aprendido les digo: "al edificio de Relaciones Exteriores, por favor". Qué abandonada se ve la ciudad a esas horas, sólo la habitan las luces y una que otra hormiga que regresa a su casa con la cabeza agachada. No sabes cómo disfruto el trayecto, pensando en que te veré después de un año de no hacerlo.

Al llegar, luego de pagar, invariablemente me espera el aire frío para acariciarme la cara. Parado en la banqueta observo las nubes y empiezo a caminar con mis manos en los bolsillos, mirando de lejos lo tranquilas que duermen las piedras grises de la plaza, y cómo poco a poco se va llenando de gente y de voces hasta formar aquel murmullo gigante. Todo pasa muy aprisa. Cuando doblo la esquina y me dirijo hacia la iglesia, brillan en el cielo las bengalas de colores, y los gritos y las balas comienzan a pasar a mi lado; pero no tropiezo con nadie y ningún proyectil me toca. Saltando cadáveres atraviezo la explanada para llegar al asta bandera. Me paro frente a ella y espero a que llegues. No tardas mucho. Te apareces como la última vez que te vi, con tu pantalón negro, de satín amarrado a los tobillos, y tu blusa clara de seda, transpirada con sangre —siempre pensé que eras muy elegante para ir a un mitin—, resbalándote abrazada a ese mástil sin barco, con dos balas en el pecho y una en la cintura, diciéndome que me amas con los ojos de la muerte. Entonces, tomo tu mano que no alcancé

ese día y al besártela desapareces. Te miro convertirte en una mancha oscura en el suelo, y me hincó y beso el pavimento mientras me lloran las víceras y el estómago me gira. En la soledad de casi quince años y una plaza enmudecida porque le cortaron la lengua a fuerza de metralla, te doy tu regalo de cumpleaños: la rosa, que deposito al pie del asta, sobre tu sombra, sobre lo que no fuiste, sobre lo que somos nosotros los que sobrevivimos a la olimpiada, a los que escondimos los cuerpos de los muertos como tú, y exhibimos una medalla de oro y otra de plata.

Alguna vez te dije, mientras caminábamos por Reforma, poco después de que llegaste de Orizaba, con tu sonrisa de burguesa provinciana a vivir en esta ciudad, que lo que más deseaba era poder un día escuchar Zorba el Griego, en Atenas; Fina Estampa, en Lima; Alma Llanera, en Venezuela y tangos en el peor bar de Buenos Aires; tú me contestaste que algún día lo haríamos juntos, y yo te creí. Pero los soldados te hicieron mentir, no permitieron que cumplieras tu promesa, y a cambio te convirtieron en la Adelita contemporánea que cargaba volantes en lugar de carrilleras.

Tres lustros después hago la cuenta de cuántos besos míos cambiaste por tres pedazos de plomo; de la ropa fina que se quedó en tu armario sin ser estrenada; de las botellas de vino tinto que se agriaron cerradas; los discursos que nos ahorramos. Tres trozos de metal, tres, fueron suficientes para acabarnos.

Hoy pienso que la culpa fue mía por no haber previsto todo antes de que sucediera. La fecha de tu nacimiento era muy clara: 23 de septiembre, y nadie que recuerde ese día puede ser bueno para este sistema en que vivimos. Claro que entonces no significaba nada, pero tal parece que la consigna anticipada era desaparecer todo lo que tuviera algo que ver con ella, aunque sólo fuera la coincidencia de un parto. Debí adivinarlo. ¿Por qué no llegaste al mundo un primero de diciembre o un cuatro de julio?, quizá ahora vivirías del presupuesto.

En fin, nuestro año y medio juntos era demasiado bueno para ser cierto. También lo era la lucha de aquellos días, la ilusión de un país nuevo, la candidez de cambiar consignas por balas, el pensar que a mí me matarían primero por ir de mezclilla y no de seda, creer que el amor se acaba con la muerte.

Después de dejar la rosa en el suelo y de pensar todo esto que consuela mis intestinos, me pongo en pie mientras los grillos me cantan y levantan el puño. Los adivino escondidos en el pasto sintiendo lo mismo que yo. Tal vez sus abuelos también murieron ese día, no por las balas, sino de vergüenza.

Cuando el alba comienza a rozarme los ojos, abandono la rosa y con las manos en las bolsas, revivo solitario la marcha del silencio.

Ahora sé que ya no quiero oír todas esas canciones en todos esos países, las balas me enseñaron que el amor es como la muerte, siempre llega en el momento preciso, nunca tarde, nunca temprano, te abraza y nunca más te suelta.

Después de celebrar otro cumpleaños tuyo, me voy creyendo que nuestra separación no fue inútil, de algo sirvió, algo cambió, no como lo queríamos, pero este país se divide en antes y después de tu blusa perforada, y regreso a casa recordado la canción que advierte: "yo pisaré las calles nuevamente de lo que fue Santiago ensangrentada, y en una hermosa plaza liberada me detendré a llorar por los ausentes".

Me marchó, y el sentimiento se vuelve un dolor lejano, desvanecido, ajeno, no mío, sino de aquél que estuvo contigo un día, aquí, donde te recuerdo.

YO PISARE LAS CALLES NUEVAMENTE

(canción de Pablo Milanés, cubano, dedicada a los caídos durante el golpe militar en el que Pinochet derrocó a Salvador Allende, en Santiago de Chile).

Yo pisaré las calles nuevamente
de lo que fue Santiago ensangrentada,
y en una hermosa plaza liberada
me detendré a llorar por los ausentes.

Yo vendré del desierto calcinante
y saldré de los bosques y los lagos,
y evocaré en un cerro de Santiago
a mis hermanos que murieron antes.

Yo unido al que hizo mucho y poco
al que quiere la patria liberada
dispararé de las primeras balas
más temprano que tarde sin reposo,
retornarán los libros las canciones
que quemaron las manos asesinas
renacerá mi pueblo de sus ruinas
y pagarán su culpa los traidores.

Un niño jugará en una alameda
y cantará con sus amigos nuevos
y ese canto será el canto del suelo
a una vida cegada en la moneda.

Yo pisaré las calles nuevamente . . .



TALLER DE NARRATIVA DEL C.C.U., COORDINADO POR: MAGALY MARTINEZ GAMBA

EL GESTO RECOBRADO

por: Rosario Lara

A Lourdes

Fija la mirada en el tablero y aprovecho para escrutar sus facciones, para acechar en su rostro ese gesto recobrado. Alza los ojos y finjo enfrascarme en el juego. Ojalá pudiera hacerlo realmente, ojalá le ganara esta vez, pero sus piezas negras avanzan y reacciono moviendo torpemente mi única torre. Nuestras miradas se cruzan un instante y siento que se me contraen los músculos. La náusea me asciende por el cuerpo.

Es la hora de tu medicina, le dice al tiempo en que le acerca dos cápsulas azules y un vaso de agua. El padre hace un ademán de rechazo, pero él insiste. Al fin, el viejo inclina la cabeza, se echa las cápsulas a la boca y las traga con dificultad. Luego oye la voz del hijo que no admite réplica: ahora el diurético.

De la pared cuelga el retrato familiar. La madre sonríe con labios y ojos retocados. El marido en cambio se ve serio, tiene los músculos faciales contraídos, el gesto amenazante, los ojos del mismo tono verde que su uniforme. El niño, en medio, luce desconsolado.

Come papá, le dice y le sirve un plato de lentejas y muchas verduras y legumbres, todo verde porque es más saludable. En sus tiempos su padre fue un buen carnívoro, pero ahora él atendía directamente su dieta. Anda papá, estás bajando mucho de peso.

A raíz de la enfermedad del padre las relaciones entre ambos se habían estrechado, se había perdido la distancia. Todas esas noches en vela vigilando su respiración, tomándole el pulso, dándole sus medicamentos, estaban vivas en la memoria.

No abras la ventana papá, le dice. La brisa del mar a esta hora es dañina; ponte tu saco verde, recuerda que eres propenso a los resfríos. Que irán a decir tus hermanas si llegas a tener una recaída. Anda papá, tus pastillas, son vitaminas para que te pongas fuerte.

Las posibilidades del ataque y la defensa son infinitas. Sin embargo mi estrategia resulta hoy inferior a la suya. No puedo reflexionar, no puedo prever sus movimientos, me hundo en ese rostro que me hiere. Con gran esfuerzo mental y físico muevo el alfil tres casillas.

Las cápsulas azules cada dos horas, las rojas cada doce. Vitaminas y minerales después de las comidas. En cambio los extractos naturales son a discreción, a cualquier hora, lo importante es tomarlos a diario. Especial mención merecen las pastillas traídas directamente de Alemania. Son carísimas pero resumen todos los progresos de la geriatría, se afirma que se han dado casos de rejuvenecimiento verdaderamente notables. El precio es lo de menos, él siempre ha procurado darle a su padre lo mejor, aunque no se lo agradezca.

Era tan joven y fuerte que daba lástima verlo así. Hubo una época en que ni al baño podía ir solo. A punto de morirse, había dicho el doctor. Y pensar que estaba acostumbrado a dar órdenes. Sólo hay que ver el gesto que tiene en el retrato.

La mujer que les había hecho la limpieza durante el verano lo contó por el pueblo: (A él le llegaba el sonido agradable). Ni se casó por atender a su padre y es tan, pero tan bueno que por la noches se levanta a taparlo como si fuera un niño, lo hace caminar descalzo por la playa porque eso ejercita los pies, y juega al ajedrez y escucha óperas porque son de los pocos placeres que le quedan al viejo.

Es la hora, le dice ofreciéndole la medicina con el vaso lleno de agua, pero la mano le tiembla al sentir la mirada del padre, el vaso se le cae. Oye la voz firme y no te enojas papá, no puedo tomarla, me da asco, y se le contraen los músculos, la náusea le asciende por el cuerpo. No puede seguir hablando porque arroja un vómito espeso que le arde. La fiera verde se agiganta, lo toma por la nuca y le restriega el rostro en aquella materia fétida.

Arriba, no seas flojo, hay que estar en forma. Al saltar la cuerda y luego al agua fría. No, no es una incongruencia, cuando te acostumbres a la temperatura helada podrás abrir todas las ventanas que se te antojen. Ahora no.

Ahora no puedo verlo. Mi excitación aumenta. Tengo los labios secos, los ojos nublados. El juego avanza. Su caballo amenaza mi reina y siento su mirada, sus manos tan ágiles moviendo las piezas con estrategia militar.

Lo oye dormir en la cama vecina. Su respiración es acompasada, el sueño debe de ser muy tranquilo. Afuera empieza a clarear. Como todas las madrugadas, se levanta a cerrar la ventana. Los amaneceres en la costa son más fríos de lo que la gente cree. Una heladez que cala. Pasa junto a la cama de su padre y se acerca a taparlo. No quiere hacerlo, pero tiene que mirar su rostro. Es el mismo que descubrió la madrugada anterior. Aunque duerme, tiene los músculos faciales contraídos, el gesto amenazante. Las arrugas tan familiares se han desvanecido. Con suavidad, casi con ternura, lo cubre con la manta de lana. Recoge una almohada del suelo y con ella le tapa el rostro intolerablemente joven para no verlo más.

Jaque mate, me dice sonriendo. Pareces distraído, no fue difícil ganarte esta partida.

COLORES SOBRE LA CARA

por: *Carlos González Covarrubias*

Todo empieza con un explosivo rayo de luz que completa el misterio de esta obscuridad. La sonrisa de Ornela intenta escabullirse por entre la armonía de un público imaginado; su incesante saltar y bien bajar conmueve hasta la exaltación de un presentimiento: Se hace la obscuridad, y un pequeño punto en el centro de este espacio empieza a iluminar el escenario donde, no hace mucho tiempo, ella misma trató de descubrir la razón de su tristeza.

Quiso dormir en paz sin saber cómo era que había olvidado la alegría.

Sientes pesadillas al ver carcajadas y sonrisas. Estoy a un lado tuyo y soy tu encima. No conoces tu camino.

Sentada al final de la función, en el centro del escenario, a obscuras, entró y olvidó lo que traía detrás de la puerta; hoy es el momento: tuvo que olvidarse de todas las voces que le aplaudían y, enfrente de las paredes espejos, descubrió como perdía a cada momento la desilusión que la había convertido en poeta.

Algo pareció penetrar en su momento, vio los caminos altos de su idea ya moldeada y, como era costumbre, una lágrima de resistencia salió por sus dedos de color.

Tendría que polvear una vez más su cara con esos colores insuficientes que le indicaban la manera de suponer el desencanto del hambre y de la sed al intentar comprender su vida, que se sumía cada vez más en el claro vacío de su libertad imaginada.

En el momento de pasar al otro lado de la puerta los copos estaban casi deshaciéndose con el calor de las manos que rozaba los barquillos de galleta; todo pareció convertirse en las azuladas consecuencias que había querido ser en un momento, pero la mirada penetró en los ojos de Ornela, y al esquivar el parpadeo profundizante de Boris, las actuaciones de Ornela descubrieron el abismo solitario que había convertido el sonido de esta música en el color viviente de estas imágenes suspendidas.

Boris comenzó a internarse en una obscuridad cautiva; las uvas que le fueron indicando el destino de sus sueños y la resistencia de sus esperanzas como poeta, empezaban a ocultarle la amistad del ser que integraba más conjuntamente el entendimiento de sus sentidos.

Despierta y sólo encuentra el destino de tus sueños y la profundidad de tus fantasías: conviértete en un hombre y deja que tu sangre de payaso se oculte en tus venas inconscientes.

Entraron y cada uno se pesó en su lugar correspondiente. Movimientos herméticos y de mímica hicieron que la soltura del paciente jamás se perdiera; a lo lejos, el señor del sombrero oscuro no paraba de aplaudir las actuaciones de los niños, los actores comenzaron a intervenir personalmente sobre sus marcadas ejecuciones; perdieron la paciencia el color invisible de su farsa quedó arrepentido.

Ornela trató de volverse por la puerta, pero la realidad de todas sus confusiones hizo que no tuviera valor para olvidar la esencia. Terminó pensando que lo único que la sostenía eran sus actuaciones como payaso; se perdió en el vacío de sus propias mentiras y creyó soñar despierta cuando le dijeron que su pez alado y su luna plantada con rayas de tigre habían dado su vida por conseguir la obscuridad del escenario.

Lo había logrado. Era exactamente como un sueño. Estaba convencido de que esa teoría era la correcta; si no, por lo menos la más cercana. Todos los días le añadía un elemento nuevo, soporte necesario para el acervo cultural requerido. Claro, había algunos que aún no se podían explicar, por esa misma carencia cultural, pero bastaba con no tocarlos y eludir las discusiones en que éstos se veían involucrados.

“El miedo a no ser reconocido”, ése era el punto que daba principio al trabajo y que debía estar siempre presente en él, no como hilo conductor o principio rector, sino como espíritu de creación. Había que lograrlo, tomando en cuenta la antítesis conceptual que derivaba del mismo conocimiento dialéctico de la semántica. El elemento o elementos contrarios a ésta, eran los únicos que provocaban la concientización de sus sentido y, avanzando sobre el método, los contradictorios u opuestos eran, a su vez, de los que se podía valer para demostrar su carácter imprescindible, su razón, su genialidad.

Polémica tanto menos llamativa como desafío disciplinario, pero mucho más interesante como estructura y esencia, resultaba la que por un lado argüía que la realidad no era otra cosa que el último recurso para la falta de imaginación, o en todo caso, el adorno superfluo, falla incomprensible e inaceptable en los grandes. Lo válido estaba inmerso en la inspiración, la fantasía, “tantas fantasías que deambulan desnudas y que sólo unos cuantos son capaces de atrapar”, el sueño y su fuerza aproximativa y última secuela: el ensueño, explicado como la conjunción del hartazgo al que lleva el prosaísmo de lo real y su necesaria salida, que no fuga, hacia atmósferas exquisitas, espléndidas. Y por el contrario, quienes afirmaban categóricamente que todas las grandes creaciones no eran más que una acumulación de conocimientos sociales y de la sociedad de los primeros, en tanto que adquiridos individualmente, sin dejar de ser un sujeto social, sin prescindir de la existencia y colaboración como tales, obligadas o no, pero sí involuntarias en el desa-

rollo, y de los últimos, porque representaban un arsenal histórico producido por ésta misma en sus distintas etapas de evolución (que para él no eran otra cosa más, que la ansiedad por elevarse al camino de la potencia pura, el convencimiento general, a nivel de individuo, de que lo cotidiano resulta una blasfemia).

Se inclinaba por la primera apreciación. Y este hecho, vacuidad que reforzaba su cuasi-teoría (no por utilizar un término peyorativo; sí, en cambio, por las razones anteriormente referidas), aunque fuera expresado en el terreno de los oponentes, no podía menos que llenarlo de júbilo; por lo que esa tarde descorchó tres de *Oppenheimer*, que entraban en los cálculos, sensaciones y excitaciones de la necesaria salida, sin importar que el camino anterior, vidrio oscuro que se derrama en la convexidad de la luna clara y se lleva a los labios, formará parte de la banalidad; la experiencia verdadera y estrictamente forma en el plano de las imágenes y los cristales inmateriales, que tenían como función diversificar la luz e impregnar de belleza todas las figuras, aún las que se encontraban fuera del alcance de sus aristas inastillables, intocables, inmateriales, indestructibles, empezaba con la degustación del líquido cuando la lengua transustanciaba su conformación en gotas multicolores donde el tono original y vulgar del licor quedaba expuesto a las transformaciones, en pequeñas escalas esféricas de colorido inexistente, de la bóveda infinita.

No había regreso. Su fin derivaba en una evolución, un avance gigante, del cual no era ni podía ser consciente, la gente “cuadriculada”, el público acostumbrado a la deshonestidad de la vida habitual. Su objetivo ascendía, cada vez con mayor impulso, hacia la aproximación a la pureza; una pureza y una honestidad entendida no como el pudor mojigato y llano del mundo, sino como el acercamiento a la misma pureza, transformada ya para entonces, según la cuasiteoría, en dialéctica del pensamiento inconsciente, es decir, del sueño consciente, y el chiste no formaba parte de esta ascen-

sión, puesto que alcanzaría denotaba como condición necesaria, la fe en la alegría pura y en la pureza de la alegría, que no son iguales, ya que la primera indica la forma más acabada de ésta, en tanto que la segunda se refiere a la inocencia de la misma, que es de igual forma, punto de partida para el hallazgo de la primera, cuando ésta se equipara con el nivel, no con la formalidad ni la esencia, sino con el espíritu de creación y el ensueño de la excelcitud del sueño fantástico "aquél que viaja sin ofrecer la oportunidad de ser atrapado, totalmente, y que para evitar ese cautiverio, ataca con residuos de fantasía que no son otra cosa que defecaciones bien vestidas y dispuestas a dejarse cautivar por algún inocente del *vox populi*", que posteriormente se dará a conocer, por lo mismo, en ese ámbito, sin contar ni siquiera con la posibilidad de rebasar, en ningún momento, sus propios límites, que el *vox populi* le ha impuesto, razón por la que no podrá convencerlo de la esencia misma (y qué bueno, porque de ser así, derivaría en desastre) que ni aquél logra entender.

Por eso, el simple acto de abrir tres de *Oppenheimer* tenía tanta importancia; era la consecuencia lógica, el reconocimiento tácito a ese trabajo pensado y forjado durante tanto tiempo, la aceptación oficial a una teoría anónima que pronto restallaría en las cabezas de los opuestos independientemente de que no fuera directa, muy aparte de que el premio fuese otorgado, como pensaba convencido el público que ni siquiera estaba al tanto de la cuasiteoría, por otra labor, pero que derivaba en una estrecha correspondencia con ésta, y que lo conducirá, a él, a la fama, situación que enganchaba perfectamente con su principio de espíritu, sobre el cual había descansado, y aún seguían naciéndolo, todo el coraje y la fuerza de su trabajo. Ese principio surgido del desdén hacia quienes se dejaban vencer, hacia los que no habían sido capaces de acumular una cultura que les permitiera comprender la prodigiosidad de lo desconocido, y por

último, hacia aquéllos que contando con el acervo necesario, sólo se empeñaban en contradecir cosas que no habían invivido: no era posible fundamentar las objeciones en lo vivido, ya que la genialidad de la cuasiteoría radicaba precisamente en el más estricto respeto hacia lo no vivido, sin considerarlo como aleación o elemento semejante a la muerte, ni mucho menos que decir, al surrealismo, que, por el contrario, estaban insertados totalmente en el proceso de la vida, o en concepciones derivadas de ella.

Este era el eje central, y por eso se hacía necesario no rozar, ni siquiera, cualquier punto que llegara a correr el riesgo de derivar en una discusión, en donde lo vivido y lo invivido se equipararían como iguales, cuya única diferencia radicaba en la semántica, o como decían aquellos irrespetuosos, en la trampa de la palabra.

Definitivamente ellos no podían entender el desprecio hacia la realidad como una categoría de la conciencia, sino solamente, como un atentado contra la razón y el humanismo; claro está, cuando nunca habían vivido lo invivido, o viceversa, que no es lo mismo, pero que fundamenta su estructura en la misma esencia, es decir, que las dos proposiciones, abordándolas tanto del lado de lo invivido, como de su opuesto, se basan en una estructura de la cual el éter es la piedra angular, el alimento, el motor que les proporciona realidad e irrealdad posible e imposible, que los impulsa hacia la imposibilidad de lo vivido irreal, o hacia la posibilidad de lo invivido real, y que sintetiza en la posible imposibilidad de lo irreal vivido en la invivida realidad, que asciende hasta la pureza y el principio del sueño del espíritu dialéctico, para asociarse con la pureza de la alegría fantástica y con la alegría pura de la fantasía.

De cualquier forma, como concluyera su cuasiteoría inacabada, o su finalizado bosquejo, lo im-

portante era que el premio estaría aguardándolo en dos días más: el premio y los días reales o el fracaso y las noches irreales; fuera el nombre que se les diera, ahí estaban también las tres de *Oppenheimer*, o el líquido que se metamorfosaba en esferas de multicolores musicales, que no de multimusicales colores, puesto que la música estaba del otro lado, como un aliado estético, filosófico y conceptual de su teoría, que era, por sí misma la que aprendía y expresaba el verdadero valor de lo expuesto (y no él, sujeto real por más que no lo admitiera, se apretaba las sienes, después se frotaba el líquido irreal de sus poros reales, por supuesto que también podían ser fosas conductoras al y del vacío, el perfecto y enorme vacío; ya había pasado por el inicio, la degustación y las fases posteriores en su epidermis hinchada por el exceso), la que merecía justamente el premio.

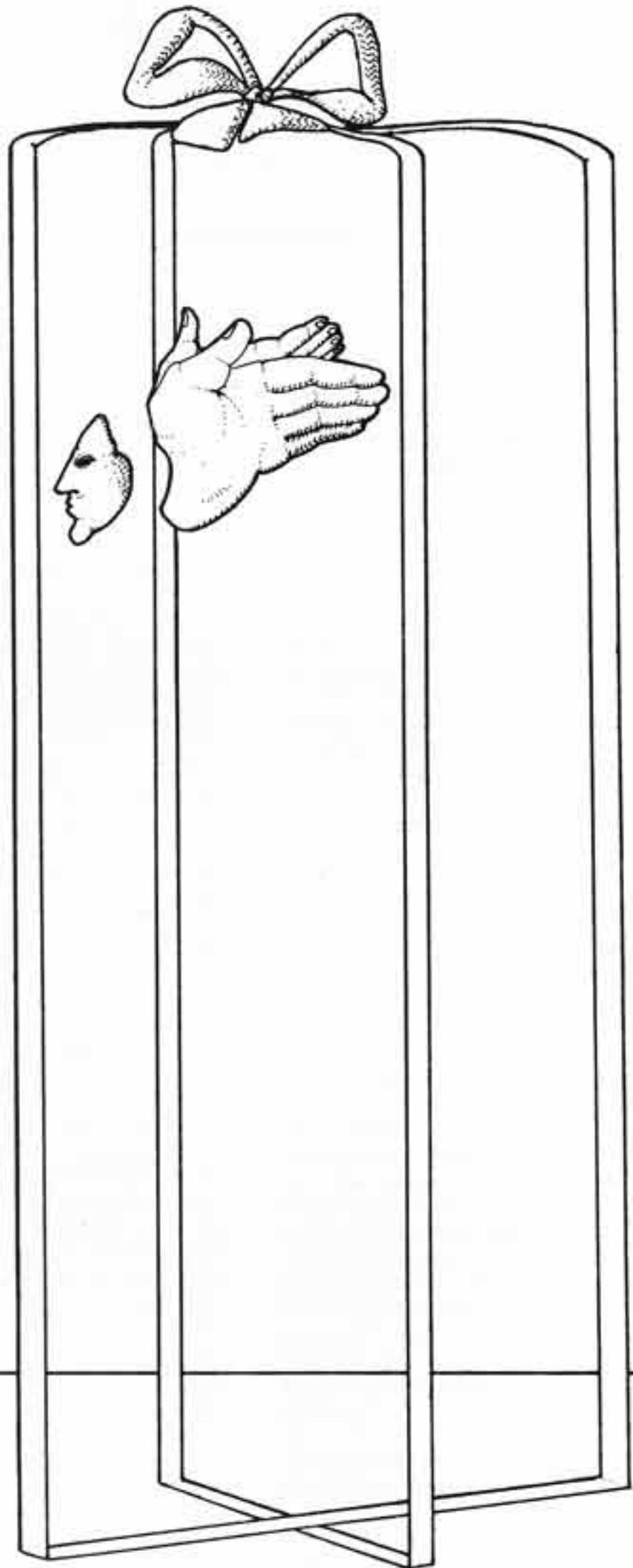
Por supuesto. Eso escribiría para el discurso de agradecimiento que leería parado, tal vez irrealmente, pero sobre un banco material; su voz acaso inexistente, chocaría contra las celdas del micrófono y recorrería los cables hasta llegar a una caja de resonancia acústica, en donde, no obstante el aparente el aparente encierro (y aquí pensó que su cuasiteoría encontraba un nuevo pilar, quizá el último, el faltante, así que elaboró una ficha mental con el objeto de abordar posteriormente el caso, ya con mayor tranquilidad), sería proyectada hacia ese espacio incomprensible para el público, en el que se hallaba la barrera que separaba los dos campos; sí, porque esa alineación oral, se transformaría en proyección auditiva, lo cual provocaría un giro no solo en su forma, sino también su sentido; no es lo mismo hablar que escuchar.

Pero eso no cambiaba el hecho de que iba a ser oído por un auditorio real, a sentir el propio aliento real que chocaría contra sus dientes y sus labios, a recibir un premio real; ni mucho menos, tampoco, el momento que ahora vivía: tomaba un

bolígrafo y unas cuartillas para escribir letras reales sobre papel real (¿o acaso teclearía sobre una máquina de escribir, y lo mismo, sobre cuartillas, produciendo algunas cuantas palabras que aparecerían en el horizonte seccionado de la máquina, a espacios uno, dos, tres, según su gusto?).

Tomó una decisión, aunque anteriormente no la hubiera considerado ni siquiera como posibilidad: incolocó a su alcance la máquina de escribir, e inscribió sobre hojas reales que no por eso habían sido enroladas en el carrete.

Intelectó botellas, testigos reales de su irrealidad, contra la ventana que expulsó toda su belleza en inastillas de vidrio; caminó sobre la vítrea inalumbra, y un rojo real acompañó a sus pasos, arrastrándose y encostrándose en el estampado persa, hasta que se transformó, de línea reptante, en río caudaloso que ascendía hacia la pureza y el principio del sueño del espíritu dialéctico, hacia el ensueño alegre de la fantástica pureza, hacia la alegría pura del ensueño fantástico, y cubría algunas de las múltiples formas de la habitación, dentro de las cuales, él quedaba incluido.



TALLER DE NARRATIVA DEL C.C.U., COORDINADO POR: MARIA LUISA PUGA

EL PARAISO

Por Leticia Hülsz

Esa noche llega directamente a la cocina. Enciende la estufa y pone a calentar agua en la cafetera de aluminio. Mientras hierve, se dirige a la sala comedor contigua, idéntica a todas las de esa unidad habitacional; se quita el saco azul de pana y se arregla con cuidado la camisa, también azul, pero de un azul muy tenue, levísimo. Los muebles coloniales, la mesa entintada y las sillas tembeleques. Los ceniceros colección de tantas noches en que se va con sus cuates a beber a cualquier parte. También están ahí unas macetas que poco a poco ha llenado de plantas. Le gustan las plantas y las flores; su flor preferida es tal vez el girasol por su tono opaco, opalino, por su hermosísimo centro de semillas tostadas y ese tallo largo y medio rasposo. Le gusta regarlas, ver cómo van creciendo bajo sus cuidados, fortaleciéndose y habitando sus intimidades. Vuelve a la cocina y quiere que alguno de sus hermanos llegue o que cualquiera toque el timbre. Pero en el fondo no le importa. El único sonido perceptible es el del refrigerador. Apenas van a dar las siete, puede tomar el café frío como le gusta y llegar a la última función de cualquier cine cercano.

De pronto se ve ahí en la cocina, el fregadero lleno de vasos y unos cuantos trastes, solo, deprimido. No se trata del trabajo, bastante burocrático, tedioso, sino de él, de eso que piensa cuando está solo. Su estado de ánimo. Imágenes nítidas de ciertos instantes lo abordaban insistentemente, aunque él pensara que el espacio había sido lavado, incinerado el sentimentalismo, cuando llegaba del trabajo tanta sobriedad lo confundía; comenzaba relajándose hasta que una de esas imágenes aparecía y no había modo de amortiguar los recuerdos.

Había algo en Silvia que le desagradaba. Era graciosa, morena como le gustaban, sus ojos cafés le prestaban atención cuando hablaba y tenía una manera ensombrecida de mirarlo que lo alegraba internamente. Pero le molestaba que Silvia tuviera una solución a los problemas, menudos o grandes, que se presentaban. No había misterios; él lo buscaba en ella porque siempre había creído en ese misterio femenino; siempre quiso tener el mérito y el placer de descubrirlo lentamente, con dificultad.

—El misterio que buscas es un mito, le había dicho ella con esa mirada inteligente y lúbrica que parecía saberlo todo.

Eso era lo que le molestaba. Que Silvia se le adelantara y se llevara parte del placer que a él le hubiese tocado si lo hubiera descubierto primero. Pero al mismo tiempo lo deslumbraban su frescura y su presencia; le parecía obscuro y envidiable su modo de hablar.

Recuerda una noche dolorosa. Regresaban de una fiesta, habían estado bebiendo y conversando tan relajadamente, que de pronto agradeció a Silvia que fuera su amiga, que tuviera la amabilidad de detener sus ojos en él, sus ojos llenos de calma y lo escuchara con tanto interés. No puede ser. ¿Y si fuera un truco, una artimaña más? Venían en el coche y la conversación fluía lúdica. Silvia estaba de buenas. Era muy simple: cuando estaba bien, contenta, se tomaba unas copas y se reía de todo. El interés fue siendo cada vez más irracional hasta que en un momento de locura le había propuesto ir a un hotel antes de despedirse. Silvia, cuántas ganas tenía de verte, de estar contigo, esperé este momento y sin embargo todo es tan inesperado, me siento tan torpe. Silvia contestó divertida que sí y pararon en un hotel de la colonia Roma, "El Paraíso". Nada tenía que justificara ese nombre, pero a Miguel le pareció que sí, era, encantado le estar con Silvia. Estacionaron el coche en el garage casi completo y bajaron. El estacionamiento estaba cubierto por unas láminas de asbesto. Silvia miró los coches: volkswagen, datsun, maverick, rambler... miró las placas de este último y se extrañó de encontrarse con un papel tamaño carta que tapaba las letras. Se alcanzaba a ver un 8 al final. Al entrar, Silvia no se avergonzó en la gerencia ni le sorprendieron las luces tenues del recibidor.

—Mira qué lindas macetas, -dijo acercándose a una colgada en un muro lateral. Miguel recibió las llaves y dijo vamos.

Cuando entraron al cuarto estaba encendido el radio FM, como siempre, radio joya que lo había

acompañado hacía unos quince días en ese mismo hotel, pero con una prostituta. "Radio joya la mejor música de México transmitiendo música para enamorados. *El me mintió, él me mintió, dijo que me amaba y no era verdad, no era verdad.*"

Silvia comenzó a desvestirse con naturalidad, los zapatos, las medias, los aretes, el broche en el pelo, el collar de cuentas. Miguel se quedó tendido en la cama, mirándola por el espejo. Sus piernas eran grandes, había algo salvaje en ellas y en la negrura de su cabello. Silvia puso la ropa a un lado, encima de la mesa de coche de formaica, se acercó, lo besó y dijo:

—No tardo nada, me voy a dar un baño rápido, ¿no quieres? te invito.

—No, gracias, yo te espero aquí.

Encendí un cigarro mientras ella cerraba la puerta del baño. Me quedé pensando en la familiaridad de sus movimientos. Llegaba al hotel y, a pesar de la brevedad del decorado, parecía habitarlo todo, darle calor a ese cuarto impersonal. Hasta me gustaron las flores del cuadro perfectamente centrado y amarillizo que estaba arriba de la cabecera. Seguramente, Silvia había estado ahí con otro hombre, alguna otra noche como ésta.

Hubiera querido, y lo desea en este momento en que recuerda en la cocina con el café frío, que ella nunca hubiera ido a un hotel y que hubiera sido torpe y pudorosa cuando llegaron al cuarto. Qué absurda idea.

Era tardísimo, habíamos bebido bastante. Cuántas ganas tenía de ver a Silvia, que ahora no parecía tener ninguna prisa. Vi sus ojos; sabían disimular su emoción. Ya no sentí el mismo deseo; De pronto la contemplé obesa, su nariz un poco aguileña me molestó, su perfume era demasiado dulce y ella en general complaciente. Me extrañé, no comprendí qué se había transformado en mí, días antes había tenido uno de esos sueños eróticos con ella, me había despertado buscándola, le había hablado por teléfono y finalmente la estaba viendo ahora.

Salió de la cama, se puso el pantalón y abrió la puerta.

—Señorita, mándeme unas cocas por favor, cerró la puerta. ¿Porqué se tardaba tanto Silvia? ¿Acaso no tenía el mismo deseo que yo? "Radio joya en su hora romántica". El tapiz de la recámara era nauseabundo, como de brocados dorados. Tocaron a la puerta, Miguel abrió, pagó y le dio unas monedas al encargado. Puso las cocas en el buró de su lado. Se quitó el pantalón y se metió, en calzoncillos y calcetines, a la cama.

El refrigerador es un sonido tan sordo como sus palabras. Nunca podrás imaginarte cuánto quise verte, cuanto esperé el momento de pedirte que fuéramos a un hotel. No pude decírtelo, no podría decírtelo ahora.

Saliste del baño, muerta de la risa, nunca olvidaré tu piel empapada. Me dijiste que había sido inútil luchar contra el agua, que igual se te había mojado el pelo y que ya qué. Te quitaste la toalla. Tu impudor me desarmó.

—Quítate los calcetines, ¿no?

Me sentí ridículo desvestiéndome mientras Silvia me miraba. Me desesperaba un poco que me pidiera cosas tan estúpidas. ¿Qué importancia tenía si ya estábamos ahí? La inminencia de los cuerpos debía bastarle. Parecía retrasar a cada momento el instante que yo deseaba. . . Sin embargo, no me quité los calzoncillos. Más bien la invité a meterse dentro de las sábanas.

—Te deseo muchísimo - me atreví a decirle, pero en el momento de estarlo diciendo me arrepentí. Ella pareció extrañarse de mi comentario, la risa se calló. Yo había estado pensando en ella días enteros, ahora que su cuerpo estaba ahí no había tiempo de coqueteos, no me quería retardar en besos y caricias. Tenía miedo de no resistir más, de perder por un segundo la posibilidad de penetrar abanderado en el campo de batalla y sentir cómo irresistiblemente ella se rendía y buscaba mis ojos.

en la oscuridad que iba aclarándose, cuando yo lo que deseaba era perderme, abandonarme por completo. Un minuto más y el deseo volaría. Hicimos el amor brevemente, en silencio. Pero el miedo no se fue. Encendí un cigarrillo. Me sentí mal. Ojalá y esté tomando pastillas o algo. Yo siempre con el temor de ser precipitado, sin poder controlarme y gozar un rato más. Pensé que obviamente debía estar molesta porque no se vino. Pero en vez de eso, me dijo que qué me preocupaba, que ella estaba bien:

—No sabes cómo me gusta que a veces no hagamos el amor, que nos estemos cogiendo con las palabras y los brazos. Hemos estado haciendo el amor desde que nos vimos, ¿no te parece?

No importaba, podía decirme lo que fuera, yo estaba enojado conmigo por haber echado a perder todo. Además, no me gusta hablar. No creo que tenga mucho sentido, es inútil disculparse. Aparte las copas. Acaso después, en un par de horas.

—¿Sabes?— me dijo—, he soñado contigo en los últimos tiempos, en platicar aquí, así, en una cama con colcha de orfanato, como ésta, café, suspendidos dentro de la ciudad. Quiero amanecer contigo, acércate, déjame memorizarte. Tengo frío.

Ella se recargó en mi hombro, vencida al fin, y nos íbamos a dormir. No tenía ganas de su respiración muy cerca de la mía. Así que preferí volverme y dormir de espaldas a su rostro, a su sexo, a sus brazos. El rostro de Silvia sonriendo en la puerta del baño: Ah.

“Radio joya proporciona la hora exacta: tres minutos para las siete cuando presentamos la hora del mariachi. Felicidades a Angela y Tomás en el día de su onomástico . . .”

— Silvia, ya vámonos.

Había tan sólo ese cuarto en la Roma. La colcha de orfanato. Las cocas y las colillas apestando en mi buró. El rollo de papel de baño reflejándose en el espejo y unos vasos. Ya se me estaba bajando el cuete, a juzgar por el magnífico dolor de cabeza. Busqué su silueta, pero Silvia no estaba. Se escuchaba agua corriente en el baño. Qué manía de limpieza. Bueno, cinco minutos más en esa cama. Tenía un hambre espantosa. Me levanté, me puse los calzoncillos, el pantalón, busqué mis calcetines, me puse la camisa mientras pensaba que no me iba a dar tiempo de pasar a cambiarme antes de ir a trabajar, y mi camisa estaba realmente arrugada.

— ¿Silvia?

Abrí la puerta del baño. La regadera estaba abierta. La toalla, aún mojada, se hallaba colgada del cancel de la regadera. Sobre el espejo del lavabo, con pintura de labios oscura, casi morada, habías escrito ese recado brevísimo, “no me busques” y éstampado un beso que remedaba tu boca. Ah, piensa mientras toma el último sorbo del café frío, si no fuera por ese recado. Fue una noche como esta, a finales de febrero, se dice, mientras se pone una chamarra cómoda y revisa la cartera antes de irse al cine, a la última función.

UN LLANTO LARGO.

por Gloria Cruz

Desperté con el primer sol que entró por la ventana, envuelta por los tiempos como si fueran amarras. Abriendo los ojos busqué el presente que me pareció torpemente nuevo y quise seguir durmiendo. Soñando con las playas largas, los cuerpos desnudos y ese olor a plantas de costa que casi no recuerdo.

A mi lado sentí su tibieza ya gastada, que subía y bajaba al compás de una respiración profundamente dormida. Me levanté un poco para mirarte, saber dónde andabas, en qué parte de la historia.

Bajé los pies de la cama con cuidado pensando que pondría el agua para el desayuno y me fui incorporando a esa luz de domingo que invadía el departamento dándole vida a los objetos. Miré todo con intensidad como si se tratara de un final de escena.

Ahí estaban los peces de madera con sus colores irreales, sus bocas semiabiertas y sus ojos tan atentos que más parecían oídos buscando el ruido del mar. Los pajaritos de rafia colgando, moviéndose al ritmo del aire, acostumbrados a no volar por mucho tiempo.

Las gredas, las planta, los libros, todo con un dejo a "desde siempre". Mientras tomaba mi té recordé que vendrían a comer los "niños", sus parejas y los nietos.

Se me agolparon en la memoria esas viejas mañanas de domingo en que la casa era un torbellino de peleas por el baño y ropas tiradas, de movimiento y preguntas. ¿Mamá, qué me pongo? Bastaba que les sugiriera un tipo de ropa para que a ellos se les ocurriera otra.

Por un momento pensé tenerles de comida lo que tanto les gustaba de chicos, pero el tiempo había refinado sus preferencias que yo no conocía bien. Opté por hacer un almuerzo formal que abarcara todos los gustos. Serví tu café con un triste temor. Sabía lo que significaba encontrarnos los dos despiertos en el dormitorio. Quise no enfrentarlo nunca, porque estaba segura de lo que venía. Cómo

irme muy lejos y volver cuando estuvieran todos, o mejor dicho casi todos, ahí, alegres, hablando con vitalidad, mirando las gracias de los más pequeños comiendo juntos.

Pero algo hacía inevitable su memoria ese preciso día en que venían ellos. Entré con tu desayuno cuando empezabas a abrir los ojos. Nos saludamos mientras te acomodabas para tomarlo, y así en la complicidad del silencio se fue creando ese espacio de siempre al enfrentarnos a su verdad, a esa rabia mordida por el vivir, a esa ternura ineficaz. Buscamos su fotografía de niño colgada en la muralla de enfrente, su sonrisa grande, su pelo ondulado que peiné tantas veces, y saliendo del retrato voy retrocediendo en su infancia, separándome de ti, dejándote con tus recuerdos de padre para yo seguir con los míos, uno a uno, distantes, hasta llegar al momento del parto. Tensé mi cuerpo como si hubiera podido, desde el hoy, evitar su nacimiento inútil, pero fue en vano porque igual esta vez irrumpió su vida con un chillido ronquito que ahora me ensordece.

No sé cuál fue tu itinerario, pero llegamos juntos al llanto largo con que ese día mojamos las sábanas.

LA CULPA LA TIENE ROSITA

por Jesús Falconi

Desesperada, histérica, le gritaba a su hija mayor: "¡ maldita, sabes cómo me siento, tengo la esperanza de este tamaño; y mostrando en la yema de su dedo índice una gota de lágrima reiteraba: de este tamaño !"

Rosita, de trece años, sabe que de la negrura o del frío de algunas noches se reconstruye aquel ser inasible que la toca. El fantasma indefenso de la niña tiembla dentro de su cuerpo. Aquel ser, húmedo y caliente penetra en ella con sigilo como en una casa abandonada. "Estoy soñando", piensa, pero se siente allanada y es en ese momento cuando toda alma y toda sangre llora, se retuerce en la cama, abre involuntariamente las piernas y grita con desesperación.

Sale desvelada del ruinoso caserío, acompañada por dos de sus cinco hermanitos. El sol, atrás de un horizonte montañoso, espía la ciudad.

—Anoche también lo sentiste, ¿verdad?

— Sí manito, ¿cómo lo sabes?

— Porque tienes los ojos rojos y oí que después de gritar te quejabas como si tuvieras calentura.

— ¿A dónde fué mamá? —terció el otro de sus hermanos—.

— A ver a papá.

— El te quería mucho, ¿no?

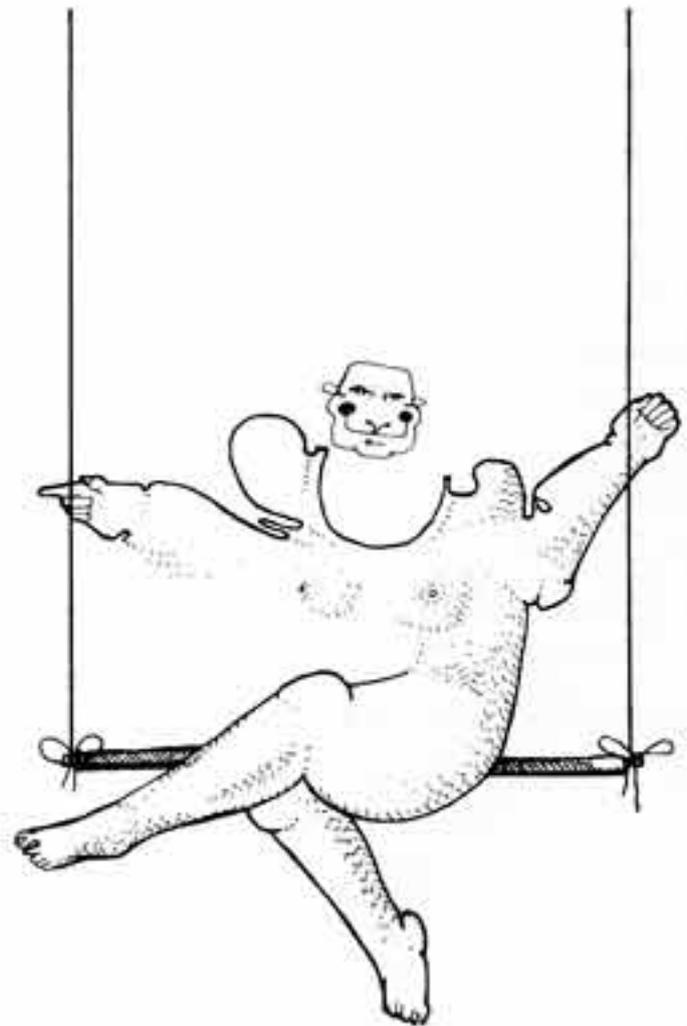
Un rayo de sol salió del horizonte para lastimarle los ojos que se inundaron de lágrimas, al momento que iba a responder.

Su padre casi siempre regresaba muy noche, susurraba cosas que sólo parecían entender sus mudos interlocutores, ya fuera un plato, una pared o su botella. Llegaba con dinero.

Una noche regresó, no tan tomado, pero sí más tarde que de costumbre. Sólo Rosita estaba despierta, se levantó de su cama al escuchar los encharcados pasos de la llegada, y salió al lodazal del caserío. Sus ojos se toparon con una mirada extraña.

Allí fue donde se ahogaron con ladridos los gritos de Rosita, que se desvanecieron después convirtiéndose en quejidos.

Su madre la maldecía constantemente, desde aquel día que le dijeron que no podían sacar a su marido de la cárcel; que debía pagar su condena. La maldecía desde aquel día que llorando preguntó: "pero entonces, ¿quién me va a dar para que coman mis seis hijos, sobre todo los chiquitos?".



—No se te olvide pasar por la Gran vía —dijo mamá dejando de hojear *Vogue* por un momento.

—No preciosa— respondió Jorge. El juego de la luz blanca en el mármol del lavabo suavizaba su rostro en el espejo—. Tengo que ir, además— dijo mientras se anudaba la corbata de seda color ciruela—; voy a encargar unos chocolates para Odette.

Jorge recordó sus ojos cristalinos, el fino vello de su cara. Odette que debía andar a estas horas, pulcrísima voluntaria, por los pasillos de la Cruz Roja. ¡En fin, si el capricho la distraía! Se echó un último vistazo aprobatorio. Besó la mejilla de su mamá: qué fragante. Cómo lo complacía su elegancia, evidente en su arreglo personal, el mobiliario, el jardín donde lirios y margaritas abrevaban mansamente bajo los pinos.

Maximino detuvo a la Duquesa, que alborotó como siempre que él se iba. Jorge metió reversa, viró. El espejo retrovisor le mostró durante un poco de tiempo aún su casa, espaciosa, en un mullido silencio que sólo los ladridos de su afgana negra salpicaban.

Dobló por Sierra Mojada. La pequeña barranca que mediaba en su trayecto hacia Reforma hervía de verde y de calor. Se aflojó el cuello de la camisa y giró el botón del aire acondicionado. Inútilmente. Malditos mecánicos, siempre regresaban los coches con algún desperfecto. "Bueno, no es para tanto", se dijo tratando de recobrar el buen humor tan necesario para sus negocios. "Más habrán sudado esos marineros", tenía en mente el almuerzo dorado que Renoir pintó, justo para que ahora él y San Emilión proyectaran una atmósfera de prestigio. El comercial se iniciaría con el cuadro; luego una disolvencia a plano americano de los modelos dispuestos como en la pintura y con traje de época; enseguida un zoom a sus manos que servirían el vino, y gran close up a la etiqueta. ¿La música? No sabía de quién; pero sería clásica, por supuesto. Le preguntaría a Manolo, que era un conocedor. Satisfecho por haber planeado no sólo un anuncio, sino toda una campaña estupenda, Jorge apreció las dalias exhuberantes, los camellones reverdecidos por junio y julio. Ya estaba en Reforma; la parte de Re-

forma que, para su gusto todavía merecía ese nombre. Aceleró, aprovechando las últimas calles largas. Se sintió estoico frente al escape que despedían dos "delfines" repletos. A poco tuvo que sortear las imprevisibles maniobras de los peseros cada vez más numerosos. Llegó al semáforo en rojo. Un impulso obsesivo lo hizo mirar hacia atrás: sí, allí estaban los materiales preliminares de la campaña; faltaba ahora saber la decisión de Fuentes.

— ¿Vas para Insurgentes?

Sintió la voz casi en su mejilla. Se oyó decir "sí, súbete". Fue algo automático, quizá provocado por la incurable galantería que en los días universitarios, no tan lejanos, lo hacía llevar a sus compañeras a lugares que lo desviaban del rumbo previsto. De cualquier forma, eran las dos y media, tenía tiempo de sobra para pasar por la pastelería y llegar puntual con Fuentes. La sonrisa de Jorge se torció al ver a la muchacha recargarse sobre su saco cuidadosamente doblado en el respaldo.

—¿Pasas mi saco para atrás, por favor? —dijo antes de arrancar.

— Ay, perdona —pidió ella con voz aguda— ¿Así? ¿Está bien puesto así? Jorge se sintió dispuesto a disculparla. Toda petición debía hacerse con el adecuado énfasis o la extensión conveniente, y ella había estado correcta. Creció en él la caballerosidad ventajosa del que favorece, del que paga, del que arregla.

— ¿Te molesta si fumo?— la voz parecía salir de un lugar hundido.

—No, claro que no— dijo él, accionando el encendedor.

Ella no lo esperó. Jorge entrevió sus uñas largas pintadas de un rojo violento que se descarapelaba en las puntas. Un anillo de piedras azules y oscuras relumbró en la mano ocupada en abrir la bolsa. Era morena. Hija de familia revolucionaria, pensó él, o de algún taquero adinerado; comenzó a imaginar cómo se la describiría a Odette.

—Soy Jorge— Pero ella no constestó; fumaba inhalando y expeliendo el humo con una rapidez casi cómica—. Baja el vidrio si quieres. Agosto está que quema, ¿no? ¿cómo te llamas?

El cigarro de ella olía a cosa vieja y húmeda; ojalá y se lo terminara pronto. Jorge engrosó la cola de vehículos esperando que el lío pasara pronto. Las luces rojas de los postes estaban prendidas, las campanas sonaban, un agente detenía el tránsito, pero no se veía aún el tren.

—Esta ciudad se pone cada día peor.

Pero el sol es tibio— con los ojos entrecerrados, ella pegó su cara a la ventana, como para absorber un calor que no acababa de entrar en su cuerpo—; la tierra es opaca, está llena de ruidos —dijo, y sobresaltándose sacudió el polvo de su vestido como si se tratara de larvas que la invadieran.

Jorge, no sabiendo qué responder, optó por preguntarle otra vez su nombre.

—Armanda— le contestó, mirándolo fijamente, resentida.

La miró de reojo: gordita y pequeña; pensó que el nombre le quedaba ridículo.

Algunos automovilistas habían apagado sus motores. Otros hacían sonar furiosamente sus bocinas. El tren apareció por fin. Estaba pasando, largo, penoso, mugiente. Los cláxones vociferaban el histerismo colectivo. Jorge logró hacerse un poco para atrás, virar hacia la derecha, subirse a la banqueta. Bendiciéndose por haber sacado el volkswagen, pasó frente a la A.M.A.

Armanda había encendido otro cigarro; su respiración de animal agonizante perturbaba el aire en torno suyo. Jorge, intranquilo, ya se veía junto a su novia, diciéndole con una sonrisa "si la hubieras visto a la pobre, Odette, la habrías tomado bajo tu cuidado". El silencio estaba hinchándose en su coche. Presionó para encender la casetera. Nada, ni un clic.

—¿Qué te parece? Gringo y nuevecito pero no funciona.

Se volvió a verla instintivamente, obligado por su mirada fija. Le molestaron esos ojos cafés opacos, inexpresivos a no ser por la angustia que transmitía el parpadeo constante.

—¿A qué parte vas de Insurgentes?— preguntó, decidido a establecer una conversación preferiblemente trivial, que llenara ese silencio cada vez más espeso. Con qué alivio la bajaría; pero ahora, cruzando esas calles solitarias no podía hacerlo.

Había seguido un atajo para llegar al Nuevo Bosque de Chapultepec. En las larguísimas bardas de las casonas, bajo las hojas, los troncos de las yedras se enredaban, tenaces, secretos. Luego comenzaron los eucaliptos, las fuentes del parque sometido por el aire turbio de la ciudad. Sin embargo Jorge lo sintió liviano en comparación con el espacio opresivo que se expandía desde el cuerpo de Armanda.

—Vamos a buscar hasta que lo encontremos ¿verdad?— lo tomó del brazo; la mirada deslustrada se hizo dulce.

Jorge vio que le ensuciaba su camisa; se retrajo. ¿Habría escapado del Español? No, ahí no había pabellones de esa clase. ¿Hay casas de descanso en Las Lomas? Voy a preguntarle a Odette. Es un peligro que las haya en zonas habitadas. Y yo que no termino de pasar el Bosque. Compungida y sumisa, arrinconada contra la portezuela, ella lo mira tras el humo descompuesto.

La pesadez del cielo, el resplandor de la fábrica de vidrio anunciaron el Periférico.

En unos 10, 12 minutos me zafo de ella, calculó Jorge. Esperamos que no se exalte. Entrando al anillo decidió hacer como los taxistas que distraen a los chiflados cuando llegan a subírseles; seguirle la corriente. Bajarla en cuanto me salga. Más tranquilo se aseguraba que los choferes siempre salían bien librados de trances como ese.

—Ellas no se van a enterar, Gabi. Angela y

mamá— dijo ella interrumpiendo sus pensamientos—. Ya ni pueden encerrarme. ¿Ves cómo fumo? Ya no tengo que hacer lo que ellas quieren para tener cigarros, —una tos imprudente ahogó su tono triunfal—. Pero tú me vas a dejar ir con papá. Está muy malo, Gabi, está grave.

—Claro que sí, Armanda— contestó él, siguiendo el plan trazado.

A poco de hallarse en el Periférico vió el nuevo problema en el que se había metido. Los coches avanzaban lentamente, iban formando colas, se pegaban a algo que estaba más allá; siempre adelante del gas que ellos mismos producían. ¿Un choque, un tramo en reparación o sencillamente que era una hora pico? No muy lejos distinguió la cajuela levantada de un viejo dodge; eso tal vez, que el calor hubiera propiciado descomposturas en serie. La humazón malsana sometía el interior de su auto. Masculló que iba a apestar a sabiendas de que no sería entendido. El calor lo transtornaba; accionó los botones del aire acondicionado descompuesto.

—Desde que entramos he tenido que venir en primera— ¿sabes? y el aire no funciona. Voy a llegar hecho una sopa.

El esmog, las nubes grisáceas extendían la sequedad del sol. Entre los coches ondulaban minúsculos espejismos.

—No te enojés, Gabi. Ya estamos juntos otra vez —habló como una niña regañada—. No te dije que iba a casa de mis papás cuando me fui. No tuve tiempo. Y llegué tarde, ya lo habían metido en un ataúd. Lo habían vuelto sordo —sollozó. No he podido decirle que ya estás divorciado, todavía; pero en cuanto lo sepa no se va a oponer más. Y estaremos juntos los tres. Comenzó a reirse.

En medio de sus labios carnosos la lengua larga; el paladar oscuro como la piel, como el hedor del tabaco. La imagen le vino a Jorge de golpe, como una mariposa del verano. Son los muertos, decían los niños de la escuela, por eso son negras. Son de mal agüero. Ya no fue molestia ni intranquilidad lo que le provocó Armanda, fue una atracción. De-

seaba verla, como buscaba la vitalidad perdida en la mirada hosca de los viejos; sentirla como esos huecos de las conversaciones que lo llevaban a la melancolía.

—Yo iba a decirle: no vuelvo a verlo si no quieres. Pero tú sabes que no lo pienso de veras —aplastó el cigarro entre el pulgar y el índice—. Es que está enfermo; lo veo en las noches, al cerrar los ojos: con su cara hinchada, llamándome. Los cierro y siento que me ahogo. Tenía la cara hinchada cuando llegué —se murmuraba a sí misma.

Los edificios de la escuela —se le presentaron a Jorge como en la duermevela—, con sus torretas grises y sus basaltos fingidos. Sintió su espalda empapada, como al despertar de la pesadilla recurrente en la que regresaban las imágenes de la pulmonía que tuvo cuando niño. El calor, su delirio, el desorden de las sombras. A sus oídos llegaban más noticias del famoso Gabi: era una ficha el tipo; pero ella también andaba mal ¿qué hacía para obtener lo que deseaba en casa de sus padres? Era un sometimiento semejante al de los chimpancés amaestrados. Las palabras de Armanda sonaban borrosas y tristes.

Los motores ronroneaban enfermos. Semejantes a insectos patas arriba, los coches trataban, aturdidos, de moverse. Los recuerdos avanzaban desde la parte de atrás de su cabeza, Jorge sentía sus aletazos negros.

—Cuando hay tormenta falta visibilidad; el agua sale de las alcantarillas; hay embotellamientos —mencionó cada uno de estos hechos ordinarios y constatables, queriendo volver a la franja de su normalidad, pararse firmemente sobre ella—. Embotellamientos que tienen más sentido.

No obstante el sol lo abochornaba y él sentía regresar la fiebre, los ojos cegados, su cuerpo mojado pegándolo más a la cama, a la soledad que reflejaba el techo.

La lateral atestada le impidió salirse por Viaducto.

—Quisieron cerrar la tapa cuando llegué. No las dejé. Le dije a papá que tenía que hablarle; por-

que antes ellas le habían dicho cosas. A mí también me dicen cosas cuando me encierran. Me dicen que ya es de noche, que es cuando se desprenden las cabezas. Le dijeron a papá que yo quemé la mesa; pero yo no fui; ni me acuerdo de haber regado tierra en la cocina.

Jorge se volvió a verla afectuosamente, entendiendo el dolor de su memoria desordenada que se negaba a cicatrizar.

—No lo hiciste, Armanda. Además, tú estás conmigo y yo no te acuso de nada, lo sabes.

Decidió salirse en San Antonio a como diera lugar. Luego se estacionaría en Gigante, cerca de un teléfono, vigilando que no se bajara del coche. Hablaría a los de la Cruz Roja; ellos la llevarían al lugar adecuado. Ahora debía rebasar; irse por la derecha.

—Ya no quiero que hagan eso conmigo— estaba aterrada.

Comenzaron las curvas que preceden a la salida de San Antonio. Algo estaba desatando el nudo. Los vehículos comenzaron a andar más de prisa. Jorge vió la aguja del velocímetro subir de 10, a 20, a 30 km. por hora.

—Déjame salir mamá. No quiero estar otra vez sola, y que lleguen las noches a mi cuarto estando sola, no.

—Armanda— dijo Jorge extendiendo una mano para confortarla. El también, cuando los primeros satélites fueron lanzados al espacio vio la cara solitaria de la luna. Su abuelo enfermo; su abuelo muriéndose en el hospital cuando él caminaba por los jardines que parecían tan grandes al oscurecer; cuando los cipreses, con formas animales, se enredaban en la sombra. Tuvo que retirar su mano cuando un safari naranja trató de metérsele.

—Voy a explicarle a papá cuando llegue. No me oye. ¿Ves que no me oye? ¿Ves cómo me sacan? No me hacen nada porque hay gente. Me llevan a la cocina. Estoy mareada por la velas, las pusieron porque saben que me dan náuseas. Tengo que salir, porque ahora sí me dijo dónde va a ir de

viaje y lo alcanzaré, y cuando estemos platicando va a saberlo todo.

La voz de Armanda chorreaba sobre la nimia, trivial alegría que en Jorge había producido la velocidad alcanzada. El mundo se le aparecía como el interior de su coche: saturado por historias que atormentan al dormido, al que no protege la confortante iluminación de la vigilia; impregnado por recuerdos húmedos y descompuestos.

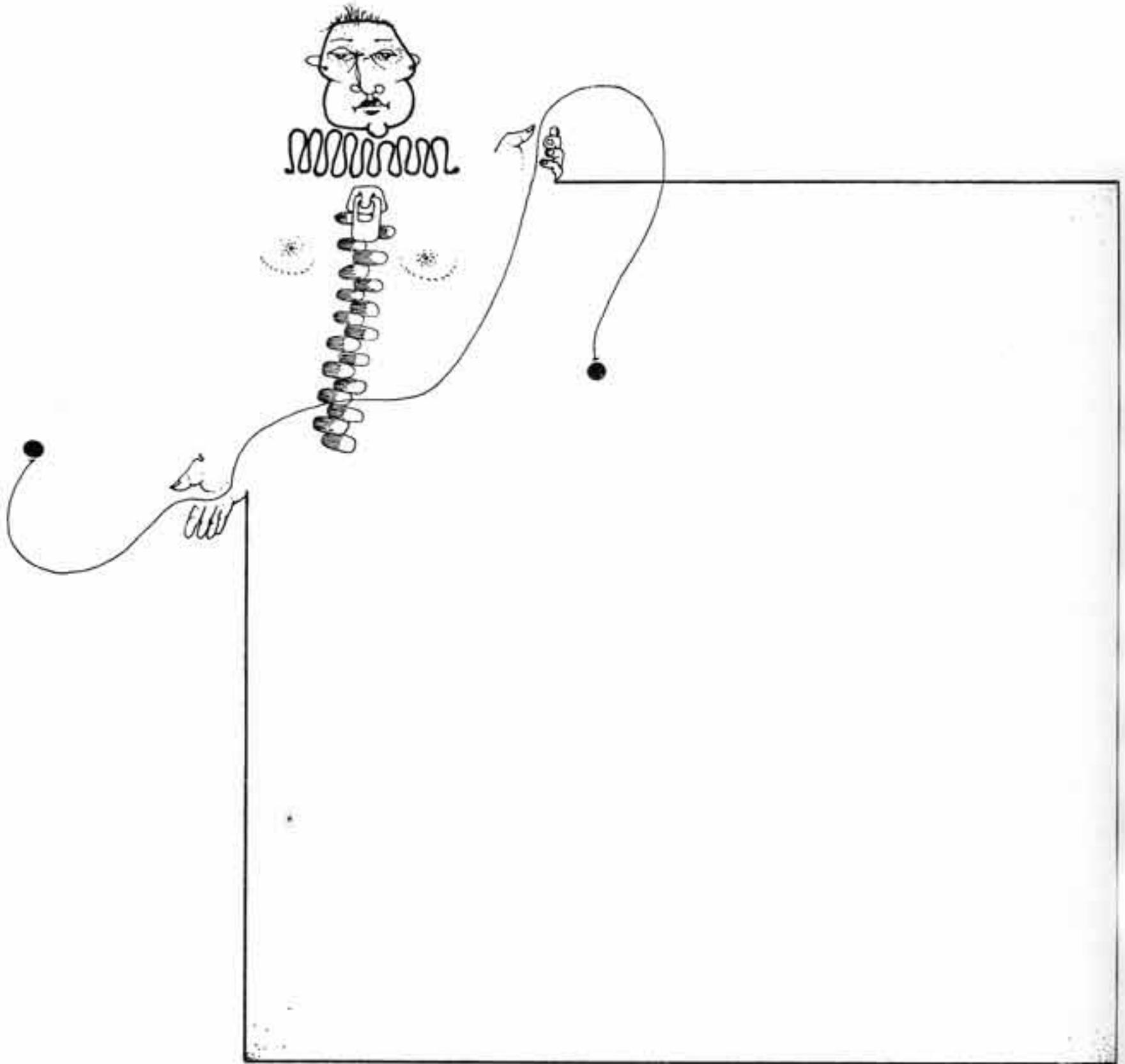
Faltaba poco para la curva de salida, el paso a desnivel, el hospital, el silencio del que ella había querido escapar y al que él lamentablemente la enviaría de regreso.

—Que no oigan el motor del coche. Hay que irse sin hacer ruido. Apurarse; llegar antes para saber dónde lo ponen. Que se queden criticándome, comiéndome; pero se siente frío cuando comienzan a comerlo a uno.

A Jorge le golpeó el corazón: el tipo del safari naranja hizo una maniobra imbécil. Deseaba inútilmente confortarla, decirle que todo había pasado, que no la dejaría en Insurgentes, que la llevaría a algún lugar donde se sintiera mejor, que se tomaría un café caliente.

—Apúrate, Gabi, tenemos que adelantarnos. ¿Vienes conmigo, verdad? ¿Hasta encontrarlo? Salgámonos en esta curva— dijo ella febrilmente.

Jorge dio un enfrenón, el estómago se le contrajo de frío. El tipo del safari se le cerró como había estado temiendo. Oyó el rechinado del coche de atrás, su cajuela saltó hacia el arriba y el frente crujió al plegarse. "Ven. No quiero regresar a la cripta". Y el humo absurdo le salía de la nariz cuando se volatilizaba; cuando se deshacía su vestido de consistencia negra, dejando apenas un olor a flores opacas. Quedó su mirada de mariposa de las lluvias. Quedaron el sol y el atosigante periférico.



TALLER DE NARRATIVA DEL C.C.U., COORDINADO POR: SILVIA MOLINA

EL MAYORDOMO

por Lucio Rivera T.

Después de varias horas de viaje, el jinete avanzaba por el camino arenoso.

Atardecía y el sol reverberaba en la llanura. A lo lejos volaban varios zopilotes en círculos, tan lentamente, que daban la impresión de estar suspendidos en el cielo intensamente azul.

Y más lejos una hilera de cerros calizos. En tanto que a los lados del camino, crecían mezquites, nopales y cactus, muy distanciados unos de otros.

Con sus ojos semicerrados por el cansancio y por el sopor del sueño, el jinete buscaba en aquella soledad interminable, algún lugar donde pernoctar.

Escuchaba el trote del caballo y el silbido del viento en la planicie. Y al ver proyectadas las sombras de los cactus en el suelo, en medio de su imaginación, las comparaba con monstruos que quisieran atraparlo.

Al llegar a la cima de una colina, vio a lo lejos una hacienda, situada en una hondanada, y hacia ella se dirigió.

Cuando llegó, el sol se había ocultado y la penumbra cedía rápidamente a las sombras de la noche. Descendió de su caballo, lo amarró de la rama de una acacia y dirigiéndose hacia la puerta, levantó el aldabón de bronce y tocó tres veces.

Instantes después, una luz comenzó a iluminar las rendijas de la puerta.

De pronto escuchó:

—¿Quién es? ¿quién toca est' hora?

—Un forastero, que pide posada por esta noche—, fue la respuesta.

La puerta al abrirse produjo un chirrido fuerte, y de inmediato la luz del quinqué iluminó al recién llegado.

La persona que llevaba el quinqué era un anciano de baja estatura y cuyos ojos casi sin brillo, miraron con curiosidad al forastero.

—Pase, pase asté—, dijo.

—Gracias —contestó el forastero, y agregó—: Permítame meter mi caballo.

Amarró el caballo a un pilar, lo desensilló, le dio cebada y un poco de agua en el balde. Cuando terminó, el anciano lo condujo a la cocina. En el brasero había una olla con agua hirviendo.

—Llega asté a tiempo pa' tomar el café—, comentó.

Para corresponder, el forastero sacó de un envoltorio una tira de cecina, la cual el anciano puso a asar.

—Perdone la pregunta ¿cómo se llama su mercancía? —interrogó el anciano, mientras volteaba la cecina en el fuego.

—Antonio Henestrosa ¿y usted?

—Anselmo García. Soy el mayordomo de esta hacienda, desde hace veinte años. Mis patronos viven en Uropa, desde que comenzó la bola y me quedé cuidando su propiedad.

Mientras cenaban, platicaron del tiempo, de las cosechas y de otras cosas triviales. De repente, se comenzaron a escuchar unos quejidos, despacio al principio y después, cada vez más fuertes.

—¿Se queja algún enfermo? —preguntó intrigado el señor Henestrosa.

—No, no es eso—, contestó muy tranquilo don Anselmo—, todas la noches a est' hora se oyen estos quejidos, tan es ansina que me he acostumbrado, pero tardan poco y a luego no se oye nada.

Y continuó:

—Cuentan las gentes del pueblo vecino, que son las almas en pena, pos hace muchos años hubo una pelea en esta hacienda. Los pelones fueron vendidos por los rebeldes, y los que quedaron vivos, fueron colgados de las acacias que crecen junto al arroyo.

El señor Henestrosa incrédulo ante esta leyenda, pensó: "Bah, estas gentes aún creen en aparecidos".

Agotados los temas de conversación, el anciano tomó el quinqué y dirigiéndose al forastero, comentó:

—Güero, pos es hora de dormir, mañana hay que madrugar.

—Sí, ya es tarde—, reafirmó el forastero.

El anciano condujo al señor Henestrosa hacia una de las habitaciones, y señalando un rincón donde había unos costales tendidos, le dijo:

—Pa' que se acueste.

Don Anselmo se despidió, deseándole que pasara una buena noche. Cerró, y mientras se retiraba, la luz del quinqué se fue desvaneciendo a través de las rendijas de la puerta.

Debido al cansancio, el señor Henestrosa comenzó a dormitar, sintiendo que su cuerpo se aligeraba.

Súbitamente, su cansancio se desvaneció.

Sus ojos acostumbrados a la oscuridad, se fijaron en el techo y observó que las estrellas cintilaban, dirigió la vista hacia toda la habitación y se dio cuenta de que estaba en ruinas.

Se levantó, corrió hacia el patio y gritó:

— ¡Don Anselmo . . . ! ¡don Anselmo . . . !

De no ser por el silbido del viento y el canto de los grillos, el silencio sería absoluto.

Sintió que un calosfrío recorría todo su cuerpo. Apresuradamente desamarró su caballo, lo montó y abandonó las ruinas de la hacienda.

Cabalgó un gran trecho por el camino polvoriento. Sin poderlo evitar, volvió su rostro y observó en la hondonada los derruidos paredones, y los contornos difusos de las acacias que crecían junto al arroyo.



Una tarde, algún tiempo después del entierro, regresé a casa de Adelaida. La vieja mansión dormía, al lado de la calle apacible, con sus ventanas cerradas, su zaguán verde y callado entre las bugambilias añosas; entré a su silencio como quién entra a un templo; algo, un algo frío y húmedo como probablemente era la tumba de Adelaida, flotaba en el ambiente, en el jardín crecido, en las habitaciones vacías.

Parecía que las dos, la casa y la mujer, habían recorrido la misma lenta agonía, que empezó seguramente cuando sus hijas le anunciaron a Adelaida que le estaban construyendo una nueva morada. Adelaida no dijo nada. Tal vez se tambaleó imperceptiblemente su enorme cuerpo que de pronto se sintió muy cansado. Seguramente empezó a dejarse morir entonces, como un árbol. Esa mujer, corpulenta e imponente a pesar de sus 60 años sufridos entre la cocina y la crianza interminable de los 10 hijos que le mandó la providencia, entre otros ambiguos dones, sólo atinó a mirar sus muebles usados como ella, las paredes mustias de la enorme casa colonial que le devolvían la mirada como un retrato de familia, y supo que sólo muerta la sacarían de allí, aunque nunca lo dijo; y meneaba la cabeza cuando le contaban de la nueva casa, de aquel desierto ajeno.

Aquí habían nacido sus hijos y muerto las viejas nanas, las únicas que recordaban los paisajes de Sonora, de la desaparecida hacienda paterna. Sólo aquí regresaba fiel y segura esa luz única filtrada por las cortinas de encaje amarillento, que bañaba la sala a la hora de las novelas, hacía lucir suavemente el gran piano negro que ya sólo tocaba alguna visita, reconocía la vieja radio consola descompuesta años atrás, que se había escuchado por tantas noches casi religiosamente, noticias y canciones ya olvidadas, pero que tiñeron el recuerdo de más de uno de nosotros de un color inconfundible, hecho de lámparas sinuosas, margaritas del jardín en jarrones modernistas, y canciones anticuadas que guardaron para siempre el encanto del desuso.

Querida Adelaida . . . ¿Cómo no vieron que desangraban más que su tiempo, toda su savia de mujer abnegada? ¿Cómo no supieron que era agua de recuerdos, que moría porque en ninguna otra casa cabría la larga mesa en donde se habían sentado todos, en un collar largo de días, de cuentas de su rosario, a merendar chocolate de molinillo, atole con canela que perfumaba la casa desde el anochecer y pan dulce que iban a buscar todas las tardes; esa larga mesa de los domingos, de manteles blancos, vino y café? Que moría porque en ninguna parte le repondrían esa gran cocina tibia, en la que flotaban los aromas de las mermeladas que hacían todos los años, mientras los niños crecían entre las calderas humeantes y prometedoras; en ningún lado existía, inconfundible y picante, escapado del corral, el olor del vino casero, de la uva al fermentar con las horas y los días de Adelaida para dar la misma bebida ácida.

"¿Cómo llevarse todo eso en un camión de mudanza?" debe haber pensado Adelaida. "ahora que todos se han ido, muertos unos, alejados otros, ¿Cómo llevarse esos olores, que es lo único que me han dejado?"

Me pregunto si fui el único testigo de ese lento deterioro de Adelaida y de su casa, que se fue insinuando como un atardecer interminable, y que era casi insoportable al final: el jardín desordenado, los rosales que se alargaban como niños mal crecidos, perdidos entre la hiedra que sellaba las ventanas; la parra y la madre selva desbordando el cenador olvidado; la monótona letanía de las margaritas y los nomeolvides deshojados que se morían como la otrora rubia cabellera de Adelaida; la fuente en medio del patio, seca como su rostro austero; el jardín amodorrado, como las moscas aburridas que se obstinaban en el quicio de las ventanas cada vez más ajenas a la casa que se desmoronaba lentamente. Las paredes se descascaraban, manchas de tiempo y humedad crecían como el cáncer en la piel de Adelaida; las ventanas ya no abrían ni sus ojos soportaban la luz; los muebles, uno por uno, iban cediendo como ella; los corredores se antojaban cada

vez más oscuros y lejanos, como si ya no los quisiera más que para buscar por los rincones a los habitantes de su pasado.

Adelaida se fue encogiendo como una fruta olvidada. . .

Y una mañana murió calladita, con un tenue "Jesús" en los labios, cuando ya no soportó ver esa casa que le habían estado vaciando sin piedad, con la ceguera de las buenas intenciones; esa casa que gemía por las noches porque ya no soportaba la violencia de sentirse desnudada por dentro, ultrajada en cada mueble arrancado de su sitio después de tantos años y que dejaba una mancha clara sobre las paredes grisáceas; al sentir esas manos sin recato que hurgaban en todos los cajones y vaciaban los antiguos armarios haciendo rechinar las grandes puertas con espejos que habían reflejado la imagen de mujer joven y enamorada de Adelaida, dejaban al descubierto tantos íntimos recuerdos. . .

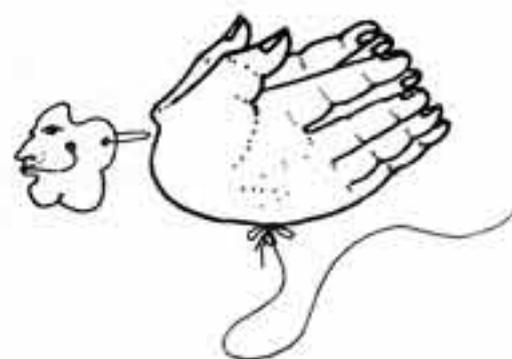
Cuando sacaron el cuerpo yerto de Adelaida, no era mucho lo que dejaba atrás, un despojo tan incierto como su ausencia y su vida.

Un lejano parentesco y recuerdos de mi primera infancia me unían a Adelaida y a su casa. Regresé aquella tarde con la curiosidad de un pasado que de alguna manera era también el mío, y por que sabía que en los cuartos relegados del fondo del jardín, en los que se acumulaban como los restos de un naufragio baúles con la juventud de Adelaida, encontraría cajas empolvadas con fotos de padres y abuelos, en cartas con el ribete negro de los inacabables lutos de esos días, y la vieja radio consola que heredé porque nadie la quería.

Era un mueble enorme y sin gracia, que parecía mirarme con su único botón al frente, como un cíclope rescatado de su cueva de olvido. No sin trabajo lo transporté hasta mi casa. Quedó en mi sala sin lograr integrarse, como una excrescencia del pasado, necia e inútil, hasta que logré mandarlo arreglar.

Para encenderla esperé una tarde apacible como las de casa de Adelaida. Entonces cobró vida. Ensayó una voz ahogada por el polvo de su abandono, como si limpiara el camino del tiempo hacia atrás. Luego se oyó una melodía, un sonido que parecía emerger de un largo túnel, de muy lejos, de una historia ya vivida, y despertaba imágenes tan ligeras como un alcohol que se evaporaban tan pronto aparecían, que se diluían en la mente como girones de nubes tan lejanos que ya no sabía si se trataba de los recuerdos de Adelaida o de los míos, pero que resultaban familiares y contaban de lugares habitados ya solo por fantasmas, de habitaciones a media luz, calles estrechas, plazas domingueras adornadas de faroles, madrugadas desoladas en el amanecer de largas noches de humo y soledad.

Era una vieja melodía viniendo de muy lejos, de quién sabe qué lejana parte de mi ser; sonaba más clara a medida que se templaba con el tono de la radio, como una cuerda tensa, tenue, precisa, cada vez más afinada, y se acoplaba íntimamente con la voz del cantante, afeminada, *demodée*, imprescindible como la canción favorita de Adelaida, "La vida en rosa".



Era como si tuviera estrellas en las manos, tantos destellos brotaban de los brillantes a la luz de la luna.

En el patio colonial de la destartada casona, los huele de noche embalsamaban el ambiente.

Nubes de formas opulentas se deslizaban por el zafiro del cielo. La Noy, para contemplar su tesoro, esperaba y espiaba hasta que la luna llena aparecía con el conejo claramente dibujando en el vientre opalino. Sentada con las piernas extendidas sobre el suelo, de cuando en vez volvía la cabeza hacia los visillos del piso alto.

De nuevo, el ruido restallante de la fusta hirió el aire y desgajó la noche: se oyeron sollozos, los gritos sofocados como por una almohada puesta sobre la boca. Elisa juraba que era inocente; el capitán la llamó ramera, y se lamentó de haberla sacado de una casa de asignación: "Esto me gano por confiar en una mujer como tú", decía, con su voz bronca de norteño enfurecido . . .

La luz de arriba se apagó y fue posible percibir de nuevo el reclamo nocturno de los grillos.

Leonor, la Noy, como la llamaba su madre, cruzó el portal hacia el cuarto de Beldora; entró en la habitación, una pieza grande con vigas de madera carcomida; vigas tan altas que uno se podía olvidar de que había techo. Beldora estaba echada en un sofá desvencijado: su cuerpo, casi en los huesos, se perdía dentro de una elegante bata descolorida. El tufo del aguardiente golpeó a la Noy en plena cara. La madre le ordenó cerrar la puerta; su voz sonaba irritada. La niña se acercó, tanteando entre los baches de las viejas baldosas del piso y le dio un beso tímido en la frente. Beldora trató de retenerla pero sus dedos, trémulos, no pudieron asirla.

La Noy cerró el zaguán y se perdió entre calles y callejones sinuosos. Largas ventanas enrejadas, tras sus cortinas, dejaban escapar la luz hablándoles de tibieza, de sábanas limpias, azulinas de añil, al-

midonadas. Beldora era una madre muy buena pero cuando se embriagaba, se volvía una fiera.

Una fogata alumbraba en el patio del cuartel; los soldados jugaban a las cartas y a los dados. La Noy se paró junto al calor, acercó las manos a la lumbre, y las llamas arrancaron fulgores a sus ojos negros y rasgados. Los militares apenas si le prestaban atención: la consideraban parte del paisaje, acostumbrados como estaban, a verla gravitar en los alrededores. A veces les hacía pequeños servicios, como comprarles cigarrillos en la tienda o llevar algún recado. Todos en el cuartel, la trataban con respeto y camaradería: había cierta dignidad en ella a pesar de lo gastado de sus vestidos y de su aspecto desmedrado.

La Noy se acurrucó junto a una columna. De algún rincón, llegaba el lamento de una guitarra y una voz grave hilvanaba, triste, los versos de un corrido. Tristeza que no tocaba a la niña porque se encontraba soñando en voz alta: "Toca otra vez esa pieza mamá, me gusta mucho. . ."

Beldora había sido una gran pianista en su juventud, y habría ayudado a su precaria economía, que hubiera dado lecciones de música, pero "era muy mal visto que una señora anduviera trabajando en las casas . . ."

La única entrada, desde que el padre de la Noy las había abandonado, era la renta obtenida de las habitaciones que ocupaban el capitán y Elisa.

El toque la Diana la despertó. La Noy se acercó a los rescoldos que todavía asomaban su cara sonrosada entre las cenizas, estiró su falda y la planchó con sus manos, untó saliva en su pelo a manera de brillantina, y rehizo los lazos de sus trenzas. . .

En la calle somnolienta, se escuchó el agudo silbido del carrito de los camotes; las beatas, como aves agoreras, dentro de sus tapados negros, se encaminaban a misa. Mujeres con canastas bajo el brazo iban al mercado; y los arrieros, siguiendo el

paso a sus voluntariosas mulas, entraban en la ciudad gritando su pregón . . . La Noy también atendió el llamado del apetitoso aroma de la plaza y se acercó, sigilosa, a un puesto de fruta . . . Con una manzana escondida en los pliegues de su falda, se escabulló entre las piernas de los marchantes.

Era muy temprano para ir a casa: Beldora estaría durmiendo; las hornillas, sin carbón; nada en la alacena de la cocina. Entró en una iglesia. El calor de los cirios y la dulzura de los cánticos que llegaban del coro, predispusieron su ánimo.

Abrió la pesada puerta del zaguán, adelantó un pie y la mitad del cuerpo. Se detuvo a escuchar, luego, metió el resto del cuerpo: en el hueco de un resumidero, abajo de un tubo que salía del techo y que servía para que escapara el agua de lluvia, tenía escondido el reloj. Cuando la campana municipal sonaba, la niña levantaba la teja que escondía la joya y comprobaba la hora. La carátula engastada en brillantes le sonreía y ambas hablaban y se contaban sus novedades. La Noy se puso el reloj en la muñeca y giró el brazo con coquetería; luego lo colocó en el hueco de la mano para contemplarlo durante largo rato: "Si pudiera lucirlo en la escuela, qué envidia les daría a mis amigas". Pero no era posible: "las niñas no usan joyas tan caras".

Las espuelas fustigaron las viejas baldosas del segundo piso, bajaron las escaleras como una carga de caballería y su eco ominoso se disolvió tras el portón de la calle.

La Noy emprendió el viaje al cuarto de Elisa despacio, contando los escalones, alargando el tiempo . . .

La voz, todavía afligida de Elisa, le ordenó que pasara.

—Toma, dijo la Noy alargándole el reloj. Me das lástima por lo mal que te trata el capitán.

—¿Por qué no me lo pediste prestado? le convenció Elisa . . .



LA NOCHE QUE MURIO CHICAGO

por Rodolfo Bucio

A Héctor Herrera, que vivió la aventura.

"No se te vayan a olvidar los boletos", dijo El Negro. "¿Tú crees? ¡Nhombre! Si esta noche es la noche". Palpate el bolsillo de la camisa para comprobar que los boletos estaban en su sitio. Y ahora revisar grabadora, pilas y micrófono. Todo bien. "¿A qué hora quedaste con las chavas, Negro?" "A las siete". Salieron de la casa orgullosos. Recorrieron las diez cuadras que los separaban de la casa de Susana. No hacía frío. Tocaste el timbre. "Y qué tal está la primera de tu nena?", preguntó el Negro. "Ya la vas a ver, no te aceleres". Abrió Susana, vestida de negro y con capa. Ambos quedaron sorprendidos por semejante atuendo. Al besarla pudiste percibir el olor a patchuli y unas pequeñas mariposas, en diversos y chillantes colores, que ella llevaba cerca de los ojos. "¿Qué pasó, Negro?" "Quiubo".

En la sala, frente al televisor, estaba una muchacha rubia. Llevaba un largo vestido de manta y tenía pegadas en la cara figuras geométricas. "Les presento a Lucy". La chica sonrió. "Yo soy el Negro", dijo El Negro. Al darle la mano viste que no traía brasier. "Y yo soy el papá del Negro", dijiste. Lucy soltó una carcajada franca y sus enormes senos bailaron. "¿Qué onda, lixtas?" "Sí; ¿verdad que no les molesta que nos acompañe mi hermano?", dijo la rubia. El Negro fue el primero en hacer una mueca de disgusto. "Nonono, claro que no", dijiste. "Está en la cocina preparándose un sandwich, no tarda".

Se sentaron con visible mal humor. Susana sonrió malignamente. El Negro comenzó a platicar con la rubia. Escucharon un ruido: el hermano de Lucy, un tipo obeso y sonrosado, acababa de caerse al salir de la cocina. Todos rieron. "Eres un buey", dijo la hermana. Se opusieron a que El Hermano cumpliera la amenaza de prepararse otro sandwich.

Salieron los cinco. En la siguiente cuadra esperaron el camión. "¿Traes boleto, maestro?", preguntaste al Hermano. "Simón, ayer me lo regalaron, porque yo no lo hubiera comprado, ¿eh? Va a ser una tocada chafa, chafísima". Quedaron sorprendidos. "Ah, ¿te cáí?", dijo El Negro. "Sí, mano, esos monos son maletas, la netopía". Hicieron la

parada al camión. Se acomodaron en el fondo. Tú querías discutir con El Hermano: que no chingara, cómo que concierto chafa, entonces a qué iba, ¿para que no le pedalearan a su hermanita?

"Así que son malos", dijo El Negro, más agresivo que tú. "Creo que sí" "Entonces a qué vas a verlos", añadiste. "Para burlarme." "No empieces con tus ondas", reprendió Lucy. "Nada más hay que esperar un poco, ustedes los van a ver". Nadie quería oír los argumentos del Hermano. El Negro volvió a la carga sobre la rubia. Comenzaste a mirar alrededor y viste que casi todos los pasajeros eran jóvenes de pelo largo y pantalones mugrosos, con actitud de ¿a-poco-no-soy-el-mero-efectivo?, fumando como desesperados, hablando a gritos, mentándole la madre al chofer por no acelerar. Sin duda, iban al mismo lugar que ustedes.

"¿No me quedaron bien las mariposas?", preguntó Susana sonriendo. "Están suaves, ¿de dónde las sacaste?" "Lucy me las regaló. Yo no quería ponerme nada, pero llegó con sus ondas y estuvo muele y muele. Pero están bien, ¿no?" "Al tiro". El Negro le tiraba rollos a la rubia sin dejar de mirarle los senos. El Hermano se mordía las uñas. Sería capaz de comerse a sí mismo, pensaste.

"Además, va a ser un festival para nacos", dijo de pronto El Hermano. Muchos de los que iban cerca lo voltearon a ver con odio. "No mames, pinche gordo, cállate", ordenó Lucy. "No hay iris, no es para tanto, unos cuantos nacoline no le hacen mal a nadie", respondió el aludido. "Pero ya no jodas". Por fortuna la parada estaba próxima y todos se aprestaron a bajar.

Al llegar a Reforma vieron algo inusitado: cientos de jóvenes, hombres y mujeres, caminaban en dirección contraria, esto es: venían del Auditorio. "Puuuta", dijo El Negro, "a poco se suspendió." "Sería buena onda, ¿no? Así no tendríamos que soportarlos", gritó El Hermano. Susana miró su capa negra pensando que ésa hubiera sido la ocasión perfecta para lucirla y ahora a la basura. "No

creo que lo hayan suspendido", dijo Lucy. "¿No? ¿Y esos chavos qué?", preguntaste. "Quién sabe, pero si no vamos hasta allá no sabremos qué onda".

"Bueno, pues lleguémosle, ¿no?, propuso El Hermano luego de un pequeño silencio. Para ser fieles a la ocasión, comenzaron a pedir aventón. Nadie accedía. Aprovechando un alto Susana y tú se acercaron a una camioneta. "Danos un raid, ¿no?", dijo ella. "Nada más voy a la Fuente de Petróleos", se defendió el tipo. "Ahí está, nosotros vamos al Auditorio, ¿sí?", dijo Susana tratando de sonar convincente. "Bueno".

Todos subieron. "¿Qué, van a una fiesta de disfraces?", preguntó el que daba el aventón. "No, mi cuate, es que hay una super tocada, con Chicago, ¿ves? Esos chavos que huy huy huy, ¿no los has oído?", dijo El Negro. "Ah, sí, ¿los que tocan Sábado en el parque?" "Esos meros." "¿Y a poco están en México?" "Simondón." "¿Y ustedes los van a ver, ahorita?" "Sí, aquí en el auditorio." "Qué suave, ahí luego me platican".

La camioneta avanzaba despacio. Más y más jóvenes pasaban caminando en sentido contrario. "Pues, ¿qué sucedería?", dijo Lucy. La respuesta estaba metros adelante, casi al llegar al semáforo; un camión ardía y varios muchachos le tiraban toda clase de objetos; incluso alguno levantó un bote de basura y lo arrojó al parabrisas. "Ya ven, se los dije: festival para nacos", sentenció El Hermano. Los muchachos gritaban, pedían dinero a los automovilistas, lanzaban piedras, interrumpían el tránsito. De manera casi intuitiva subieron los vidrios de las ventanillas. Tú hiciste lo mismo y al terminar de hacerlo, un tabique chocó contra el cristal estrellándolo. "Ya me jodieron estos cabrones", dijo el chofer. Nadie quiso añadir más. "Pero ustedes van a pagarme el vidrio." "¿Nosotros?", gimió El Hermano, "nosotros qué culpa tenemos." "Cómo no, si no les doy aventón ni me hubiera pasado esto." "No, no, de cualquier manera este es el camino por donde usted tenía que pasar". Pasaron frente al Auditorio: muchos policías, otro camión quemándose, turbas corriendo en todas direcciones. La camioneta cruzó lo más rápido que pudo y, en efecto, no parecía tener intención de parar. Ustedes estaban asustados. "Está bien, señor, dijo Susana, "le vamos a pagar pero déjenos bajar." "Cómo, si no debemos nada", dijo El Negro. "Callate, nada más nos vamos a meter en más líos".

La camioneta se detuvo. "¿Me van a pagar o no?". No contestaron. "¿Cuánto traes?", preguntó Lucy a su hermano en voz baja, pero todos oye-

ron. "Doscientos." "Presta." "¡No, no!", gritó El Hermano, "son para comprar el *Ulises*." "Pues ya te jodiste". Sin protestar más sacó el dinero. "Sólo tenemos doscientos pesos, señor", dijo la rubia tratando de dar un tono dramático. "Está bien, está bien, pero bájense de mi coche, Irápido!". Bajaron en silencio. Vieron alejarse la camioneta. "¡Qué cabrón!", dijo El Negro y escupió.

Nadie quería hablar. Tuvieron que caminar un largo tramo: el tipo los había dejado lejos del Auditorio. Lo que vieron al acercarse no era nada agradable: cientos de jóvenes intentaban entrar empujando las puertas; muchos policías golpeaban con palos y macanas a los que querían colarse; frente al Auditorio el suelo estaba plagado de vidrios, palos, zapatos, gorras, objetos irreconocibles; los teléfonos públicos habían sido arrasados. "Se los dije, un festival para nacos", gruñó El Hermano, "mejor vámonos." "No, no", alegó Susana, "si ya vinimos ahora nos quedamos, no faltaba más". Eran las ocho y quince.

"Al menos hay que saber por qué tanto desmadre", dijiste. Los demás asintieron con miedo. Tuvieron que formarse en una larga fila. Muchos hablaban sin preocuparse, pero otros miraban con insistencia al lugar donde la turba empujaba la puerta soportando los golpes de la tiranía. Entregaste los boletos al encargado. Los revisó rápido. "¿Qué pasó?", le preguntó El Negro. "Alguien se pasó de listo y falsificó miles de boletos".

Ya adentro parecieron recobrar las ganas y hasta compraron refrescos y papas fritas antes de llegar al tercer piso. Hasta El Hermano estaba animado. Penetraron al recinto del concierto. Abajo la gente corría hacia sus lugares e intentaba sentarse lo más cerca posible del escenario. Buscaron un lugar en medio y se sentaron en las incómodas bancas de madera.

Preparaste la grabadora. Lucy llevaba unos binoculares y observaba el distante escenario. El Negro le miraba los senos a la rubia. El Hermano fumaba con gesto indiferente, como si fuera a levantarse e irse en cualquier momento. Susana se apretaba emocionada contra ti. De pronto oyeron un gran alboroto: muchos jóvenes saltaban desde el tercer piso hacia los lugares de abajo. Algunos policías intentaron detenerlos pero pronto la avalancha fue incontenible. Eran cientos.

"¿Qué les parece si le llegamos nosotros también?", sugirió El Negro. Se miraron. "No estaría mal", dijo Lucy, "podríamos verlos mejor." "¿Sal-

tarnos? ¡No, no mamen! ¿Y exponernos por este grupito culero?", protestó El Hermano. "Como quieren", dijiste. Nadie contestó. Los que saltaron al segundo piso ahora lo hacían hacia el primero y pronto llegaron hasta el escenario. Algunos reían invitando a los que aún continuaban arriba. "Mejor nos quedamos aquí, ¿no?", dijo Susana, se me hace que allá abajo es más cotorreo". Ya eran las ocho treinta y nada. Las palmas pidiendo acción comenzaron. "¡Orale cabrones, que no tenemos toda la noche!", gritó alguien.

El lugar estaba a punto de llenarse. El Negro continuaba haciéndole la lucha a la rubia y ésta se dejaba querer. Diez minutos. "Nunca van a salir", dijo Susana. Quince minutos. Las palmadas eran acompañadas ahora de silbidos y mentadas de madre. Casi las nueve. De pronto apagaron la luz. Muchos gritaron llenos de asombro. En el escenario se prendió un arco de focos muy grande, ostentando un nombre en el medio: Chicago. "¡Cámara, esos si que son gruesos!", gritó El Negro, pidiéndole los binoculares a la rubia.

Los integrantes de la banda aparecieron y de inmediato fueron sobre sus instrumentos y comenzaron a afinar. Más aplausos. El tumbador del grupo, un brasileño, dijo: "Aló, aló, México". Los aplausos y chiflidos fueron monstruosos. El Hermano miraba escéptico. Prendiste la grabadora, justo en el momento que se escucharon los acordes de la primera canción. Todo mundo calló y comenzaron a oír embobados. El Hermano encendió un nuevo cigarrillo y cerró los ojos negándose a mirar.

Los binoculares circulaban entre los cuatro. Viste que el baterista, Danny Seraphine, usaba audífonos y la calva le había crecido, que el requintista, Terry Kath, llevaba una camiseta de los Redskins y gorra roja, que el bajista, Peter Dinklage, era más gordo de lo que lo mostraban las fotografías, que el brasileño Joao de Oliveira, enfundado en una playera de bongocero, le tupía duro a las tumbadoras, que en sección de metales sobresalía James Pankow, el trombonista, por su camiseta sin mangas y la calidad de ejecución, que Lee Louhgnane, trompeta, y Walter Parazaider, sax y flauta, acompañaban discretamente y que el organista, Robert Lamm, era un niño bonito. Susana miraba emocionada y Lucy parecía tener orgasmos sin necesidad de la intervención del Negro.

Terminó la canción y el aplauso fue atronador. Chicago iba interpretando sus buenos éxitos de antaño y del presente. Los cigarros de mariguana aparecieron y el típico olor invadió el recinto.

"¿No quieren un so?", invitó un muchacho cerca de ti. "No, gracias", fue la respuesta. La música aumentaba de intensidad. El Hermano pidió los binoculares y se puso a observar cada detalle del escenario, luego dirigió la mirada hacia el público como si buscara a alguien.

La gente gritaba enloquecida, extasiada, enajenada. El cassette a punto de acabarse, extrajiste uno nuevo e hiciste el cambio. Otra canción y más mariguana. El Negro casi saltaba en la banca. Percibiste un olor a alcohol: alguien bebía detrás de ustedes. El brasileño intentó decir en español que iban a hacer un experimento y se escuchó un remedo de música electrónica tipo Pink Floyd, pero malo.

Con esa canción, muy larga, terminó la primera parte del programa. La banda se fue. Encendieron las luces. "Vamos al baño, ¿no?", dijo El Negro. Aceptaron. El Hermano prefirió quedarse. Le dejaron la grabadora y los binoculares. "¿Qué te parece?", dijiste al Negro. "¿Quién? ¿La güera o el grupo?" "La güera, por supuesto." "Super". Todavía no terminaban de orinar cuando oyeron gritos de mujer: era Susana. Te subiste el cierre con rapidez y salieron corriendo. Sentiste las últimas gotas de orina mojando tu ropa interior. Entraron al baño de mujeres. Un tipo ebrio intentaba detener a Susana. Las otras muchachas, entre ellas Lucy, no hacían nada y estaban paralizadas. El Negro le dió un patadón al violador en ciernes, que fue a chocar contra la pared. El tipo volteó sólo para recibir tu rechazazo y caer noqueado. Entre los dos lo arrastraron afuera. Un policía se lo llevó escaleras abajo. Susana estaba pálida. Lucy la abrazó. En silencio volvieron a sus lugares.

"Voy por otros refrescos", dijo El Negro. El Hermano apenas los vio. "Ya ves, maestro, te dije que eran muy maletas: el guitarrista no tiene dedos y el baterista, puuuta", dijo sin voltear. "Sí, claro", respondiste, abrazando a Susana que empezó a llorar en silencio. "Y luego ese brasileño de mierda". Te entregó la grabadora. Se acercó un muchacho de melena mugrosa y pantalones lamentables. "¿Qué onda, maestro? ¿A poco lo estás grabando?" "Sí." "Huy, ¡qué buena onda!" Susana dejó de llorar. "¿Sabes qué? Me gustaría que me prestaras luego los cassettes". Lo miraste con extrañeza. "Te doy mi teléfono, me llamas y nos ponemos de acuerdo." "No estaría mal." "Pus apúntale". Anotaste nombre y teléfono del greñudo que se fue más contento que si hubiera conectado un kilo de golden. El Negro volvió con refrescos y bolsas de papas fritas.

"¿Te sientes bien?", le dijiste a Susana. Movi6 la cabeza; no supiste si quer6a decir que s6 o que no, pero mejor no preguntar m6s. Las luces se apagaron poco a poco y dio comienzo la segunda parte del concierto. La grabadora volvi6 a funcionar. Algunos gritaban nombres de canciones o intentaban, en p6simo ingl6s, en naquinglish, como dijo El Hermano, decirle a la banda que los quer6an mucho, que eran lo m6ximo, que 6sa s6 era m6sica.

Los tipos que estaban atr6s de ustedes hab6an terminado con la botella y alguno de ellos la arroj6 al segundo piso. Se escuch6 un golpe seco y luego una mentada de madre. El Hermano ten6a cara de ya-ven:-se-los-dije. La m6sica segu6a. Los aplausos eran cada vez m6s vigorosos. Uno de los muchachos de atr6s se cay6 al querer levantarse y otro comenz6 a vomitar. Volteaste a verlos y sonrieron. De pronto Lucy sinti6 que algo mojaba su vestido de manta. Por el olor a vodka y la viscosidad, supiste qu6 era. "Ya me jodieron estos cuates", dijo la rubia. "Orale, vamos a madrearlos", propuso El Hermano al Negro. Susana opin6 que no ten6a caso.

Decidieron buscar otro lugar y cambiarse, pero imposible: estaba lleno a reventar. Tuvieron que aguantarse. El Hermano sac6 pa6uelos desechables y Lucy trat6 de secar y limpiar su vestido. El Negro llevaba una peque6a c6mara y empez6 a fotografiar al grupo. Luego le tom6 una sola a la rubia para sorpresa de todos.

Casi dos horas de m6sica. El Hermano volteaba a cualquier parte con cara de aburrimiento. El Negro segu6a haciendo funcionar su c6mara con magicubos. La turba gritaba. El brasile6o dijo que hab6an estado muy contentos de tocar en M6xico y que 6sa era la 6ltima canci6n. Casi todos protestaron, pero callaron para o6r. Al terminar la melod6a los m6sicos dejaron sus instrumentos y se fueron. Apagaron las luces. Algunos gritaban "otra, otra", pero la mayor6a empez6 a encender cerillos. El Negro sac6 una carterita y les reparti6 a ustedes, incluido El Hermano. "6C6mara, parece que estamos en la Clausura!", dijo El Negro en clara alusi6n a los Juegos Panamericanos. "6C6llate, buey! 6No ves que estoy grabando?", lo reprendiste. Chin; ahora t6 tambi6n hab6as hablado. Pensaste en la forma de borrar eso del cassette, pero c6mo borrarlo si los miles de muchachos ped6an a Chicago que saliera a tocar. S6, nada menos que Chicago.

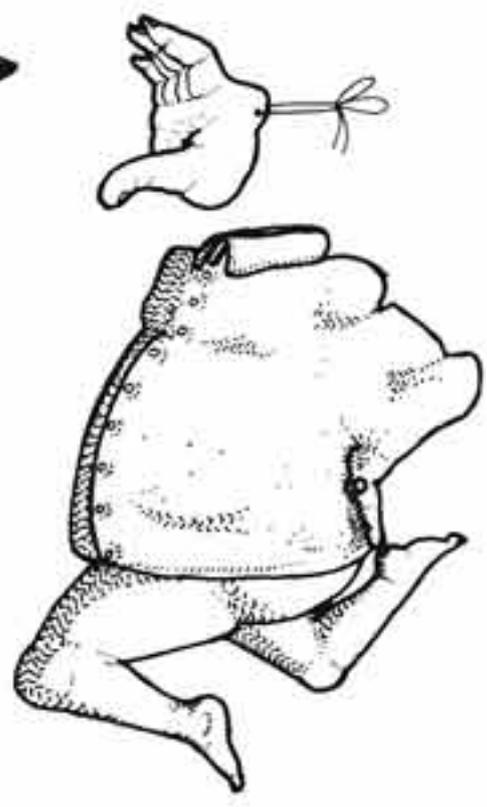
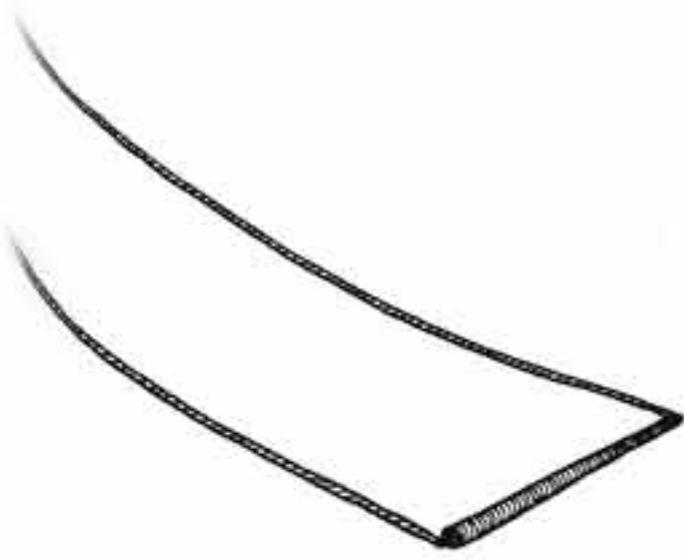
Cuando los cerillos casi les quemaban los dedos, la banda hizo su aparici6n. Aplausos estruendosos. Las notas de "Colour my world" iniciaron un

popurr6 de grandes exitos. El p6blico permanec6a de pie, estupefacto, queriendo gozar los 6ltimos instantes. La m6sica termin6 y los chillidos, gritos y aplausos corroboraron la aceptaci6n a la banda de los metales dorados, como alguien la llamara.

Al encender las luces se ve6an rostros alegres, risas; algunos apagaban los cigarros de mariguana con rapidez; muchos ya estaban borrachos o drogados. Todos iban saliendo. Ustedes parec6an contentos, hasta El Hermano. El aire helado de la noche los recib6 con indiferencia. El Negro sugiri6 tomarles una foto, frente al Auditorio, para recordar esa noche maravillosa. Los cuatro se abrazaron y el flash los deslumbr6 un poco.

Los autobuses hab6an desaparecido e infinidad de patrullas ocupaban sus lugares. Ni modo, a caminar hasta Mariano Escobedo. "Se los dije: un concierto para nacos", sentenci6 El Hermano. "Ya d6janos en paz", protest6 Lucy. "Est6 bien, est6 bien". De noche el bosque parec6a sombr6o. Miles de muchachos, como ustedes, caminaban a lo largo del Paseo de la Reforma en busca de cam6n o metro.

Al llegar al Tlaloc, El Negro pidi6 tomar nuevas fotos. "Y ahora t6 sola, Lucy, p6rate ah6". La muchacha no se hizo del rogar y comenz6 a posar. Abrazaste a Susana. El Hermano intentaba ver el Lago. Recordaste todos los incidentes. No hab6a duda: fue la noche de un d6a dif6cil. Miraste al Negro tom6ndole fotos a la rubia, a los cientos de j6venes que pasaban riendo, jugando, fumando felices. "Tienes raz6n, mano", le dijiste al Hermano, que segu6a mirando al Lago, "fue un festival para la raza, para los nacos." "S6, esta noche se muri6 Chicago", fue la respuesta.



RELACIONES MISCELANEAS DE UNA BANANA

por Lorenzo González Ulloa

¡Hola!

Sí ustedes, frutas de todo el mundo, conocen mi historia, les dará risa y a la vez se convencerán de que no hay vida tan fascinante y azarosa como la de una fruta de mayoreo.

Pues sí: La primera vez que vi la luz fue en una penca de colegas que representaba el trabajo de un comerciante platanero de Tabasco.

Aún verdes, nos arrancó de nuestra planta madre y nos vino a echar a un compartimento casero. Eramos unas tres pencas. Todo el resto, que eran bastantes, lo despachó en camiones para vender. A nosotros nos dejó para uso personal.

Entre nosotros mismos discutíamos cuál sería el primero en ser comido, y cuál el último; quién nos comería, si el dueño con satisfacción, o la señora con indiferencia, o algún niño con glotonería, o algún invitado por cortesía o bien beneplácito.

Pero cuál fue nuestra sorpresa y cruel decepción cuando oímos al dueño decir a su mujer:

"Bah, esta cosecha salió mediocre. No me gusta como la del año anterior. Prueba, acaso te gusta".

El comerciante agarró a un compañero cerca de mí, y lo dio a su esposa, la cual comentó:

"Hum, no están tan buena como el año anterior, pero pasa . . . pasa . . ."

Y movió la cabeza aprobaroriamente. Esto me consoló un poco y subrayé a mis colegas:

¡"Qué indigno ser la sombra de la cosecha anterior! Es disgustante, intolerable."

Y los demás se quejaban por igual de no ser de los mejores piátanos de la producción de nuestro comerciante; al menos nos consolábamos con la deferencia de su mujer: ¡tampoco éramos tan peores!

Así pasaron unos días y los amos iban cogiendo uno que otro de nuestros compañeros; yo solo esperaba mi turno, anhelando ser comido dignamente.

Me exasperaba sobre todo la idea de ser rebano para ser aderezo de algún arroz. ¡Que combinación tan estrambótica y de mal gusto!

Tampoco me entusiasma mucho el ser molido en licuadora y contemporizar con huevos, glucosas y quién -sabe-qué-otros-ingredientes; para una malteada o un split, soeces degradaciones de nuestra naturaleza.

Un domingo llegó un no-sé-qué-amigo del comerciante a comer, y departieron y bebieron sobriamente; tras lo cual preguntó el amigo.

"¿Qué tal salió tu cosecha de banana este año?"

"Bien, bien," contestó el dueño lacónicamente.

"¿Se pueden al menos comer?"

"Se pueden. Mira, ahora traigo unos cuantos." Nuestro dueño se levantó, luego vimos que se aproximó a nuestra bodegucha y alargó su mano precisamente a nuestra penca. Nos alzó descuidadamente y nos condujo al comedor. Eventualmente arrancó a otro colega y lo dio a comer, a su invitado.

"Hum, está bueno", dijo él casual y a manera de cumplido.

"Llévatela toda; está casi completa".

"Oh no no, no es para tanto; no te molestes."

Pero finalmente nuestro invitado salió de nuestra casa de origen cargándonos a nosotros, y nos fue a colocar en su cajuela trasera.

"No la pongas ahí" protestó el comerciante, "¿No ves que en el apretado calor se echan a per-

der? Este es guineo fino, compadre, de plantíos bien cuidados y regados. Te puedo asegurar que en toda la comarca no hay guineo tan fino como el mío”.

“¿Así tan importante?” preguntó el invitado con visible asombro, y nos recogió de vuelta para colocarnos en el asiento trasero.

“Con que el guineo más fino de la comarca.” nuestro nuevo dueño repitió con complacencia, y cerró su troca dando las gracias al anfitrión.

Decididamente nos combinamos en ponderar la exageración del comerciante, por todo lo que anteriormente dijera a su mujer, pero a fin de cuentas no niego que bastante me agradó: YO, EL PLATANO MAS FINO DE LA COMARCA.

Y nuestro dueño se repetía con delicia a sí mismo:

“¡El guineo más fino de la comarca!”

Llegados a su casa, le comentó a su esposa:

“Fui con el compadre y me regaló la penca más buena de su cosecha. Ya probé uno y está de prodigio. Se lo vamos a regalar a mi hermano cuando venga el próximo domingo: es día de su cumpleaños.

Llegó el mentado día y con él el mentado hermano, y entre otras cosas, le regalaron a nosotros.

“Me lo dio mi amigo el platanero. Según él, es el guineo más rico del estado. No hay ninguno que se compare con éste. Tómalo, te va a gustar.”

El hermano del amigo del compadre asió otro plátano de la penca, a dos plátanos de distancia de mí.

“Hummm . . . qué rico”, dijo el hermano, casual y a manera de cumplido.

El hermano salió de allí con nosotros: su penca de plátanos en la mano. Eramos todavía bastantes, y deliberamos entre todos qué sería de nuestro futuro.

“A ver qué es lo que hace éste con nosotros,” señaló uno de los compañeros.

Cuando nos llevó a su casa y nos colocó bruscamente sobre la mesa donde pelan cebollas, oí decirle a su esposa:

“Mira lo que me ha regalado mi hermano. Veamos qué hacemos con ellos. A mí la verdad no me gustan mucho, a más de que me caen pesado al estómago y no los digiero bien. Por mi parte los echaría a los puercos, pero me remuerdo al recordar lo que mi hermano dice: que es el plátano más fino del país”.

Yo cuando oí aquel disparate me indigné y rehusaba a formar parte del alimento porcino: ¡Cómo yo, plátano fino entre los finos plátanos, había de ser lanzado entre los puercos! ¡La hecatombe de mi existencia; la antinomia de mi cultivo, el insulto y caricatura de mi noble misión!

“¿Así que el plátano más escogido del país?” preguntó su esposa tanteando la situación.

“Seguro, es el del comerciante amigo de mi hermano. No hay mejor”.

Eso me volvió a subir la moral. La esposa opinó:

“Entonces, podemos venderlo a buen precio a tu socio el de la miscelánea de en frente”.

Al día siguiente llegó este propietario a la miscelánea de su socio.

“¿Cómo estamos?” saludó, con la diestra estrechando la del socio y la siniestra aferrándonos a nosotros.

“¡Pero hola!” contestó su socio. “¿Qué os trae por aquí? Tengo queso Roquefort del más fino el día de hoy, por no decir que el mejor Tiel-siter.”

“No, aunque ya que usted me habla de lo más fino, tampoco yo me quedo atrás. Oiga, mi socio, yo he venido a venderle esta sabrosa penca de plátanos.”

“¡Gilipollas!” el socio se inclinó a vernos. Dio la vuelta a su escaparate, nos volvió a ver y nos tentó con la mano; midiendo nuestra blandura y apachurrándome por en medio; mi cintura, vamos. “Realmente se ve buena, pero . . .”

“Es la mejor del país. Es puro plátano tabasqueño. Viene del productor más afamado del estado. “Nuestro dueño se mordió la lengua.

“¡Jolines! Solo que la caja está pobre . . .”

•“Bueno, los podemos canjear por . . . digamos . . . un par de pacas de alfalfa. “Debería estar loco

este hombre. ¡Cómo compararnos con hierba de rústico equino!

El socio lo reflexionó. Hubiera yo querido que él protestase contra esta humillante comparación.

“Andele, ándele,” insistió nuestro inculto propietario, “le aseguro que es el plátano más exquisito del mundo.”

“Bueno, bueno,” concedió por fin el no-más-culto abarrotero, “deje aquí mismo la penca que ya le traigo la alfalfa”.

El socio regresó con sus pacas de alfalfa y el triste dueño anterior nos trocó por ellas.

“Qué mal gusto de éste de compararnos con alfalfa”, protesté yo entre mis compañeros, mientras nos acostumbábamos a nuestro nuevo dueño.

Este simplemente nos dejó en la bodega de las frutas, que no estaban a la vista de los parroquianos, y ahí tuvimos que aceptar promiscuidad con naranjas, fresas, rábanos, zapotes, otros rancios plátanos, y hasta zapatos olorosos del abarrotero.

Ahí quedamos en el supino olvido a lo largo de tres días, durante los cuales seguían echando fruta como si todos fuésemos iguales.

—Al cuarto día vinieron unos cargadores con sucios mandiles y nos aventaron dentro de una troca a rajatabla.

Tras varios cientos de kilómetros y horas agitadas de viaje, llegamos a otra ciudad en algún otro estado, y ahí nos condujeron a un lujoso supermercado, donde, para mi sorpresa, nos dispusieron por vez primera en muestrarios frescos y elegantes.

Luego nos pegaron a la piel un sello, o etiqueta azul con el título de: “CHIQUITA BANANA”, y arriba del escaparate una leyenda en dos idiomas:

IMPORTED FRUIT

FRUTA DE IMPORTACION

Finalmente amigos míos a quienes confieso mis andanzas; después de una semana vi a un hombre entrar a lo lejos, el cual me pareció haberlo visto en otros tiempos.

Se dirigió primeramente al departamento de fertilizantes y utensilios de labranza. Compró un saco de cincuenta kilos y una pala.

Luego se aproximó a nuestro escaparate: ¡Era nada menos que nuestro productor y comerciante, además del causante de nuestros éxodos!

“¿Es importado este guineo?” preguntó con interés.

“A-já,” contestó el dependiente sin mirarle a los ojos, mientras acomodaba más frutas.

“¿Puedo tomar alguna probada?”

“A-já.”

El comerciante entonces me arrancó de mi penca y me peló a la mitad. Me tentó, me olfateó, me degustó inquisitivamente; y aquí anuncio terminar mi historia, porque, amigos, míos, agarró la penca entera y con rostro iluminado y satisfecho, exclamó:

“La compro toda. Y dígame usted, le ruego: ¿Desde qué tierras traen hasta acá esta banana tan portentosa?”

ENTREVISTA



UNA ENTREVISTA INEDITA CON CORTÁZAR

por Carlos Ramírez

La última pregunta de la entrevista con Julio Cortázar, ya apagada la grabadora, lo hizo quedar en deuda conmigo:

“—¿Cómo comenzaría usted un cuento sobre militarismo? ¿Cuál sería su primera frase?”

“—Nunca empiezo cuento con frases hechas o preparadas. Y hoy no sabría cómo empezar uno. Lamento no poder darle el primer párrafo de su nota. Pero, eso sí, le prometo que en cuanto me llegue un cuento sobre militarismo, le envío un telegrama con la primera frase”.

El telegrama nunca llegó. Sin embargo, de la entrevista dos cosas me llamaron la atención para cuentos cortazarianos sobre militarismo: *Los ejércitos enemigos* y/o *Cruce de fronteras* serían dos títulos con la idea cuentística de Cortázar y su prosa sugerente, que dice más de lo que enumera con las palabras.

La entrevista a Cortázar se la hice en 1980, en Cocoyoc. El escritor argentino era jurado, entonces, del concurso Proceso-Nueva Imagen sobre “El militarismo en América Latina”. En los jardines del hotel Cocoyoc hablé con Cortázar más de una hora. Luego lo vería dos o tres veces más junto con los demás miembros del jurado —sobre todo con su gran amigo del alma Gabirel García Márquez y exponiendo su amistad generosa con Carlos Quijano—. En la revista *Proceso* publiqué una versión periodística de siete cuartillas de la entrevista y guardé en mi archivo la transcripción íntegra de la plática, por si algún día valía la pena circularla completa. Nunca pensé en una ocasión tan lamentable como su prematura muerte.

Si bien el tema central era el militarismo latinoamericano y el escritor argentino logró dilucidar algunas cosas desde su modesta ignorancia, no pude tampoco evitar hablar con Cortázar un poco de literatura. El autor del mejor de los cuentos —para mi gusto—, *El perseguidor*, habló de ambas cosas, pero ya para entonces se notaba una particular atención sobre la problemática social de América Latina. Habló de su conferencia en Xalapa y vis-

lumbró su preocupación sobre el drama de los derechos humanos, las dictaduras y la pesada carga del exilio. Nicaragua renacía del somocismo y las esperanzas de América Latina parecían haber sobrepasado el trauma de Chile. Era lo que preveía como oposición al destino manifiesto del expansionismo norteamericano: el destino socialista de América Latina.

Hombre generoso, lúcido, siempre sonriente, Cortázar me pareció un hombre agobiado por el tiempo. Lo ví cansado. Gigante bueno, varias ocasiones lo alcancé a mirar arrastrando su cuerpo por los jardines de Cocoyoc, la cabeza inclinada, los lentes en su lugar, los textos en sus manazas. Y lo noté más fatigado cuando hablamos de los rescoldos del *boom*. Para él, “los protagonistas de eso que se llamó *boom* somos ya gente vieja”, dijo sonriente. Luego destacó a las nuevas generaciones de escritores que habían tomado lo mejor de esos viejos.

Eso sí, sus convicciones seguían firmes, sólidas, renovadas. Para ese hombrón algo bueno había quedado en la narrativa latinoamericana, en cuya tarea habían participado los escritores de los sesentas: lograr que lo mejor de la literatura de América Latina estuviera siempre “del lado de la luz”.

Pasó el tiempo de aquella entrevista y me quedé esperando el telegrama de Cortázar. Y eso que le dí una tarjeta con mi dirección. El problema, en todo caso, se convirtió en una duda que hoy revive como el mejor homenaje: ¿cómo hubiera comenzado Cortázar un cuento sobre militarismo?

El tema del militarismo se ubica ya en un nuevo contexto latinoamericano, sobre todo en los últimos 20 años. Estos dos decenios registran períodos importantes: Revolución Cubana, proceso chileno y Revolución Nicaragüense. ¿Cómo observa usted, como escritor, estos hechos?

—Creo que todos los que me conocen poco saben que entre mis muchos defectos no está la falsa modestia. Cuando yo digo que hay temas que no conozco bien, no estoy hablando con falsa modestia, sino que realmente hay temas de los cuales tengo una idea global, un punto de vista, pero estoy muy lejos de ser un especialista y un entendido en el tema. Uno de esos temas es el militarismo. Desde mi punto de vista de civil mi idea de militarismo no es la que puede tener alguien que haya reflexionado incluso técnicamente en el problema, tanto militar como civil. De modo que lo que yo pueda decir acerca de cómo veo la situación del militarismo en América Latina hay que tomarlo sobre todo como una idea muy global y expuesta a muchas críticas, pues yo mismo me hago autocríticas permanentes.

Esta autocrítica es importante, porque muy frecuentemente entre nosotros los latinoamericanos lo que nos ha hecho sufrir, lo que nos ha valido muchas derrotas, han sido quizá ciertas convicciones demasiado definidas y la falta de flexibilidad, de autocrítica, en el caso de Cuba, por ejemplo; a los dos o tres años de la Revolución, todo el mundo se hizo una idea un poco en bloque acerca de ella y la gente no reflexionó con suficiente plasticidad mental para darse cuenta que una revolución es un proceso casi biológico, puesto que está hecho por hombres y vivido por hombres y que una revolución es como un organismo que evoluciona y que pasa de la infancia a la adolescencia y a la edad adulta, con pasos hacia adelante, pasos hacia atrás.

Es decir: cuando se habla de temas como el militarismo, lo primero que yo le exijo a quien está hablando y a los lectores —eventualmente— es una gran apertura, una gran flexibilidad de pensamiento. Yo pongo un ejemplo: cuando se me habla de militares, de militarismo, mi primera reacción es profundamente negativa. Es decir: en principio, to-

do lo que es militar me suena como cosa retrógrada e incluso veo al militar como al enemigo natural del civil. Ahora: cuando uno piensa un momento, se da cuenta que de todas maneras hay por ahí —aunque muy pocos ejércitos que son ejércitos del pueblo, ejércitos a los cuales no se les puede aplicar el tratamiento que se le da en general al militarismo. Pienso en este momento en el ejército cubano, que es un ejército profesional que de ninguna manera se podría comparar al ejército argentino o al ejército chileno. Hay que tener mucho cuidado con ese tipo de cosas.

Lo que creo que le interesa a usted en este momento es el caso de los ejércitos enemigos, porque con respecto a los ejércitos que yo llamo positivos —como puede ser en este momento el de Nicaragua, si podemos llamar ejército a eso que en este momento es sobre todo un pueblo en armas, que no está profesionalizado como lo está el cubano— hay que tener cuidado en su identificación, aunque, por desgracia, en América Latina es la minoría absoluta, es una cantidad ínfima de elementos militares positivos. Para mí, cuando se me habla de militarismo en América Latina en este momento, veo sobre todo el Cono Sur: veo Chile, Argentina, Uruguay y, con un sentimiento de horror, veo sobre todo el caso de Bolivia en estos momentos. Veo también en segundo plano el Brasil, cuyo ejército ha tenido un papel tan negativo y tan nefasto en lo que ha sucedido en los últimos decenios.

Y es ahí donde me gustaría decir que creo que en el curso de los últimos cinco o seis años la presencia negativa del militarismo en América Latina se ha multiplicado. Y no se ha multiplicado porque los ejércitos hayan aumentado, porque en principio siguen teniendo más o menos los mismos efectivos. El problema es que en el Cono Sur, lo que llamamos ejércitos en plural, creo que cada vez más hay que pensarlos como un ejército en singular, un ejército coaligado, unido y concertado en el nivel de los altos mandos militares de varios países. El problema verdaderamente trágico para el Cono Sur es que en este momento las poblaciones civiles de todos esos países no solamente están sometidos a la acción de su ejército local, sino que todos esos ejér-

citios de esos países están colaborando estrechamente entre ellos, lo cual significa varias cosas: las más graves son el hecho de que toda noción de territorialidad, de derecho de asilo y de respeto a los derechos humanos ha quedado totalmente destruida y mancillada por la conducta de los ejércitos.

Usted sabe muy bien que en los últimos acontecimientos en Perú y en Bolivia la participación de, por lo menos, el ejército argentino ha sido no solamente sospechada sino probada con hechos evidentes. En este momento, cuando las circunstancias les convienen a los altos mandos, miembros de un ejército se hacen presentes en otro ejército para ayudarlos a aplastar cualquier forma de protesta civil. Es lo que ha sucedido en Perú y lo que acaba de pasar en Bolivia: las asesorías técnicas e incluso las asesorías prácticas —cuyos detalles, claro, no conozco— han sido ampliamente difundidas y denunciadas por las agencias de noticias o por corresponsales responsables. En este momento, cuando el ejército argentino busca a un opositor civil que se ha refugiado en el Perú, lo va a buscar al Perú, con la complicidad del ejército peruano. En el caso de Bolivia tiene que estar sucediendo exactamente lo mismo y podría suceder al revés: que miembros del ejército peruano actuaran en la Argentina para apoderarse de un opositor peruano que está allí. En ese caso casi siempre con la complicidad de los mandos. Hace años que esto sucede entre la Argentina y Uruguay: fuerzas argentinas han recibido opositores que habían sido arrestados por el ejército uruguayo y viceversa. Por motivos de táctica personal les convenía que se produjera ese cruce de fronteras y que fueran entregados, una especie de extradición sin ninguna garantía legal, cumplida en forma secreta, embozada, pero que poco a poco vamos sabiendo porque esas cosas se filtran, finalmente. En los últimos tiempos ha habido episodios que se han hecho sentir incluso en Europa. Por ejemplo, en plena ciudad de París hubo un secuestro de un argentino y las sospechas más evidentes fueron que efectivos enviados directamente de Buenos Aires operaban en París burlándose de las autoridades francesas, pues en ese caso no había complicidad del ejército francés, pero sí había una intromisión en la soberanía de otro país.

Todo lo que he dicho, a mi parecer, abre una nueva y muy grave etapa en la presencia y la influencia del militarismo en América Latina, porque hasta hace algunos años —de todas maneras—, por más, inescrupuloso que fuera un ejército sudamericano, sus operaciones se cumplían dentro del país. En este momento, es evidente que las fronteras no significan nada en ese plano y que las poblaciones civiles, que en muchos casos buscan refugio en otro

país, da lo mismo que si se hubieran quedado en el propio. Es decir: si en este momento un peruano se refugia en Argentina o viceversa, no está más protegido que si se hubiera quedado en su propio país.

Creo que sobre esto no se ha insistido bastante. Y debe insistirse, porque da la idea de una especie de arma nueva. Se habla mucho de armas en el sentido directo de bombas o de lasser o de obuses, pero este tipo de armas, que consiste en entrar en otro país con la complicidad de colegas castrenses de ese país y operar con toda impunidad, esa es un arma, en mi opinión, tan poderosa y tan peligrosa —si no más— que las armas físicas.

Todo esto sería el síntoma de agravamiento de la situación en el Cono Sur con respecto a los militares.

—¿Podría esto tener una explicación en cuanto a qué es lo que se encuentra detrás de este tipo de radicalización del papel de los ejércitos sudamericanos en el contexto político?

—Absolutamente. Una vez más hay que ir a la raíz del asunto. Los ejércitos latinoamericanos de los países con dictaduras tienen sólo una autonomía relativa. El ejército como ejército en sí no desempeñaría el papel negativo que está desempeñando, si no sucediera que ese ejército está a su vez sometido a otros poderes, a otras fuerzas. Y es aquí donde entran en juego dos factores capitales:

El más grande, que abarca todo, es ese que llamamos el imperialismo norteamericano, a quien le conviene siempre que toda oposición progresista de civiles sea inmediatamente sofocada. La única manera con que se puede sofocar ese clima, ese deseo, esa voluntad de libertad y soberanía, es mediante las armas, es mediante la intervención militar. Y es entonces que los ejércitos sudamericanos cuentan ya con una especie de carta blanca, con un primer respaldo que les viene directamente de los norteamericanos, que agitan mucho el tema de los derechos humanos pero que lo agitan en el aire y no en profundidad. Porque frente a la situación en Uruguay o en El Salvador —por ejemplo— usted sabe muy bien cuál es la actitud pasiva y contemporizadora de los poderes norteamericanos. De modo que, en realidad, los ejércitos en el fondo son instrumentos al servicio de ese imperialismo. Esta es la primera fuente que explica la acción de los ejércitos.

La segunda, igualmente poderosa y si no más en muchos casos y mucho más odiosa, es que los

ejércitos tienen por misión fundamental defender las oligarquías locales. Es decir, defender las minorías que dominan las industrias que poseen los latifundios. Para citar ejemplos como símbolos las catorce familias de El Salvador o los grandes jefes de producción y de industria de Argentina. El ejército es el guardaespaldas de la riqueza de la minoría, que a su vez acepta tácita o directamente el apoyo general que le viene del imperialismo yanqui. De manera que esta es una cadena que se da de una manera implacable.

Lo que acabo de decir es muy primario, pero son cosas en las que hay que insistir. Muchas veces en América Latina se tiende a pensar que los ejércitos están operando con una cierta independencia, por ejemplo cuando los altos mandos uruguayos o bolivianos o argentinos producen sus discursos explicando por qué están en el poder, por qué lo han tomado; siempre hablan por sí mismos, y jamás van a hacer referencia a quienes en el fondo los están dirigiendo y mandando, que son las oligarquías por un lado y el imperialismo por otro. Esto no lo van a decir jamás; sin embargo, es un hecho tan evidente que es necesario subrayarlo e insistir en ello.

—Para una nueva caracterización de cierto tipo de ejércitos en América Latina habría sido necesaria una revolución política, un cambio en las perspectivas políticas, y esto llevaba que desde un principio las fuerzas progresistas se plantearan la creación de un nuevo tipo de ejército. ¿Qué ocurre en otros países de América donde el enfrentamiento de fuerzas progresistas y el ejército se da en términos de que la radicalización plantea también las vías de acceso al poder? Acaba de pasar el discurso de Castro, el 26 de julio, y en él plantea la vía armada como la única válida para la revolución. Frente a este enfrentamiento, se plantea nuevamente el problema de las vías revolucionarias.

—Es una difícil pregunta, porque exigiría una serie de análisis de fondo. Se ha dado el caso —mi país es, creo, uno de esos casos— en que ha habido coyunturas en ciertos momentos en que las fuerzas progresistas —estoy hablando de civiles— tuvieron una gran oportunidad de llegar al poder por vía pacífica, por vía electoral. Al borde de esto, ha habido siempre el golpe de estado militar. Lo que hay que preguntarse es por qué ha sucedido eso, por qué el ejército ha intervenido en último momento. Y es ahí donde la necesidad crítica se vuelve muy evidente. El caso de la Argentina ilustra que cuando esas oportunidades positivas se dieron, los grupos progresistas civiles perdieron demasiado tiempo en querellas internas, en conflictos de tipo ideológi-

co. Esa unidad que se consigue muchas veces en la desgracia, en el exilio, en el destierro, esa unidad que se logra tan difícilmente después de haber recibido un golpe casi mortal, esa unidad no se consiguió cuando hubiera sido necesario conseguirla. Inmediatamente surgen diferencias dentro de la definición ideológica. La palabra izquierda es una palabra muy elástica; inmediatamente está el ala más moderada y el ala más radical; la primera busca —hablemos en términos muy generales— una vía progresiva hacia el socialismo y una vía más radical que entiende que la toma del poder debe hacerse de manera inmediata o sea la revolución con todo lo que la palabra encierra.

Desdichadamente, en el Cono Sur ese fenómeno se ha repetido muchas veces. Este fenómeno tiene aspectos muy positivos y yo no lo estoy criticando en bloque. Tiene aspectos positivos porque es muy lógico que las fuerzas progresistas tengan ideologías bien razonadas, que las piensen, las elijan, y que la mía choque con la suya. El problema es que el choque no debió llegar nunca a tal límite que nos debilitara a nosotros, en tanto que las fuerzas militares aprovechaban esa debilidad para dar el golpe.

En el caso de movimientos armados, de guerrillas directamente constituidas, eso se ha producido con una frecuencia muy negativa y muy lamentable. Lo que en principio estaba bien, en posiciones ideológicas muy diferentes, se convirtió en un mal porque se produjo el fenómeno de la división y por lo tanto de la debilidad, debilidad muy hábilmente utilizada por el adversario, inmediatamente. Porque lo que caracteriza al ejército es que no está nunca dividido, y si tiene divisiones internas —como pasa en el alto mando chileno— saben frenarlas y disimularlas a medida en que les conviene mantener el bloque.

Lo que me parece más admirable en la liberación de Nicaragua, es el hecho de que el Frente Sandinista, tomado en conjunto, estaba dividido en tantas agrupaciones . . . Y si esa división se hubiese mantenido, Somoza estaría ahora en Managua. Lo que pasó fue que en el último momento los sandinistas tuvieron el heroísmo —porque hace falta un gran heroísmo para eso, sobre todo el heroísmo de los jefes, de alguien que es un jefe aceptar otros jefes en la lucha, y esto humanamente es difícil— de unirse por sobre diferencias. La verdad es que el triunfo siguió muy de cerca a la unificación. Y yo estoy esperando lo mismo —ya se está dando en un plano teórico— en El Salvador. Cuando en El Salvador esté —ojalá lo estuviera ya— unido en un cien por

ciento el mundo de protesta civil, la junta cae, la junta cae automáticamente; en la medida en que no lo esté y que las acciones se sigan dando en una cierta autonomía, en una cierta independencia, al ejército se le hace fácil la tarea porque lo destruye a usted primero y me destruye después a mí. Pero si usted y yo estamos juntos, es más difícil destruirnos.

Le estoy diciendo cosas muy primarias, pues no soy un politólogo ni un militarólogo. Soy un hombre que se angustia frente al derroche, al sacrificio de vida, frente a la pérdida infinita de vidas y de esperanzas que han significado esas desuniones.

— *Hay una serie de experiencias que han ocurrido recientemente en las luchas progresistas de América Latina, en donde no se ha podido vencer el último obstáculo para tomar realmente las riendas del poder y ese último obstáculo es el ejército, los militares y ese nuevo concepto que es el militarismo. ¿Existe una claridad, una lucidez, en las fuerzas progresistas, en las fuerzas de izquierda de América Latina para entender el fenómeno de militarismo en el continente?*

—No es una pregunta que yo pudiera contestar. En primer lugar, si yo estuviera viviendo en América Latina tendría un contacto más directo de los elementos de ese problema. Desde lejos —aunque paradójicamente estando lejos tengo mejor información que los que están adentro, muchas veces, pero que es una información de otro tipo— me resulta un poco difícil saber hasta qué punto los mandos civiles de oposición tienen una conciencia clara y precisa de este nuevo militarismo —se puede usar el término de nuevo militarismo latinoamericano—.

Quiero creer que sí. No es posible imaginar que dirigentes civiles no se den perfecta cuenta de lo que significan, primero, las alianzas militares secretas que en este momento les están dando fuerzas multiplicadas al militarismo sudamericano —eso, desde luego, no lo ignoro—. Lo que está por verse es el tipo de respuestas que ellos están preparando o dando, porque de la misma manera que los ejércitos se están volviendo cómplices entre ellos, son compinches de la misma banda, pues dándole su sentido positivo la única respuesta del mundo civil es esa misma unificación, esas mismas tomas de contacto; no seguir procediendo aisladamente, separadamente.

Yo sé que esto es muy difícil de hacer, porque los ejércitos en primer lugar tienen los medios tec-

nológicos, tienen el dinero, tienen la fuerza, tienen los transportes, tienen indirectamente los canales de noticias, tienen la información, todo lo que da el poder. Y eso les permite una mayor cohesión, una mayor facilidad operativa. En el caso de los civiles, éstos están desprovistos en general incluso de cosas elementales, todo contacto, todo diálogo se hace más penosamente. Es mucho más fácil para un general argentino reunirse con un peruano, un boliviano y un uruguayo en torno a un whisky y discutir la estrategia, que, en otro caso, cuatro líderes de la izquierda latinoamericanos reunirse en torno al mismo whisky a discutir una estrategia conjunta, porque a veces esos cuatro líderes no tienen medios para tomar el avión e ir a encontrarse con otro líder, o no tienen documentos o no tienen garantías. Entoces, esos son factores de separación que, naturalmente, el ejército aprovecha muy bien.

— *A usted le han tocado vivir tres etapas de la vida latinoamericana: Cuba, Chile y ahora Nicaragua. ¿Cuáles serían sus perspectivas para el desarrollo de América Latina en dos aspectos: primero, su liberación; segundo, el nuevo militarismo latinoamericano que se ha hecho muy sofisticado y que dificulta la lucha de las fuerzas progresistas?*

—Yo he sido siempre optimista y lo sigo siendo en ese plano. En algún momento mi optimismo fue más tangible porque hacia el año de 1973, en momentos en que el peronismo ganó las elecciones en Argentina y Chile la Unidad Popular estaba en el poder, se abrían allí posibilidades a un plazo relativamente corto de un gran avance en el plano de la conciencia política popular. Los golpes de Estado en esos dos países, más los que se han sucedido después, hacen que mi optimismo tenga que retroceder a un futuro más lejano, lo cual no significa que yo deje de ser optimista porque —y esto es el fondo del asunto— yo creo que la revolución se hará en el conjunto de América Latina. ¿Cómo se hará? ¿Dónde se seguirá haciendo, más allá de los focos donde ya se ha cumplido? Carezco de experiencia y no soy profeta. Pero estoy convencido que el destino de América Latina es un destino socialista. Estoy convencido de que lo que algunos pueblos latinoamericanos han hecho por su liberación consiguiéndola o no tiene una fuerza de ejemplo que el resto de los pueblos menos concientizados o más aplastados por el poder están recogiendo progresivamente y que eso se va sintiendo en distintos planos.

Tengo la impresión de que hay una progresiva apertura de conciencia, de conciencia moral y de conciencia política, en nuestros pueblos; y esto significa obligadamente un retroceso del militarismo,

porque el signo del militarismo por definición es negativo, aunque ellos se presenten como paladines de todas las fuerzas positivas —bien sabemos que es una mentira—.

De modo entonces que creo que, en este momento, la coyuntura es mala; mi optimismo no es tonto y por eso creo que es una mala coyuntura: 1980 es un mal año para América Latina, y los sucesos en Bolivia son la prueba irrefutable y la situación en Guatemala y El Salvador muestran que hay una especial de apuesta que todavía no se resuelve en un sentido o en otro.

Pero hablando ya como escritor, como poeta, como hombre imaginativo, hablo como quien cree conocer un poco a sus compatriotas. Y cuando yo digo compatriotas, digo todos los latinoamericanos: usted también es mi compatriota. Yo soy latinoamericano; me alegro mucho ser argentino, pero no pongo ningún orgullo especial en serlo, y esto insisto en decirlo porque a veces los argentinos se enojan conmigo. Y una de las cosas que nos han hecho más daño, que nos seguirán haciendo más daño, son nuestros nacionalismos, ese nacionalismo inspirado por una pésima educación, por un sistema educativo dirigido por el enemigo, por las oligarquías y por el extranjero, que hacen de cada niño latinoamericano un pequeño enemigo de otros niños latinoamericano. Y cuando digo enemigo, no lo digo en el sentido de ir a matarlos, pero crean pequeños patriotas con un complejo de superioridad respecto a los otros. Y cuando ese niño se convierte en un hombre y ese hombre no tiene suficiente cultura, no ha podido estudiar, es un campesino o un obrero, esas ideas le quedan.

Entonces, por ejemplo, cada vez que hay un campeonato de fútbol o alguna cosa así, el argentino piensa que es el mejor del mundo y el mexicano está pensando lo mismo en ese momento, y el colombiano igual. Eso forma parte de la vieja política de dividir para reinar, que Washington conoce como nadie y que los ejércitos latinoamericanos conocen como nadie. Porque, además, los ejércitos latinoamericanos también se odian entre ellos, porque están formados por latinoamericanos. Se odian como se odian los gánsters de una banda; están unidos porque les conviene estar unidos para asaltar un banco; pero usted sabe muy bien como se liquidan entre ellos apenas pueden. Es exactamente la misma cosa dentro de los ejércitos latinoamericanos.

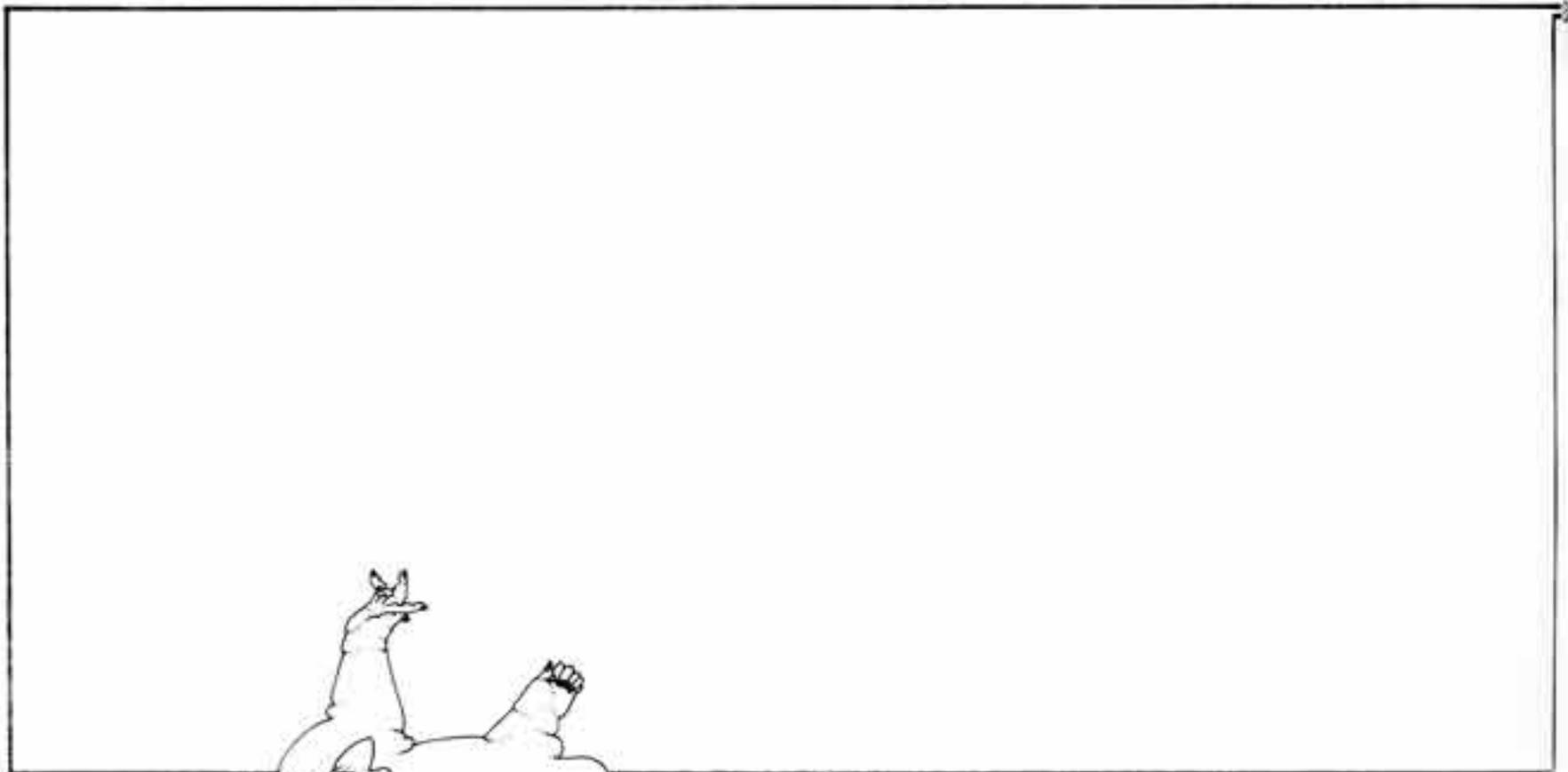
Yo fui maestro, fui profesor, y en la medida de mis pequeñísimas fuerzas y de mi pequeñísima aula

que tenía a mi disposición —sea nada en el conjunto de la educación— hice todo lo que pude por quitarles a mis alumnos esa noción chovinista que aquí en México es muy fuerte, muy fuerte y se nota leyendo los diarios. Y entonces se producen esas cosas que para mí son escalofriantes. Por ejemplo, todos estos días en los periódicos vemos que ustedes los mexicanos están sufriendo una serie de derrotas bastante estruendosas en el campo deportivo. Y eso es visto casi como un drama nacional, porque cómo es posible que un mexicano que tiene que ganar —esto es lo que se aprende en la escuela— van y les ganan ocho a cero. ¿Cómo es posible si tiene que ganar? Yo no tengo una idea. Eso está mostrando cosas mucho más profundas que el deporte. Yo no tengo una idea muy positiva del deporte, y lo digo muy francamente aunque eso va a molestar a muchos lectores: creo que el deporte es casi siempre un instrumento político en manos del enemigo. Mire la copa del mundo en la Argentina cómo la aprovechó la junta militar; la han aprovechado a fondo. Los juegos olímpicos y otros sirven para fines negativos; el deporte podría ser una cosa muy bella, pero en la mayoría de los casos no lo es, porque favorece los peores chovinismos.

Pero regresemos al tema del militarismo. Si hablamos de posibilidad de alianzas mentales, ideológicas, de alianzas de conciencia de todos los pueblos latinoamericanos que quieren liberarse, eso tendría que empezar desde abajo, desde el plano de la educación. Y pocas veces se piensa en eso. El pueblo mismo no se da cuenta de que a sus propios hijos les están creando una mentalidad en cada país latinoamericano que es en el fondo una mentalidad negativa, porque es muy hermoso ser mexicano y amar a México. Y lo hermoso pasa a ser terrible es cuando eso que es tan positivo, puede volverse negativo frente a otros contextos sudamericanos y puede crear tensiones, enemistades rivalidades.

—En ese panorama poco optimista, se observa una guerra ideológica entre diversas fuerzas políticas. Frente a casos concretos se pretende desprestigiar a sistemas políticos determinados. Cuando el caso de Cuba y la salida de cubanos de la isla, usted escribió un relato conmovedor acerca de las diferencias entre sistemas comparando Cuba con países europeos. Frente a ello, tenemos en América Latina imágenes desgarradoras. ¿Cómo podría explicar o acercarnos a la realidad social de América Latina?

—Durante unos cuantos años yo formé parte del II Tribunal Russell, que se ocupó de América Latina. Esa permanencia en el tribunal me fue muy



útil porque me permitió enterarme de cosas que muchas veces el público no conoce y que muestra hasta qué punto la acción del imperialismo norteamericano se ejerce en nuestros países en ese sentido negativo, en el sentido de favorecer toda explosión de tipo nacionalista acentuado, crear la superioridad de cada país, y darle una ilusión de soberanía y libertad que luego en la práctica no se cumple, porque en la mayoría de los casos son pueblos que están sometidos a oligarquías o a fuerzas armadas y en general a las dos juntas.

En ese Tribunal tuvimos larguísima informes sobre el trabajo que se puede llamar de genocidio cultural, de destrucción de valores culturales, perpetrado por instituciones norteamericanas en América Latina, a través, a veces, de las iglesias protestantes; otras veces, de los llamados cuerpos de paz; a través de todas las formas de corrupción por el dinero, que consiste en apoderarse poco a poco de la gente más capacitada sacarla del país y llevarla al modelo norteamericano —el espejismo del modelo norteamericano— y convertirla de alguna manera en un cómplice, en un cómplice que no siempre sabe que es un cómplice, porque sigue siendo un colombiano o un mexicano, pero es un hombre que, atraído por las facilidades que se le dan, deja de participar en la vida interna de su propio país e incluso en algunos casos puede llegar a traicionarlo.

Todo eso puede parecer una gota de agua en ese inmenso drama todos los pueblos latinoamericanos, pero no es una gota de agua porque a lo largo de los años eso se ha notado. La mentalidad de los niños, por ejemplo, a través de las tiras cómicas de procedencia norteamericana y del cine, que con una habilidad extraordinaria —porque tienen grandes técnicos en la materia van infiltrando la noción de la "american way of life". ¿A qué cree usted que se debe la salida de una gran mayoría de los que se han ido ahora de Cuba? Es la gente que iba en busca de televisores en color, de chuingams, y lo decían al llegar. En esa nota yo decía —lo que verifiqué a través de las agencias de noticias y no siempre las buenas— que los cubanos que llegaban a Costa Rica o a Miami, cuando los interrogaban sobre los motivos, había muchos que hablaban de libertad y había opositores al régimen de Fidel Castro. Pero no era la mayoría: la mayoría hablaba de problemas de tipo económico, hablaba del espejismo que suponía para ellos la visión de una parte de su familia que estaba viviendo en un lugar con enormes neveras, con aire acondicionado, con el televisor en color, y que no tienen capacidad mental para reflexionar en el precio que hay que pagar por todo eso. Es el caso, ya en el plano totalmente ne-

gativo, de la gente de Puerto Rico en Estados Unidos, que finalmente viven muy mal, en condiciones deplorables, pero pueden decirles a sus familias que tienen el último modelo de reloj electrónico, y mira la máquina de escribir que se compró el niño. Es decir: los *gadgets*. La civilización del *gadget* influye profundamente en la mentalidad popular. Y nosotros, en América Latina hemos hecho muy poco respecto a eso, porque no tenemos la educación en nuestro poder.

Yo me eduqué en la Argentina, dentro de un sistema pedagógico en que los valores tecnológicos se nos mostraban como una especie de finalidad de la vida, y entonces, en medios pobres, en medios oprimidos con un nivel de vida muy bajo, ello puede convertirse en un factor de abandono de la realidad y entrar en un juego de engaños.

Esas son las formas digamos culturales del imperialismo en América Latina y son formas muy eficaces. Creo que hay que insistir en eso. No se trata solamente de la cantidad de dólares que le manden a la junta salvadoreña o de los aviones que le vendan a Videla o a Pinochet. No, no. Hay que pensar también en otras cosas. Usted conoce el libro de Ariel Dorfman: *Cómo leer al Pato Donald*. Ese es el otro aspecto: cómo un personaje tan simpático como el Pato Donald se infiltra en la mente de los niños, creándoles una visión capitalista del mundo. Es decir: el señor que tiene dinero vale más que el señor que no tiene dinero; por lo tanto, el gerente del banco es más respetable que su propio Papá que anda en alpargatas y no tiene dinero. Y eso sale de cosas como el Pato Donald. Es un ejemplo entre miles.

—Pasemos a un aspecto más concreto que lo involucra a usted más directamente: literatura y militarismo, sobre todo por el hecho de que usted es jurado en un concurso sobre el militarismo en América Latina. ¿Cuál es la visión que tienen los escritores en sus novelas y en sus opiniones acerca del fenómeno del militarismo?

—Personalmente no es un tema que yo haya tratado en mis novelas, como no sea incidentalmente, referencias a la negatividad del militarismo en su conjunto. Pero en cambio, hay otros escritores muy valiosos que sí lo tratan, como la que leo ahora y que forma parte del concurso: la de Antonio Skármeta, chileno, que es una magnífica novela sobre Nicaragua, llamada *La insurrección*, y donde naturalmente la visión del ejército de Somoza está vista muy desde adentro.

Yo creo que hace ya muchos años los escritores latinoamericanos le están dando al tema del militarismo una importancia muy grande y me parece un signo muy positivo.

Le cito lo siguiente como un buen símbolo: la primera vez que fui a Cuba fue en el año 1961 —hace ya 20 años—, como miembro del jurado de novela de Casa de las Américas, el premio se lo dimos a una novela de un argentino, David Viñas, que se titula *Los hombres de a caballo*, que es una visión implacable de la mentalidad castrense del ejército argentino, de los jefes militares argentinos. Viñas conoció bien ese ambiente porque fue cadete militar, cosa que no he sido yo. Y me pareció magnífico que él utilizara esa experiencia en forma de denuncia.

Todos los escritores latinoamericanos que han tenido una experiencia más o menos directa del militarismo, tienen la obligación, el deber fundamental de exponerla a través de la ficción, de novela, de cuentos. Me parece que es uno de nuestros deberes más importantes. Ahora: es un deber, pero que sólo se puede cumplir cuando se le conoce bien. Yo no se nada de la vida militar; en cambio, evidentemente, Viñas lo conoce muy bien y tantos otros escritores.

—En su discurso en la Casa de las Américas, en La Habana, en este año, usted revalora el papel de los intelectuales en ciertos procesos de América Latina. ¿siente usted —el discurso, creo así lo apunta— algún cambio en sus perspectivas, visiones y convicciones acerca del papel de los intelectuales?

—Dentro de unos pocos días voy a leer un texto en la Universidad de Xalapa. El texto concierne fundamentalmente al problema del exilio, y los escritores conocemos sobre todo a escritores también exiliados. Es un poco de simpatía personal e incluso de formación profesional: es lógico que yo conozco más exiliados escritores que exiliados psicoanalistas o ingenieros. Una de las cosas que quiero señalar en esa conferencia —y que le adelanto porque contesta a su pregunta— es que muy positivamente y de una manera muy afirmativa, creo que éstos últimos diez años el escritor latinoamericano se ha vuelto aún más conciente, cada vez más conciente de su función que es al mismo tiempo literaria y política, porque ya son dos cosas que no podemos separar sin caer en el escapismo, en la traición; la vieja idea de la torre de marfil funcionaba muy bien en el Siglo XVIII, pero no funciona en el Siglo XX.

A esto se agrega otro factor positivo —yo espero que esté de acuerdo conmigo, porque si no lo estuviera tendríamos que discutirlo para que usted me convenciera—: en este momento, al final de este decenio, del lado de las fuerzas progresivas civiles están los mejores escritores latinoamericanos. Y aquéllos que de manera o solapada secundan las derechas, los sistemas ya establecidos, se aferran a sus privilegios —aunque desde luego puede haber muy buenos escritores— están en minoría con respecto a digamos nosotros, porque puedo usar el plural.

Creo que es un hecho muy positivo, porque yo me sentiría en una situación de tener que autocriticarme toda mi vida si yo descubriera que los escritores a los que más respeto como escritores le están haciendo el juego a Pinochet o a Videla o a cualquiera de los dictadores latinoamericanos. Y afortunadamente no es así. Los mejores escritores argentinos actuales —muchos de los que han enviado textos a este concurso— están exiliados, es gente que se han ido. Y además están los que han matado: Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, que han sido asesinados porque han dicho la verdad hasta el último minuto.

Estoy convencido que la literatura latinoamericana está del lado de la luz. Estoy absolutamente convencido. Y eso tendrá que tener su efecto en la lucha final en el momento en que haya una conciencia popular. Porque nosotros somos parte de las fuerzas que ayudamos a multiplicar esa conciencia popular a través de libros, de artículos, de esto que estamos haciendo usted y yo en este momento.

—Sin embargo, también se nota en América Latina a grupos de escritores a quienes desde un punto de vista literario no se les puede objetar su calidad y su participación en la literatura latinoamericana en los últimos años, pero que desde un punto de vista político han tenido una radicalización hacia el otro lado, hacia la derecha. Los nombres podríamos citarlos aquí, pero son de sobra conocidos. Son gente que han cambiado sus perspectivas sobre el papel de los intelectuales y que se han colocado —no sé si usted esté de acuerdo— en una especie de limbo intelectual.

—Sí, desde luego. E incluso usted y yo estamos pensando probablemente en las mismas personas.

—Sí, así es.

—Claro, desde luego. Son personas que no pueden ser objetadas en el plano de la literatura

porque son magníficos escritores, pero que evidentemente ya sea por razones de tipo personal, ya sea por intereses, ya sea —vamos a decirlo francamente— por cobardía, por una cobardía profunda —se puede ser un gran escritor y un gran cobarde—, optan por todas las supuestas garantías, seguridades e incluso privilegios que puede ofrecerles la derecha actual, la derecha ideológica y la derecha práctica —porque las dos cosas van juntas— en América Latina.

Bueno. También sería inquietante si descubriéramos que absolutamente todos los escritores están en una posición de izquierda. Porque en primer lugar habría que preguntarse entonces cómo es posible que las derechas sobrevivan, porque aunque el escritor es un sector pequeño, es significativo en el país, es una de sus voces, es uno de sus fanales. Pienso que no es así, pero insisto en que la mayoría para mí más valiosa no ha revisado sus puntos de vista; los critica, los autocritica, y puede pasar de visiones muy radicales a menos radicales o de menos radicales a muy radicales, pero de ninguna manera aquéllos que yo estimo y respeto han dado —ni se me ocurre pensarlo— que vayan a dar el salto al otro lado. No: ellos no serán nunca disidentes.

—Una de las características— y la referencia es conceptual en cuanto al uso de la palabra para identificar a un grupo de escritores— del boom latinoamericano era representar una serie de proporciones temáticas, lingüísticas, de preocupaciones personales y revaloradas con respecto a sus propios países, a su continente o a sus convicciones. Del lapso 1960-65 cuando empezaron a publicar, a la fecha, se nota en América Latina una oleada de nuevos escritores que tienen nuevas proposiciones, en la medida en que el contexto latinoamericano en los últimos 20 años ha cambiado. ¿Cómo observa usted ese hecho?

—Afortunadamente eso se nota, porque nosotros, los protagonistas de eso que se llamó el *boom*, somos ya gente vieja. Es decir, que de alguna manera, aunque todavía sigamos escribiendo y por ahí podamos escribir bien, estamos en una etapa repetitiva. Yo tengo la impresión de que la mayoría de nosotros ha dado su máximo, ha ido hasta el extremo de sí mismo; aunque eso no se puede probar matemáticamente, puede ocurrir que cualquiera de nosotros publique libros aún mejores que los que había publicado antes. Pero en principio no es así. Creo que esa etapa está cumplida, con su bueno y con su malo, creo que el factor bueno es muy superior al malo.

Lo que me interesa y lo que me alienta es que la nueva generación, la que viene después del *boom*, es una gente que se preocupa todavía más que nosotros de los problemas de tipo ideológico y político y en los temas de sus novelas se nota eso, la frecuencia es muy perceptible. Tengo una impresión de que hay una identificación creciente con las causas populares, aún más que las que pudieron darse en la obra de sus predecesores.

Lo que veo es que en esta nueva generación hay una mayor diversidad geográfica. Es decir: en la actualidad, prácticamente no hay un sólo país latinoamericano que no tenga a varios escritores, poetas, cuentistas, novelistas, o autores de teatro que están haciendo un trabajo de identificación con el pueblo, trabajo de avance ideológico muy perceptible; cada uno a su manera, dentro de sus tendencias, dentro de su ala en particular. Hace 15 años ese *boom* —usted sabe muy bien era muy minoritario y abarcaba escritores de unos pocos países. Creo que en este momento aún el país más pequeño de América Latina puede inmediatamente poner sobre esta mesa el nombre de novelistas y cuentistas. Yo lo sé un poco porque recibo libros que me remiten los propios autores y que me permiten entonces hacerme una idea bastante panorámica de lo que sucede. Tengo la impresión de que es un proceso que va en aumento y que la nueva generación estará todavía más politizada en el buen sentido de la palabra, es decir: sin ningún sacrificio de los valores literarios, porque ahí viene el gran problema de la literatura llamada comprometida.

—En los años sesenta, los intelectuales del boom tuvieron, con respecto a los problemas sociales de América Latina, a la realidad concreta del continente, una especie de incorporación. En 1980 no es incorporación, sino que se da un fenómeno nuevo: el escritor como un producto natural de una realidad, el escritor embarcado desde el principio con una problemática determinada. Una situación muy especial, donde el intelectual no se puede plantear el dilema: ¿soy o no soy comprometido? En este sentido se cae en el gran problema de la literatura contenidista y la llamada de evasión. ¿Cómo analiza usted ese problema? ¿Cómo piensa usted que se está resolviendo en América Latina este último dilema?

—En esa primera distinción que usted hizo, estoy perfectamente de acuerdo. Creo que la mayoría de los escritores del llamado *boom* tuvieron una especie de viaje de vuelta, de regreso hacia las fuentes latinoamericanas. Lo cual significó un esfuerzo,

un trabajo de conciencia mental por parte de la mayoría de ellos —yo me cuento en esa lista—.

En cambio, es perfectamente exacto que los escritores de la nueva generación no tienen que volver a nada, porque están saliendo, están inmersos en un contexto latinoamericano profundamente convulsionado por los problemas de que hemos estado hablando hasta este momento. De modo que, entonces, la posición de ellos es —para usar la palabra en buen sentido— menos artificial. Es lógico, es natural, es casi como respirar, que un joven escritor de nuestros días, mexicano o argentino, cuando empieza a escribir lo hace inmerso en una problemática cotidiana de la que no solamente no puede escapar, sino que no quiere escapar.

Ahí, como siempre, entra el factor individual. ¿Están los escritores, con ese compromiso, haciendo la gran obra literaria, que será la verdaderamente fecunda porque será la que creará nuevos estados de conciencia en sus lectores? ¿Y estiman los escritores, un poco por contagio o por obligación política, que la literatura de alguna manera tiene que ser una arma permanente y constante de lucha? Yo estoy de acuerdo en que la literatura es una arma permanente y constante de lucha. Pero en esa lucha no hay que olvidar que se está hablando de literatura y que la literatura es una actividad específica que tiene exigencias y características propias. La primera exigencia es la belleza, es la categoría estética. No se puede pensar en una gran literatura que no le lleve al lector un elemento estético de inmensa belleza. No se puede imaginar un libro como *Cien años de soledad* que no sea hermoso: es una paradoja lo que estoy diciendo pero es así. Si usted le quita la hermosura, la escritura, ¿qué queda de *Cien años de soledad*? Una serie de anécdotas sobre un pequeño pueblo perdido en las selvas. Si usted le quita la belleza literaria a las novelas de protesta social de Miguel Ángel Asturias, ¿qué le queda?

* Eso es lo que, desgraciadamente, muchos escritores llamados comprometidos no alcanzan a comprender. Piensan que el mensaje de tipo político, que el mensaje de tipo revolucionario basta ponerlo en forma de cuento o de novela para que sea

literatura. Es una equivocación gravísima. Y es muy grave por motivos muy patéticos. Me acuerdo que yo ya hablé de eso en Cuba hace 20 años, cuando había que hablar de eso porque había muchos peligros de malentendidos. Yo les hacía notar algunas experiencias mías en el campo argentino. Cuando usted habla con los paisanos argentinos y les cuenta cosas de ficción —usted sabe eso: la gente se pone a contar cuentos en torno al fogón—, si usted cuenta una tontería o una cosa muy mal contada, aunque les esté contando la historia de Sandino, si la cuenta mal, si la cuenta aburridamente, el paisano chupa su mate y se queda tan tranquilo. . . Pero si usted es un poeta y un escritor y cuenta esa misma historia con todos los elementos que emocionan y que conmueven y que potencian el relato, usted está haciendo literatura oral y usted está transmitiendo el mensaje político a fondo. Es la única manera de hacerlo llegar, la única manera literaria. Después de eso están los textos políticos, los artículos, los ensayos, y ese es ya otro campo.

Es el eterno problema: la verdadera, literatura con contenido político tiene que ser esa literatura donde la verdad no mate la belleza y que la belleza no mate la verdad, porque el camino es recíproco.

—¿Podría decirse que en América Latina en la actualidad, el umbral de los ochenta, la polémica ya no es en torno a si debe ser o no política sino en torno a lo que se cuente —que es político— tiene que cumplir una serie de requisitos de belleza, de creación, de rigor?

—Yo pienso que sí, que conviene poner mucho el acento en ese aspecto, porque tengo la impresión —lo dijimos hace un minuto que la gran mayoría de los escritores actuales están tan inmersos en los conflictos de sus respectivos pueblos, que esos temas vienen entrando naturalmente, de manera natural, en su temática. Ahora, si eso ya está en la temática, lo que cuenta es que la temática alcance una gran calidad literaria para que el contenido tenga una proyección. Si no tiene esa calidad literaria, se queda en las buenas intenciones y ya sabe usted que el infierno está pavimentado de buenas intenciones.

—En los sesenta, algunos escritores del boom hablaban que la actividad fundamental del intelectual era hacer la revolución y que la literatura, dentro de una división conceptual del trabajo, sería una especie de actividad subsidiaria. Ahora, siento en usted un cambio —y su discurso de este año en Casa de las Américas así lo expresa— en esas concepciones. A 20 años del boom, ¿cuál es, según usted, el papel que cumple la literatura?

—Es una pregunta que puede ser peligrosa por esa noción de importante y subsidiaria, porque hay que tener cuidado con las malas querencias. Nosotros, a veces inconcientemente, heredamos una tradición que viene del romanticismo del Siglo XIX, una tradición marcadamente elitista de la literatura. Es decir: el escritor, en la época de lo romántico, se ve así mismo como un pequeño Dios; e incluso un poeta tan inmenso como Shelley se anima a decir que el poeta es el primero de los legisladores, es el que hace la gran ley de la Humanidad y la expresa en poemas.

Esas ilusiones las hemos perdido, afortunadamente. El escritor no es un pequeño Dios, no es el primer legislador; es un hombre un hombre que cumple una actividad específica que en sí misma yo no la considero más privilegiada que cualquier otra actividad específica bien realizada. Yo no tengo una noción de privilegio literario y creo justamente que algunas de las dificultades que hubo con ciertos intelectuales en Cuba nació de que ellos no criticaron en sí mismos el peso de esas ideas ya muy añejadas y ya muy sin conexión con la realidad. O sea: por un lado se sentían muy revolucionarios y lo eran; pero al mismo tiempo exigían un *status* de escritor, un cierto privilegio, decir que —vamos a decirlo con un mal ejemplo— el mejor asiento en el ómnibus. Yo no creo actualmente que el hecho de ser escritor me dé a mí mejor asiento en el ómnibus, que a un ingeniero o que a un excelente operario electrónico o que a cualquier persona que haga bien su trabajo.

Es decir: esa noción de superioridad intrínseca de la literatura creo que en el contexto de América Latina está en crisis, afortunadamente, y que el escritor es más humilde; yo lo espero por él, ade-

más que lo sea. Ahora, esa humildad no significa bajar la puntería o reducir sus ambiciones literarias o el alcance de sus propósitos. Muy al contrario: no tiene nada que ver.

Lo que cambia, sí, es esa perspectiva un poco áulica que tenían los escritores de otros tiempos, la idea que de sí mismos pudo haberse hecho Rubén Darío en un momento dado. Ahora no hay ningún escritor latinoamericano, a menos que esté loco, que pueda considerarse como se consideraba a sí mismo Rubén Darío.

Y en ese sentido el primero, el más grande y el más maravilloso ejemplo en esa puesta en realidad del trabajo literario lo dio José Martí, que era un inmenso poeta y un hombre que conocía todo lo que se puede conocer en materia de trabajo literario, era al mismo tiempo el más modesto de los hombres en el sentido de que él apostaba ese trabajo, mientras sus compañeros apostaban el trabajo de tipo práctico o de otra naturaleza. Creo que Martí, en ese sentido, nos sigue dando un ejemplo extraordinario. Sin embargo, cronológicamente es un hombre del Siglo XIX, pero se mete en este Siglo mucho más adelante que tantos que están vivos hoy.



